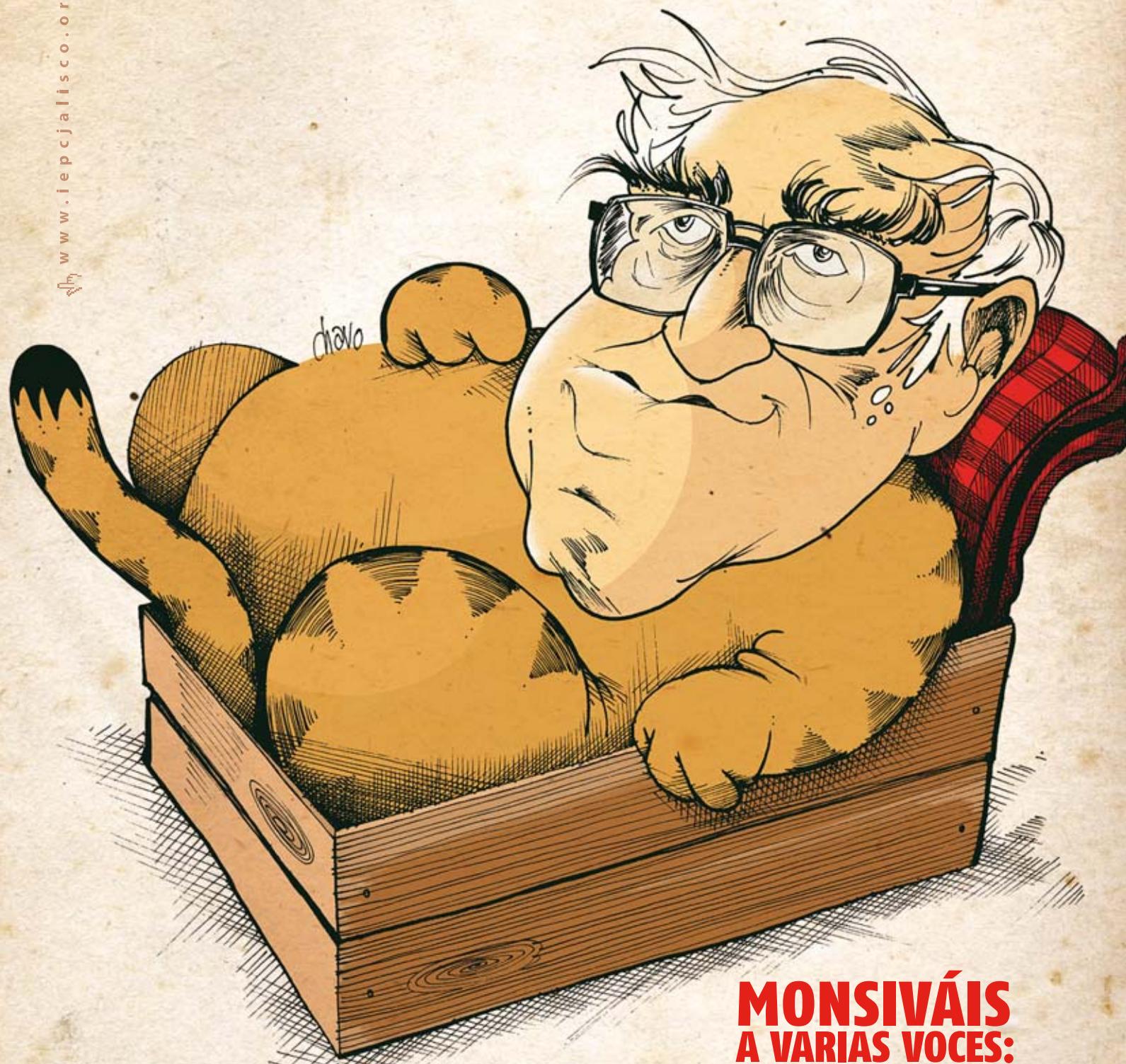


ISSN 1870-4697
AÑO III / NÚM. 20 / OTOÑO DE 2010

FOLIOS

PUBLICACIÓN DE DISCUSIÓN Y ANÁLISIS

www.iepcjalisco.org.mx



MONSIVÁIS A VARIAS VOCES: COINCIDENCIAS Y DISIDENCIAS

• DIEGO PETERSEN FARAH • DANTE MEDINA • JUAN JOSÉ DOÑÁN • ALEJANDRO VARGAS VÁZQUEZ • ALFREDO ECHEGOLLEN GUZMÁN • ROGELIO VILLARREAL
• FEBRONIO ZATARAIN • JOSÉ DE JESÚS GÓMEZ VALLE • VÍCTOR HUGO MARTÍNEZ GONZÁLEZ • HÉCTOR VILLARREAL • MARIO EDGAR LÓPEZ RAMÍREZ
• SERGIO ORTIZ LEROUX • CECILIA EUDAVE • HUGO JOSÉ SUAREZ • ÉRIKA LOYO BERISTÁIN • LUIS EMILIO MARTÍNEZ • JAIME HERNÁNDEZ ORTIZ • MAE LÓPEZ ARANDA
• MOISÉS LÓPEZ ROSAS • JUAN LUIS H. GONZÁLEZ SILVA • ANNEMARIE MEIER • ROXANA ZERMEÑO
• ARTISTAS INVITADOS: ALEJANDRO/HELGUERA/CAMACHO/FALCÓN/CHAVO/RIUS/JIS

2	PRESENTACIÓN
5	EL PADRINO DE LA MAMÁ DEL ABULÓN ► DIEGO PETERSEN FARAH
9	¡POR LOS MUERTOS, BOHEMIOS! CARLOS MONSIVÁIS ► DANTE MEDINA
13	A LOS MUERTOS, LA VERDAD ► JUAN JOSÉ DOÑÁN
16	CRÓNICA DE UN CONCIERTO DE VERANO ► ALEJANDRO VARGAS VÁZQUEZ
18	RECUERDOS DE MI AMIGO HEREJE. LA HETERODOXIA RELIGIOSA DE CARLOS MONSIVÁIS ► ALFREDO ECHEGOLLEN GUZMÁN
21	ENTRE LIBERALES, SOCIALISTAS Y OCURRENCIAS ► ROGELIO VILLARREAL
24	CÓMO CONOCÍ A MONSIVÁIS ► FEBRONIO ZATARAIN
28	"CARLOS ESTÁ LOCO..." ► JOSÉ DE JESÚS GÓMEZ VALLE
32	SEÑAS DE MONSI ► VÍCTOR HUGO MARTÍNEZ GONZÁLEZ
35	UN LUGAR COMÚN LLAMADO MONSIVÁIS ► HÉCTOR VILLARREAL
38	LOS PROTESTANTES SIEMPRE ME INVITAN A COSAS SERIAS ► MARIO EDGAR LÓPEZ RAMÍREZ
42	MONSIVÁIS, SIEMPRE MONSIVÁIS ► SERGIO ORTIZ LEROUX
45	CARLOS MONSIVÁIS: DISIDENTE Y PARADÓJICO ► CECILIA EUDAVE
47	ADIÓS A UN INTELECTUAL POLIFACÉTICO ► HUGO JOSÉ SUÁREZ
49	LA ALTERIDAD EN MONSIVÁIS: EL DEFENSOR Y EL GUÍA ► ÉRIKA LOYO BERISTÁIN
52	LA VOZ DE LAS CRISIS PERMANENTES ► LUIS EMILIO MARTÍNEZ
54	MONSIVÁIS, UN HOMBRE DE FE ► JAIME HERNÁNDEZ ORTIZ
57	MONSIVÁIS: ¿POSEEDOR DE LA RAZÓN PURA? ► MAE LÓPEZ ARANDA
60	GUADALAJARA Y SUS PRETENSIONES CRIOLLAS, ENTREVISTA A CARLOS MONSIVÁIS ► MOISÉS LÓPEZ ROSAS
64	SUPLEMENTO ARTES / ALEJANDRO - HELGUERA - CAMACHO - FALCÓN - CHAVO - RIUS - JIS
65	BOTICARIUM / JUAN LUIS H. GONZÁLEZ SILVA
67	POLÍRICA / ANNEMARIE MEIER
70	BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA / ROXANA ZERMEÑO



IEPC JALISCO**REVISTA FOLIOS****CONSEJERO PRESIDENTE**

José Tomás Figueroa Padilla

CONSEJEROS

Juan José Alcalá Dueñas
Víctor Hugo Bernal Hernández
Nauhcatzin Tonatiuh Bravo Aguilar
Sergio Castañeda Carrillo
Rubén Hernández Cabrera
Everardo Vargas Jiménez

SECRETARIO EJECUTIVO

Jesús Pablo Barajas Solórzano

DIRECTOR GENERAL

Luis Rafael Montes de Oca Valadez

DIRECTOR DE LA UNIDAD EDITORIAL

Moisés Pérez Vega

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

José Antonio Elvira de la Torre (PAN)
José Socorro Velázquez Hernández (PRI)
José Alberto López Damián (PRD)
Adalid Martínez Gómez (PT)
Salvador Paredes Rodríguez (PVEM)
Carlos Alberto González Amaral (CONVERGENCIA)
Agustín Bernardo Bonilla Saucedo (NUEVA ALIANZA)

Folios es una publicación de discusión y análisis, Año II, núm. 20, verano-otoño de 2010; editada por el Instituto Electoral y de Participación Ciudadana del Estado de Jalisco, Florencia 2370, Col. Italia Providencia, C.P. 44648, Guadalajara, Jalisco. Número de Certificado de Reserva de Derechos al uso exclusivo del título ante el Instituto Nacional de Derechos de Autor: 04-2009-101213501200-102. ISSN: 1870-4697. Tiraje de 3,000 ejemplares. Impresa en México en los talleres de Morfotec: Leandro Valle 1021, Col. Centro, Guadalajara, C.P. 44100. Editor responsable: Carlos López de Alba. p.r. 2010, Guadalajara, Jalisco, México.

Los artículos y la información contenida en *Folios* son responsabilidad de sus autores. El Instituto Electoral y de Participación Ciudadana del Estado de Jalisco es ajeno a las opiniones aquí presentadas; se difunden como parte de un ejercicio de pluralidad y tolerancia.

Fe de erratas

En la edición anterior de *Folios* (Verano de 2010, núm. 19, año III) en el texto "El bicentenario, la transición democrática y los valores de la República", de Héctor Raúl Solís Gadea, publicamos el siguiente fragmento: "No se quiere asimilar aquí la desnudez moral y cívica del régimen político contemporáneo a la falta de prendas verdaderamente republicanas legada por los períodos de la posindependencia y la posrevolución..." debiendo decir: "No se quiere asimilar aquí la desnudez moral y cívica del régimen político contemporáneo o la falta de prendas verdaderamente republicanas legada por los períodos de la posindependencia y la posrevolución..." Ofrecemos una disculpa al autor los lectores.

DIRECTOR GENERAL

Víctor Hugo Bernal Hernández
director_folios@iepcjalisco.org.mx

EDITOR EN JEFE

Carlos López de Alba
carlos.lopez@iepcjalisco.org.mx

CONSEJO EDITORIAL

Rodrigo Aguilar Benignos
César Astudillo Reyes
Jaime Aurelio Casillas Franco
Guillermo Elías Treviño
Alicia Gómez López
José de Jesús Gómez Valle
Juan Luis Humberto González Silva
Mario Édgar López Ramírez
Víctor Hugo Martínez González
Martín Mora Martínez
Alberto Ojeda
Sergio Ortiz Leroux
Gabriel Pareyon
Isaac Preciado
Héctor Raúl Solís Gadea
Roberto Rébora
Wilbert Torre

SECRETARIA TÉCNICA

Karla Sofía Stettner Carrillo
kstettner@iepcjalisco.org.mx

DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO

Juan Jesús García Arámbula

Artistas invitados:

Alejandro
Camacho
Chavo
Falcón
Helguera
Jis
Rius

- Portada: Chavo
- Contraportada: Rius

MONSIVÁIS A VARIAS VOCES: COINCIDENCIAS Y DISIDENCIAS

El 19 de junio de 2010 falleció Carlos Monsiváis. De diversas maneras puede ser recordado como uno de los escritores más importantes de la segunda mitad del siglo xx mexicano. Una de ellas es mediante la puesta en juego de la palabra. El universo llamado Monsiváis es tan grande, diverso y generoso que en él pueden identificarse diferentes planetas. El ciudadano Monsiváis le otorgó carta de naturalidad a un sinnúmero de movimientos sociales y cívicos –los movimientos magisterial y ferrocarrilero de 1958, la movilización médica de 1964, los movimientos estudiantiles de 1968 y 1986, la emergencia de la sociedad civil en el terremoto de 1985, la insurgencia cívico-electoral de 1988 y 2006, la rebelión zapatista de 1994– que sentaron las bases para soñar y edificar una sociedad mexicana más libre, secular e incluyente. El cronista Monsiváis, por su parte, retrató los distintos sabores, humores y rostros de ese fenómeno polifacético llamado “ciudad”: sus calles y plazas, sus héroes anónimos y figuras reconocidas, sus leyendas olvidadas y memorias recordadas, sus cantinas y centros de sano espaciamiento, sus vedettes e ídolos populares fueron objeto de reconstrucción e invención lúdica y constante por parte del cronista de La Portales. El poeta Monsiváis, por su lado, rastreó como pocos los orígenes y trayectorias de la literatura mexicana y universal: sus corrientes y escritores, sus temas y obsesiones, sus presencias y olvidos. En el centro de sus pasiones marginales siempre estuvo la prosa hábil, rápida y perspicaz de su maestro Salvador Novo. El cinéfilo Monsiváis vio todo el cine que pudo y recomendó todas las películas que le venían a su poderosa memoria. Entre las películas favoritas del *Monsi* destacan, entre otras, *El compadre Mendoza* (1933) y *Vámonos con Pancho Villa* (1935), dirigidas por Fernando de Fuentes; *Las abandonadas* (1944), *Enamorada* (1946) *Pueblerina* (1948), *Salón México* (1948) y *Víctimas del pecado* (1950), del famoso director Emilio “Indio” Fernández; *Campeón sin corona* (1945) y *Esquina bajan...!* (1948) del director Alejandro Galindo; y *Nosotros los pobres* (1947) del conocido Ismael Rodríguez. El periodista Monsiváis, finalmente, registró las declaraciones involuntarias, los gestos reprimidos y las intenciones ocultas de los hombres del poder a fin de revelar en su magnificencia el secreto de su impunidad. Su columna “Por mi madre, bohemios” es un buen espejo del México que –a contracorriente del “Méjico que se nos fue” de Juan Gabriel– no quiere irse.

COMO SE OBSERVA, LA HUELLA DEL MAGISTERIO de Carlos Monsiváis es enorme. Difícil será llenar el hueco que deja. La vida pública mexicana ya no será la misma sin la mirada oportuna, ácida y reveladora del cronista omnipresente. Muchos perdemos algo con su partida, sobre todo los que comúnmente no tienen voz ni rostro, los luchadores por la democracia, las minorías sexuales y protestantes, las feministas, los jóvenes, los defensores de los derechos humanos, las agrupaciones protectoras de animales. Sin embargo, nos queda el consuelo de que el escritor Monsiváis logrará trascender al personaje mortal del *Monsi* y de que cada vez que volvamos a leer su prolífica obra y a poner a prueba su disidencia vital y moral, Carlos estará muy presente entre nosotros. Por eso y por algo más que no alcanzamos a traducir en palabras, dedicamos la presente entrega de la revista *Folios* a ese sindicato de escritores, como diría Sergio Pitol, llamado Carlos Monsiváis. Lo hacemos porque estamos seguros de que la mejor manera de brindarle un homenaje al ciudadano, al cronista, al poeta, al cinéfilo y al periodista Monsiváis es mediante la puesta en juego de la palabra. En adelante, el curioso lector que nos acompañará en esta reconfortante aventura se encontrará con un ramillete de testimonios, recuerdos, estampas, opiniones, viñetas, fotografías o guiños sobre algún aspecto de la vida y/u obra de Monsiváis que valga la pena destacarse. A final de cuentas, todos llevamos un Monsiváis en la cabeza.

EN ESE SENTIDO, DIEGO PETERSEN NARRA cómo Monsiváis se convirtió en el padrino de una de las publicaciones lúdicas más irreverentes del periodismo tapatío: *La mamá del Abulón*.

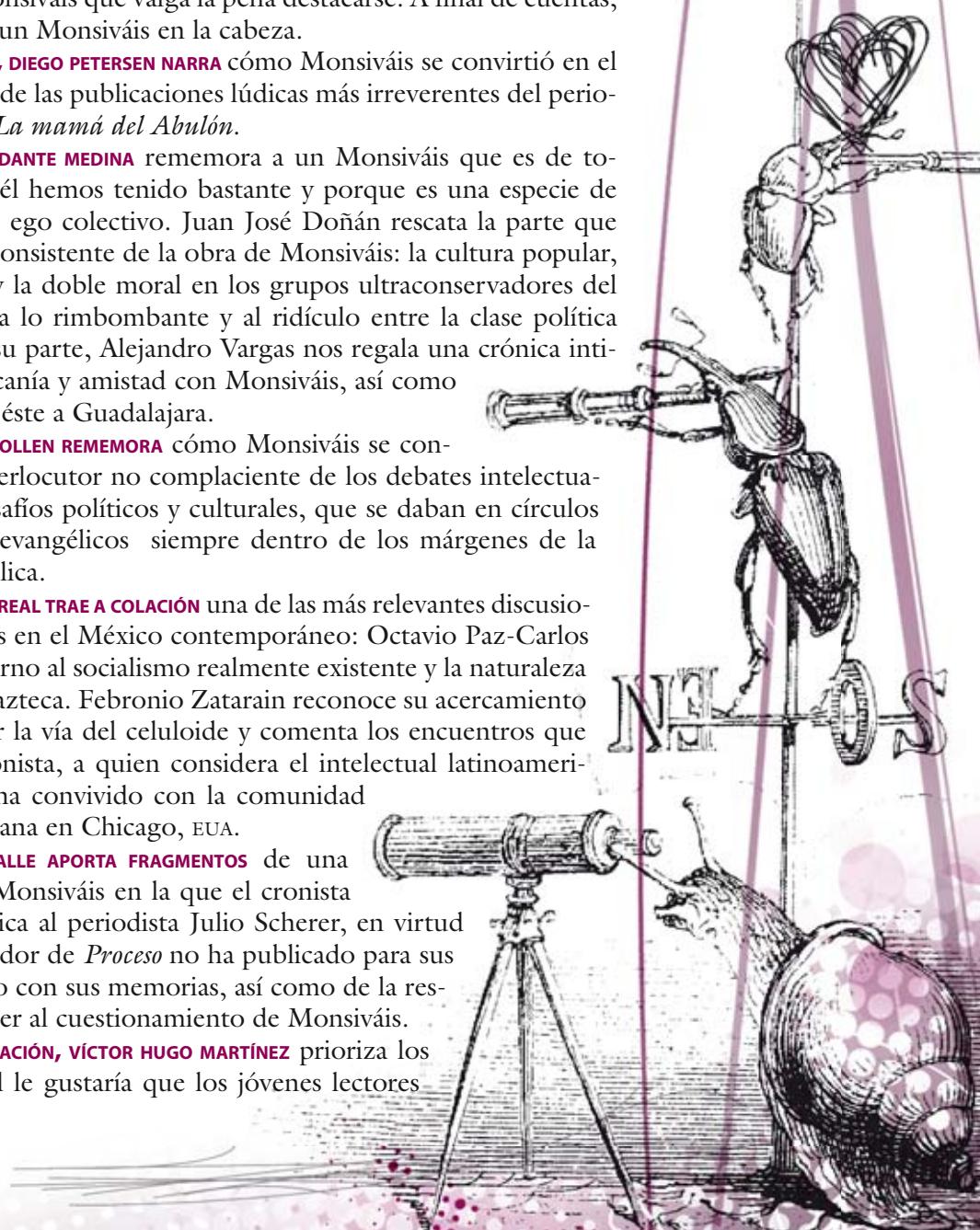
POR SU PARTE, DANTE MEDINA rememora a un Monsiváis que es de todos porque de él hemos tenido bastante y porque es una especie de espeleólogo del ego colectivo. Juan José Doñán rescata la parte que considera más consistente de la obra de Monsiváis: la cultura popular, la gazmoñería y la doble moral en los grupos ultraconservadores del país, la afición a lo rimbombante y al ridículo entre la clase política mexicana. Por su parte, Alejandro Vargas nos regala una crónica intimista de su cercanía y amistad con Monsiváis, así como de las visitas de éste a Guadalajara.

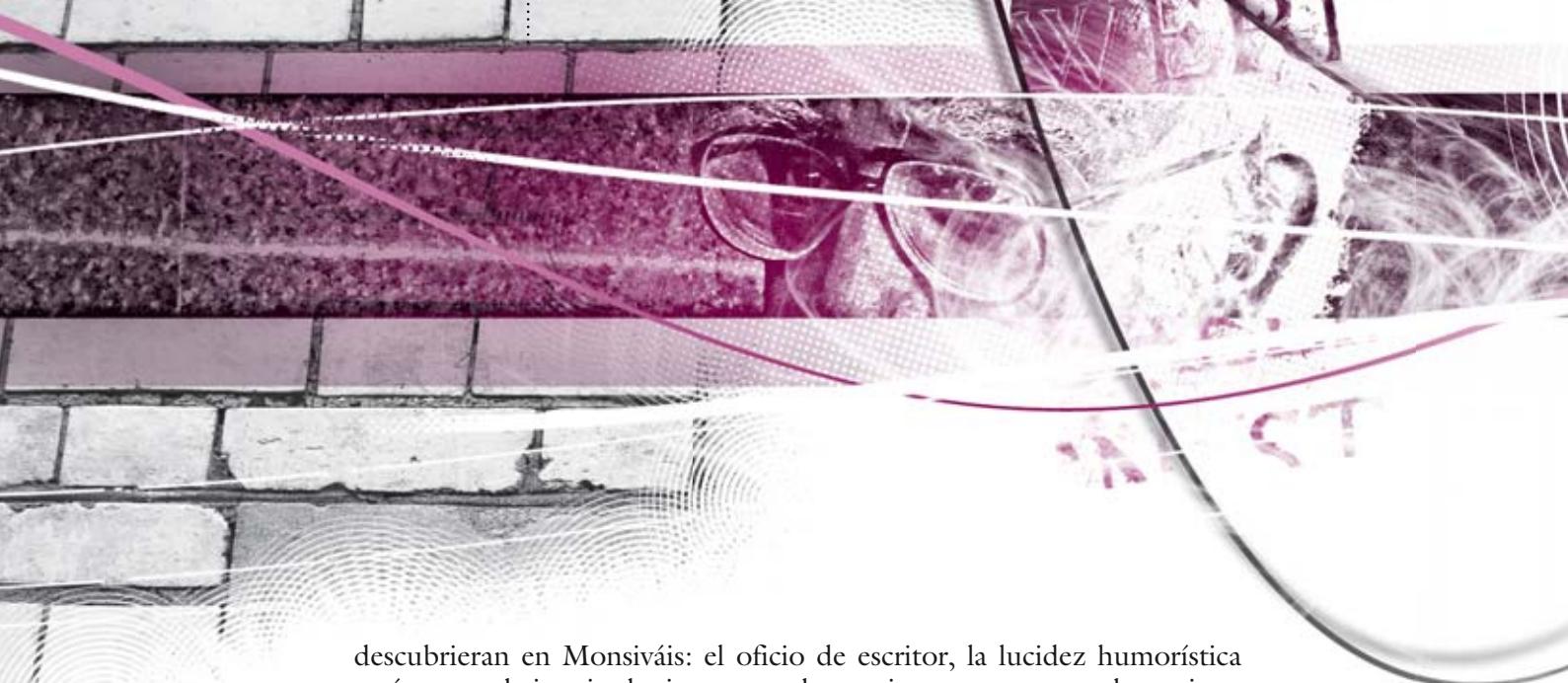
ALFREDO ECHEGOLLEN REMEMORA cómo Monsiváis se convirtió en un interlocutor no complaciente de los debates intelectuales, y de los desafíos políticos y culturales, que se daban en círculos de académicos evangélicos siempre dentro de los márgenes de la disquisición bíblica.

ROGELIO VILLARREAL TRAE A COLACIÓN una de las más relevantes discusiones intelectuales en el México contemporáneo: Octavio Paz-Carlos Monsiváis en torno al socialismo realmente existente y la naturaleza de la izquierda azteca. Febronio Zatarain reconoce su acercamiento a Monsiváis por la vía del celuloide y comenta los encuentros que tuvo con el cronista, a quien considera el intelectual latinoamericano que más ha convivido con la comunidad inmigrante hispana en Chicago, EUA.

JOSÉ GÓMEZ VALLE APORTE FRAGMENTOS de una entrevista con Monsiváis en la que el cronista esboza una crítica al periodista Julio Scherer, en virtud de que el fundador de *Proceso* no ha publicado para sus lectores un libro con sus memorias, así como de la respuesta de Scherer al cuestionamiento de Monsiváis.

EN SU COLABORACIÓN, VÍCTOR HUGO MARTÍNEZ prioriza los puntos que a él le gustaría que los jóvenes lectores





descubrieran en Monsiváis: el oficio de escritor, la lucidez humorística y cómo ser de izquierda sin caer en dogmatismos o autocomplacencias.

HÉCTOR VILLARREAL CONMINA A LEER a Monsiváis con ánimo crítico y a no verlo como un gigante del saber y mucho menos sobrevalorarlo. Mario Édgar López, en un testimonio intimista, narra pasajes de la lucha intelectual de Monsiváis a favor de las minorías cristianas evangélicas, así como de varias formas de acción y solidaridad sociales.

EL TESTIMONIO DE ORTIZ LEROUX es una confesión en la que reconoce a Monsiváis como el pretexto para traducir incertidumbres y angustias en formas de recreación personal pero, sobre todo, de reivindicación y creación pública.

CECILIA EUDAVE CONSIGNA LA PARTE MEDIÁTICA del autor de *Cultura urbana y creación intelectual* y lo señala como un personaje que se inventa y se reinventa, un día sí y otro también, así como su carácter disidente, incluso de él mismo.

HUGO JOSÉ SUÁREZ RESCATÓ EL ESFUERZO monsivaisiano de evidenciar los excesos de los poderosos y al mismo tiempo apoyar causas humanitarias, mostrar compromiso político y ser un agudo observador de la realidad.

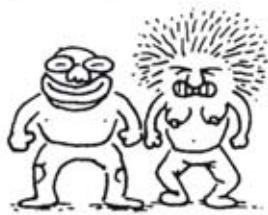
ÉRIKA LOYO SEÑALA CÓMO CON MONSIVÁIS nos damos cuenta de que el presente es porvenir y, al mismo tiempo, el pleno instante del olvido; agrega que leerlo es introducirnos en obsesiones, luchas y resistencias pero también en edificaciones de alteridad.

PARA LUIS EMILIO MARTÍNEZ, hablar de Monsiváis es hablar de una presencia que ha formado a varias generaciones y que se convirtió en la voz de los infortunios del México contemporáneo, de sus despropósitos y locuacidades.

JAIME HERNÁNDEZ ORTIZ SE DETIENE TAMBIÉN en la faceta religiosa de Monsiváis y alude a la fe como abrevadero de los valores liberales y de la personalidad del cronista oriundo de La Portales. Por su parte, en un controvertido artículo a varias voces pero firmado por Mae López, se critica de manera ligera la obra de Monsiváis aunque para ello admitan, en un acto de arrojada valentía, que “no le entendieron nunca”.

ASIMISMO, Y COMO UNA MANERA DE PRESERVAR los comentarios de Monsiváis sobre las expresiones culturales de la capital jalisciense, se recupera una entrevista que Moisés López Rosas le realizó y que fue publicada originalmente en octubre de 1998 en el desaparecido suplemento “La Brecha” del diario *El Occidental*.

ATENDIENDO AL ESPÍRITU PLURALISTA DE FOLIOS, y como nuestra revista no es un continente del discurso del encomio, las colaboraciones que componen este *dossier* dan cuenta de lo que ya se sabe: Monsiváis es y seguirá siendo ave de tempestades, provocará filias y fobias, será blanco de alabanzas y vituperios; lo cierto es que, a pesar tanto de sus detractores como de sus panegiristas, Monsiváis es un referente ineludible si de conocer la cultura contemporánea mexicana se trata. Los lectores tienen su propio punto de vista y la última palabra. ▶



EL PADRINO DE LA MAMÁ DEL ABULÓN

► DIEGO PETERSEN FARAH

Fue Jis el que entabló el contacto. Estábamos cocinando la revista *La Mamá del Abulón*, y sabíamos que un texto de Carlos Monsiváis era fundamental para nacer con fuerza.

Me advirtió todo. Llámale —me dijo—, te va a contestar “la tía” pero en realidad es él, “la tía” le va a pasar el recado a *Monsi* y si él quiere te va a llamar unos minutos después. Así fue. Marqué y contestó una fina voz femenina:

—**CARLOS NO ESTÁ**, pero en cuanto llegue le paso su recado.

CINCO MINUTOS DESPUÉS Carlos ya había llegado y se reportaba. Ahora la voz era ronca, estentórea y pausada:

—**¿CUÁNDO VIENES A MÉXICO?** —El próximo fin de semana, contesté—. Los sábados voy al tianguis de antigüedades de la Zona Rosa, nos vemos a las 12 en el Denny's de la calle Londres.

MONSIVÁIS LLEGÓ ACOMPAÑADO de *El Fisgón* —“Le platiqué de la revisa. Puede ser un buen colaborador”, dijo a manera de presentación. Comenzó el examen. No sólo de la viabilidad de la revista, que seguramente reprobó, sino de la cultura en Guadalajara. Repasó a todos los poetas, pintores, teatreros, galeros, grupos de rock y moneros de la ciudad como si viviera en tapatilandia. Preguntó por cada uno de ellos, siguió con la clase política, para quienes tuvo siempre un adjetivo demoledor y divertido. Eran las épocas de Cosío en la gubernatura, Gabriel Covarrubias en la presidencia municipal, Palemón Rodríguez Gómez en la Secretaría de Salud y un gran escándalo nacional (otra vez) por la censura de las autoridades tapatías, todas priistas, a las campañas federales para promover el uso del condón. Finalmente preguntó hasta

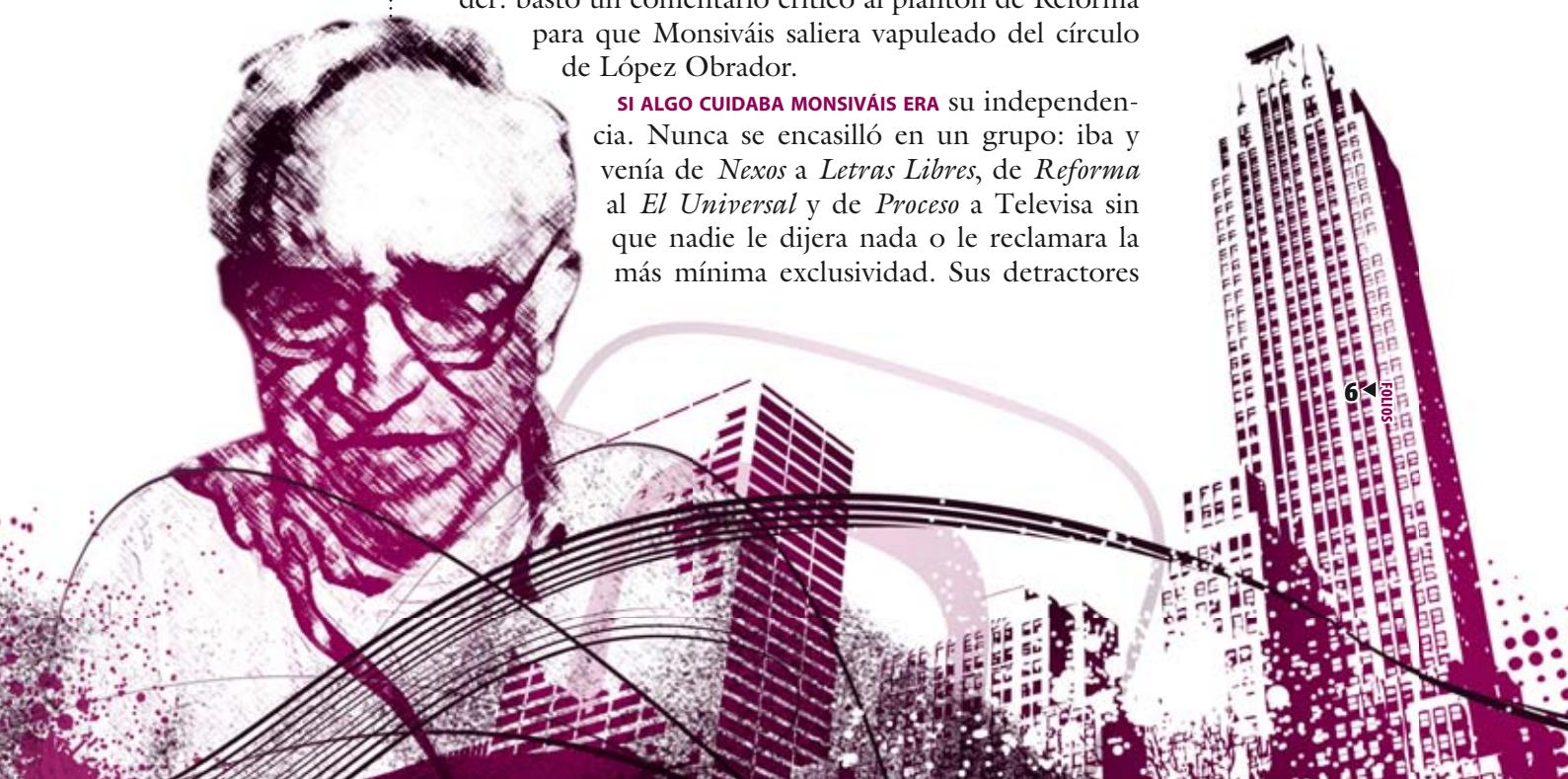


por *El Patas* Aldrete, el empresario más singular de Guadalajara. Dos horas después simplemente me dijo lo que quería escuchar: “Te mando algo dentro de quince días”. *La mamá del Abulón* nació, como toda revista aparecida en los años ochenta y noventa en México, con un texto de Carlos Monsiváis en el número uno titulado “Aforismos para un funcionario en edad de merecer”.

LA ANÉCDOTA DE LA MAMA DEL ABULÓN pinta a Carlos de cuerpo entero. Dos palabras definieron a Monsiváis mejor que su propio nombre: minoría y humor. Si alguien representaba a las minorías de este país era él. No sólo les dio voz y visibilidad, sino que él mismo era, en muchos aspectos de su vida, parte de estas minorías. Nació protestante, fue militante de izquierda cuando la izquierda era perseguida y aún cuando dejó de serlo y le hizo pasar vergüenzas; fue un intelectual fuera del sistema y llevó su preferencia sexual al extremo de definir gran parte de su identidad en ello (y era feo como pocos, pero ahí sí, los feos somos mayoría).

FUE QUIZÁS ESTE RASGO DE ETERNA MINORÍA lo que hizo que nadie como él pudiera captar los rasgos de identidad de los grupos emergentes, esos que nadie pelaba y que Carlos hizo que nos enteráramos que existían. Si bien Monsiváis nunca fue practicante del credo de su familia, el simple hecho de no haber nacido católico en una sociedad marcada hasta la médula por la religión mayoritaria le hizo tomar una distancia y una perspectiva frente a la cultura católica que muy pocos intelectuales tenían en ese momento. Era un crítico implacable del discurso de la jerarquía y un observador y analista de la religiosidad popular. La describió como pocos, porque nunca la practicó. Militó siempre en la izquierda pero nunca perdió su distancia crítica. Cuando estuvo más cerca de perderla, tras el conflicto postelectoral del 2006, declaró que como el fraude había sido hormiga era imposible demostrarlo, pero de que existía, existía (como los fantasmas), fueron los mismos *pejistas* los que se encargaron de recordarle que ser militante implicaba más que ir a un mitin, y que nunca se debía contradecir al líder: bastó un comentario crítico al plantón de Reforma para que Monsiváis saliera vapuleado del círculo de López Obrador.

SI ALGO CUIDABA MONSIVÁIS ERA su independencia. Nunca se encasilló en un grupo: iba y venía de *Nexos* a *Letras Libres*, de *Reforma* al *El Universal* y de *Proceso* a *Televisa* sin que nadie le dijera nada o le reclamara la más mínima exclusividad. Sus detractores



le llamaban veletismo, él lo veía como una sana independencia. Su exclusividad era, en todo caso, para el tema gay. Ahí sí Carlos fue un militante apasionado al grado de definir su propia existencia a partir de su preferencia sexual. Apoyó cuanta manifestación o grupo homosexual surgió en el país y ahí perdía con toda conciencia y sin tapujos su distancia crítica.

A MONSIVÁIS LE INTERESABA TODO y el que tenga duda que se dé una vuelta al Museo del Estanquillo. Tenía una capacidad inaudita para estar al tanto de lo que pasaba en todo el país. Era el único intelectual que iba más allá de su ejido en el Distrito Federal y que no le tenía miedo o flojera a lo que sucedía allende Cuatitlán. Sabía lo que estaba pasando en Tijuana, Culiacán, Guadalajara, Monterrey, Morelia, Cuernavaca, Oaxaca, Xalapa o Mérida. De Monsiváis se ha dicho que su verdadero oficio era el de prologuista, porque escribió tantos prólogos como artículos en prensa. Era tal la fama que un libro de humor político lo vendieron con un gran cintillo en la portada que decía: “este libro no contiene prólogo de Carlos Monsiváis”.

Y ERA CASI CIERTO. MONSIVÁIS CONOCÍA como nadie qué estaba pasando en las culturas urbanas de cada rincón del país. Su presencia en todos los número uno de las revistas, por más marginales que fueran, habla de la importancia del personaje en la vida cultural del país, pero también de su generosidad. Carlos le cobraba al que podía pagar y logró vivir de las letras, un oficio poco rentable en cualquier país pero casi riesgoso en México donde el índice de lectura es verdaderamente bajo. Pero lo que lo hacía distinto era la capacidad de mantener contacto, conocer los ambientes culturales, colecionar tiliches, saber quién era quién y sobre todo apoyar, a su manera, todo aquello que consideraba interesante o subversivo.

EN EL HUMOR FUE GRANDE. Tenía una capacidad de sintetizar en una frase irónica la problemática política y social como ningún otro. Inolvidable, por ejemplo, en aquellos días tensos después de las explosiones en Guadalajara, la frase con la que Carlos Monsiváis ironizó la actuación de los políticos, que ante la emergencia, decían burrada tras burrada en una cascada de palabras sin sentido. “Con estas frases –dijo Monsiváis–, los políticos jaliscienses hicieron una verdadera declaración patrimonial de sus bienes intelectuales”. En otra ocasión vino invitado por el Club Atlas a dar una conferencia. A la salida, en una entrevista con Manuel Baeza, definió a la alta sociedad tapatía, que minutos antes le acababa de aplaudir a rabiar, como “la ilustre heráldica del vacío”. Su fama de hacedor de chistes con las palabras llegó a tal grado que los últimos años la gente iba a verlo como quien acude a un show de



Las crónicas de Monsiváis se convirtieron en lecturas de culto, y su columna, en la más despiadada forma de desbaratar la diarrea verbal de los políticos

Derbez. Lo que el público esperaba de él es que los hiciera reír, y casi siempre lo lograba (en otras, la gente se reía aún sin entender, pues con la edad Carlos se volvió cada vez más críptico y barroco, pero poco importaba, una buena ocurrencia contra un político hacía la tarde).

¿INTELLECTUAL, GRILLO, ENSAYISTA, crítico literario o periodista? Monsiváis fue un poco de todo. Sin duda el trabajo que trascenderá es el de crítico literario y ensayista, pero su trabajo como periodista dejó huella en México y en Latinoamérica. Como editor de la “Cultura en México”, el suplemento cultural en la revista *Siempre!* (suplemento que antes dirigió Fernando Benítez) Monsiváis abrió la puerta a nuevas generaciones, pero sobre todo promovió el ejercicio de la crítica. Sus crónicas se convirtieron en lecturas de culto, y su columna, “Por mi madre, bohemios”, en la más despiadada forma de desbaratar la diarrea verbal de los políticos. La R, personaje central de la columna, y que era una parodia de la forma pomposa en que los periódicos firmaban comentarios y aclaraciones aludiendo a “La Redacción”, fue la más mordaz y feroz crítica del discurso político.

DURANTE LOS 20 AÑOS QUE CONOCÍ A MONSIVÁIS nos vimos a los sumo una o dos veces por año. La última fue durante la FIL 2009, en diciembre pasado. Desayunamos, como cada año en el restaurante del hotel Hilton frente a la Expo. No era fácil platicar con Monsiváis en un restaurante, el ritmo de interrupciones por minuto era ya superior al de sus respiraciones. Un joven poeta se acercó a regalarle un libro de poesía recién editado, lo que dio pie a hablar de la crisis de los libros de poesía:

—**HAY QUE REVISAR EL COLOFÓN** —dijo—, seguramente dice: “se imprimió este ejemplar y dos más para la presentación. Y sobrantes para reposición”.

AL FINAL HABLAMOS DE TODOS LOS ESCRITORES, algunos de ellos amigos comunes, que estaban muy enfermos y que no llegarían al 2011. La lista se fue haciendo larga; algunos ya honraron la conversación y se despidieron de este mundo. Ya para despedirnos me dijo que estaba enfermo. Cuando Carlos se retiró, su editor me dijo que estaba muy enfermo; tenía una fibrosis pulmonar que le impedía respirar y le hacía muy difícil la vida (la conversación no pudo ser más atinada. La R). ▲

¡POR LOS MUERTOS, BOHEMIOS! CARLOS MONSIVÁIS

► DANTE MEDINA

¡Por mi madre, bohemios!

CARLOS MONSIVÁIS

¿ME HABRÉ VUELTO VIEJO “REPENTINAMENTE”?

Hay pruebas de que sí: yo que siempre tuve amigos mayores, ahora mis amigos tienen mi edad, y son abuelos. Muchos de ellos se han muerto: lo sé cuando los domingos, como hoy, me siento solo y repaso, por orden alfabético, mi agenda, para ver a quién puedo llamarle, para hablar –esa necesidad obsesiva de hablar, de ponerle colores al pasado en las palabras, propia de la senectud–, me topo con mi galería de difuntos: Adalberto Navarro Sánchez, Arturo Rivas Sáinz, Enrique Macías, Ángel González y Jaime Sabines (poetas); Constancio Hernández Allende, Ramiro Villaseñor, Rafael García de Quevedo, José Luis Martínez (intelectuales); José Minero (*huichólogo*); Marcos Huerta, Judith Domínguez, Kraepellin y Javier Campos Cabello (pintores); Félix Vargas, Claudia Cecilia Alatorre, Mario Rosillo (teatreros); Alain Robbe-Grillet, Juan José Arreola (narradores); Emilio García Riera (cineasta); Gonzalo Villachávez (arquitecto)...

► Novelista traducido a diversas lenguas, es autor de varios libros de crítica literaria y antologador de distintas obras.





Habré de morirme para volver a conversar con ellos? ¡;O se me habrá vuelto contra mí la broma que le inventé al crítico literario Ángel Flores, “mi amigo Ángel”, anciano entonces de más de noventa años, al que le decía: “Ángel, me saluda a Juan Rulfo, cuando lo vea”; “pero si Rulfo ya se murió”, me respondía; “pues por eso”, le replicaba yo, “porque usted pronto irá a visitarlo”. Y Ángel se torcía de risa y de gusto como si le estuviera confirmando una cita con “mi amigo Juan”?!

AHORA, ALEJANDRO VARGAS (poeta), me pide que haga memoria, “que recorra mi memoria”, como pedían amenazantemente los Inquisidores de la Colonia, y hable de “uno de mis muertos”: Carlos Monsiváis. Un muerto, por cierto, que nos pertenece a todos, porque de él tuvimos bastante cada uno de nosotros: buscador de la identidad nacional, cada vez que, extraviados, nos buscábamos, nos encontrábamos con él, espeleólogo del ego colectivo.

MUERTO, MONSIVÁIS ES MI AMIGO, y no me puede contradecir. Tendrán los lectores, Alejandro, que aceptar mi palabra de que en vida tampoco tuvo tiempo de negar mi amistad: se murió sin que nadie se lo preguntara. En mi calidad de sobreviviente de una mesa donde comimos y charlamos seis personas, cuento esta historia en la que participaron tres “al día de hoy” muertos, y tres “al día de hoy” vivos. Los muertos son: Emilio García Riera, Juan José Arreola, y Carlos Monsiváis (nuestro héroe y personaje en este escrito rememoratorio); los vivos son: José Emilio Pacheco, Raúl Padilla, y yo mismo, Dante Medina. El escenario: el restaurante “La Vianda”, de Guadalajara.

EL TEMA: EL CINE, QUE LOS UNÍA A TODOS como especialistas, menos a Raúl y a mí, que estábamos de mirones. José Emilio Pacheco le contó a su tocayo Emilio García Riera (autor de la *Historia Documental del Cine Mexicano* en 17 tomos), una anécdota que antes me había contado a mí (y a los demás también, sin duda): que él había ganado un concurso, a los once años de edad, descubriendo la identidad de *El Santo*, “El Enmascarado de Plata”. Fue como prenderle fuego a la Trivia. Salvo los dos legos que mencioné, el enciclopedismo cinematográfico estaba en esa mesa: si José Emilio fue capaz de “desenmascarar” al *Santo* con el método de identificar al actor que “desapareció” de la pantalla para reaparecer convertido en el famoso luchador,



José Emilio Pacheco
me miró con esos
ojos suyos de que
quiere que le repitas
la pregunta pero
preferiría por timidez
que no, y Carlos
Monsiváis no se
sintió aludido porque
él era abstemio y
vegetariano

Emilio podía corregir los créditos erróneos que ponían en las pantallas de todas las películas del cine nacional, Juan José estaba dispuesto a recitar cada nombre de personajes y actores de los filmes franceses de 1940 a 1960, y Carlos Monsiváis –para pertenecer al club de eruditos al que de hecho pertenecía– probó que nada le era ajeno en lo que a estilos, recepción, e intenciones, se refería en la cinematografía mexicana.

POR FORTUNA, PARA RAÚL PADILLA Y PARA MÍ, que no dábamos la talla para tener vela en aquel velorio, vino el mesero con la carta, y aprovechamos cada uno para darle a lo suyo: yo, para pedirme otro whisky y elegir el tinto; él, para dar cifras oficiales probatorias contundentemente de que la FIL era irrefutable. Yo dije con la mano “¡Salud!”: Emilio García Riera me contestó con una generosa bocanada a su cigarrillo (con su cara del chiste mío a su risueñez: “Si Emilio García no riera, otro gallo nos cantara”), Juan José Arreola andaba persiguiendo una migala que le quería descomponer un verbo en el bolsillo de su conjugación, José Emilio Pacheco me miró con esos ojos suyos de que quiere que le repitas la pregunta pero preferiría por timidez que no, y Carlos Monsiváis no se sintió aludido porque él era abstemio y vegetariano. O sea que quien se aprovechó fue el silencio. Y se instaló como hace siempre que la gente se calla.

PERO LA TRIVIA ES UN PETARDO. Ni la comida la ahuyenta. Cada uno, entre bocadillo y masticada, soltó la suya. Duelo de campeones. Llovieron los: “¿en qué película...?”, “¿quién dijo...?”, “¿qué director fue el que...?”, “¿quién protagonizó y con quién de co-protagonista de...?”, “¿cuántos y cuáles guiones escribió...?”. Nada se quedó sin responder por alguno de aquellos cuatro titanes de la erudición cinematográfica (recuerde, lector, que había dos cachirules). Luego vino la parte verdaderamente dura: “Si yo digo... ¿quién soy?”, “¿a quién le respondió la pregunta sobre aquel asunto tal actor?”, “¿se acuerdan del que hizo...?”. Las respuestas eran dignas de entrar directamente a una enciclopedia. Juan José Arreola, contra su costumbre (en su entrevista con Borges, apenas Borges pudo, según su testimonio “intercalar algunos breves silencios”), estaba callado. Sólo la greña desordenada le brillaba, aluzada por sus ojos de noche.

ENTONCES, ARREOLA SE VOLVIÓ LO QUE SIEMPRE FUE: espectáculo. En lugar de hacer preguntas, escenificó respuestas; en vez de referir lo que un actor decía, lo actuó, con réplica, voces,



Monsiváis dijo:
"Bravo, maestro",
y fue como si
se aplaudiera a
sí mismo, por
esa capacidad
de admirar lo
admirable que
siempre lo enalteció

expresión corporal, entonación, en un francés perfecto de época. Vimos, atónitos, la película. Nos sacó de la adivinanza para meternos en el set. Asistimos a la proyección, con Arreola en todos los papeles. Sólo quedaba aplaudir.

SOBRA LO QUE DIJIMOS LOS OTROS, ya que estas palabras son en honor a Carlos Monsiváis, un vegetariano que no comía prójimo. Monsiváis dijo: "Bravo, maestro", y fue como si se aplaudiera a sí mismo, por esa capacidad de admirar lo admirable que siempre enalteció a Carlos.

Fin de mi homenaje a Carlos Monsiváis.

¡Por los muertos, bohemios!

TERMINO RECONOCIENDO QUE, como ya escribo memorias, y hablo sobre los que se fueron, sin duda, bohemios, por mi madre y por la suya, que, sin darme cuenta, he envejecido. Ahora lo que me toca temer es que otros escriban testimonios biográficos sobre mí, porque eso equivale a como se dice en los patéticos videos que dejan los que saben que su vida está en peligro, a una especie de epitafio: "si están viendo esto, es que ya estoy muerto".

PERO COMO QUEDAMOS TODAVÍA TRES DE LOS SEIS de estos recuerdos en el mundo, te pido, Alejandro Vargas, que no tires este artículo: con pequeñas modificaciones puede servir de homenaje póstumo para José Emilio Pacheco, para Raúl Padilla, o para mí mismo –en cuyo caso, te pido que lo firmes tú, en mi nombre con una nota que diga: "si estás leyendo este artículo con la firma de Alejandro Vargas, es que el muerto soy yo, Dante Medina". ▶



A LOS MUERTOS, LA VERDAD

► JUAN JOSÉ DOÑÁN

Voltaire escribió que el primer deber de los vivos con los muertos no son los responsos ni las coronas florales ni ninguna otra de las honras fúnebres, sino la verdad. En el caso específico de dos escritores que murieron a mediados de este año, con apenas un día de diferencia entre sí (el novelista portugués José Saramago, desaparecido el viernes 18 de junio, y el mexicano Carlos Monsiváis, quien falleció el 19 de junio), esa verdad que exige Voltaire sólo se puede construir con la suma testimonial de los lectores que ambos autores tuvieron.

Va, modestamente, el testimonio de uno de esos lectores, que sólo habla de su experiencia personal ante la vasta obra de ambos escritores, quienes compartieron algo más que una postura política, a la izquierda del espectro ideológico, y ese “algo más” es el hecho de haber pertenecido a un tipo de intelectual que nace formalmente, a fines del siglo XIX, con Émile Zola: el del *écrivain engagé*, el escritor comprometido con una postura política o una social, y de manera preponderante con la reivindicación de los desheredados, o de las personas que son víctimas del poder, ya sea de orden político, económico, religioso o de otra índole.

COMO ACTIVISTAS INTELECTUALES, tanto Saramago como Monsiváis mantuvieron una posición a favor de los oprimidos o marginados, frente –y con frecuencia también en contra– de los poderosos. Por ello, no pocas veces el buen nombre de ambos acabó sirviendo para legitimar a líderes de

Con frecuencia, Monsiváis mantuvo con el poder una relación ambigua como, por lo demás, ha ocurrido también con muchos otros intelectuales mexicanos, que han terminado recibiendo toda clase de beneficios, prebendas, favores, mimos y halagos oficiales

dudosa calidad moral, o movimientos contradictorios, o de una pretendida reivindicación social no siempre muy clara. Por otra parte, hay cierta clase de escritores que, por causas extraliterarias, acaban por ser más admirados que leídos. Infortunadamente, hay razones para pensar que los autores en cuestión no son la excepción a esta fama equívoca.

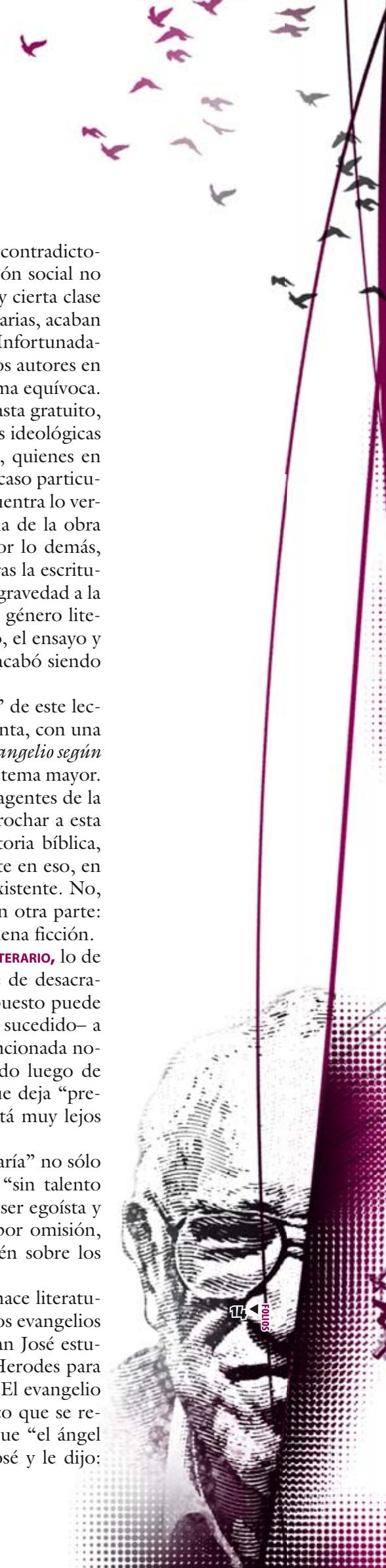
PERO MÁS ALLÁ DEL ENTUSIASMO fácil y hasta gratuito, o de las afinidades políticas y simpatías ideológicas suscitadas por Saramago y Monsiváis, quienes en su momento ensalzaron, por citar un caso particular, al subcomandante Marcos, se encuentra lo verdaderamente importante: la relevancia de la obra literaria de uno y otro. Una obra, por lo demás, muy distinta. Primero, porque mientras la escritura de Saramago tuvo como centro de gravedad a la novela, Monsiváis jamás practicó este género literario, pues lo suyo fueron, sobre todo, el ensayo y la crónica, en los cuales el mexicano acabó siendo un consumado maestro.

CON LA OBRA DE SARAMAGO, la “verdad” de este lector comenzó, a mediados de los noventa, con una obra de pocos quilates literarios: *El Evangelio según Jesucristo*, una novela menor sobre un tema mayor. Pero contra lo dicho por los algunos agentes de la curia romana, lo que se le puede reprochar a esta novela no es que se meta con la historia bíblica, pues la literatura consiste precisamente en eso, en tergiversar o en fantasear con lo preexistente. No, en todo caso lo reprochable estaría en otra parte: en que su autor no consigue hacer buena ficción.

Y, DESDE UN PUNTO DE VISTA PURAMENTE LITERARIO, lo de menos es que se tergiverse o se trate de desacralizar la vida de Cristo, lo que por supuesto puede llegar a molestar –como de hecho ha sucedido– a no pocos creyentes. Porque en la mencionada novela de Saramago, Cristo es concebido luego de un torpe coito del carpintero José que deja “preñada a María”, y cuya descripción está muy lejos de ser gran literatura.

EL NARRADOR PINTA A “el esposo de María” no sólo como un carpintero mediocre y “sin talento para las perfecciones”, sino como un ser egoísta y cobarde e incluso como un asesino por omisión, al no alertar a los habitantes de Belén sobre los planes siniestros de Herodes.

AQUÍ, DEFINITIVAMENTE, Saramago no hace literatura, sino trampa, pues en ninguno de los evangelios (canónicos y apócrifos) se dice que san José estuviera enterado del plan siniestro de Herodes para pasar a cuchillo a los niños de Belén. El evangelio de san Mateo, el único texto canónico que se refiere al asunto, consigna, a la letra, que “el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:





DE AUDITU

‘Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto y estate allí hasta que yo te avise porque Herodes va a buscar al niño para matarlo’.

MÁS CLARO, NI EL AGUA: de lo único que estaba enterado san José era que Herodes pretendía matar al niño Cristo, pero no a los niños betlemitas, quienes después serían reconocidos como los Santos Inocentes. Por lo tanto y aunque se trate de una novela –es decir, de una obra de ficción–, no hay ningún motivo para inculpar a san José como “criminal”, así sea por omisión, tal y como se lo pinta en la novela de Saramago.

PERO VENTUROSAEMENTE PARA LA LITERATURA y para sus seguidores, un caso muy distinto son *Memorial del convento*, *Historia del cerco de Lisboa*, *Ensayo sobre la ceguera*, entre otras obras mayores de ficción de José Saramago, en las que sin embargo, se percibe cierto regusto admonitorio y una como voluntad de querer convencer a sus lectores y hacer de ellos mejores personas.

POR LO QUE HACE A CARLOS MONSIVÁIS, la parte más consistente de su vastísima obra se encuentra en sus excelentes ensayos y crónicas sobre tópicos y asuntos de lo más diverso: la cultura popular, incluidos algunos personajes de la farándula; la gazmoñería y la doble moral en los grupos ultraconservadores del país; la afición a lo rimbombante y al ridículo entre la clase política mexicana; los movimientos civiles en la capital del país; el clandestino y casi secreto historial de la cultura gay en México... Y, por supuesto, también la literatura, de la que el autor de *Días de guardar* fue un lector omnívoro y lúcido.

EL TRABAJO PERIODÍSTICO DE MONSIVÁIS fue menos bueno, pues a pesar de haber sido una persona bien enterada sobre numerosos asuntos de la vida pública de México, y de poseer un punto de vista original, potenciado con un filoso sentido del humor, por momentos pareció haber llegado a acumular demasiados intereses, los cuales a menudo limitaban, cuando no inhibían, su libertad expresiva, mellando también sus capacidades intelectuales y periodísticas.

CON FRECUENCIA, MONSIVÁIS mantuvo con el poder –o, mejor dicho, con los poderes públicos, constituidos y fácticos– una relación ambigua como, por lo demás, ha ocurrido también con muchos otros intelectuales mexicanos, que han terminado recibiendo toda clase de beneficios, prebendas, favores, mimos y halagos oficiales.

EL PRESIDENTE Carlos Salinas de Gortari, por ejemplo, instituyó al comienzo de su administración la entrega de becas vitalicias a la cúpula intelectual mexicana. Con ello logró varias cosas: acallar la voz de varios de nuestros cocos pensantes, comprar la voluntad de otros, y aun permitir que algunos más incurrieran en prácticas editoriales no demasiado congruentes: pegar con la izquierda y cobrar con la derecha, por ejemplo. Carlos Monsiváis no fue la excepción.

Y LO ANTERIOR LO SUSCRIBE un modesto lector de los dos ilustres escritores fallecidos; un lector agradecido con la obra de ambos, pero un lector que no se olvida de esa suerte de imperativo categórico de Voltaire: a los muertos, la verdad. ▶

CRÓNICA DE UN CONCIERTO DE VERANO

► ALEJANDRO VARGAS VÁZQUEZ

Corría el año de 1978, cuando el fallecido doctor Manuel Rodríguez Lapuente –pionero de la investigación en ciencias sociales en la Universidad de Guadalajara– me pidió que lo acompañara al aeropuerto a recibir a Carlos Monsiváis. De entrada, al verlos ya reunidos, era posible advertir mucha familiaridad entre ambos, como si tuvieran largo tiempo de conocerse: hablaron de amigos mutuos, a saber, el poeta y diplomático Hugo Gutiérrez Vega; el dramaturgo y fundador de Radio Universidad, Ignacio Arriola Haro; su hermano, Carlos Arriola, entre otros personajes de la cultura nacional de aquellos años. Y, por supuesto, de política.

Irreverente, iconoclasta, sarcástico por convicción y dueño de una agudísima ironía capaz de cercenar, con una sola frase, la cabeza de los no pensantes, Carlos Monsiváis fue uno de los principales impulsores y protagonista de la cultura en México, durante los más recientes decenios hasta su muerte.

CARLOS MONSIVÁIS SOLÍA VENIR A GUADALAJARA de vez en cuando en calidad de conferenciante: era capaz de llenar auditorios, como el Salvador Allende, hecho que yo sólo presencie con Elena Poniatowska y Carlos Fuentes, muchos años antes de que la Feria Internacional del Libro en Guadalajara hiciera de esos actos multitudinarios ningún motivo de asombro.

LAS AVENIDAS MINA-JUÁREZ-VALLARTA corrían en dos sentidos; las cafeterías por antonomasia eran el Madoka, el Madrid, el Treve y el Azteca, de las cuales sólo continúa en servicio, y bajo ese nombre, la primera de ellas; y aún no habían sido demolidas las manzanas que dieron pie a los setenta mil metros cuadrados que hicieron posible la horrorosa plaza Tapatía.

DE MANERA POSTERIOR AL MOTIVO PRINCIPAL de su estancia tenía encuentros con diversos amigos, principalmente con el doctor Rodríguez Lapuente, dueños ambos de una aguda y fina ironía. Ser testigo de esas charlas era, para mí, un verdadero festín en el que las palabras y las ideas aparecían con el brillo, el estrépito y la velocidad de un rayo que, a la vez, nos sacude y nos deslumbra.



SI BIEN NO ESTRECHA, poco a poco fui estableciendo una relación con Carlos, que involucraba la lectura de mis textos –poesía, prosa y traducciones– y la invitación a publicarlos en diversas revistas de la capital en las que él tenía influencia, principalmente en el suplemento cultural de la revista *Siempre!*, “La Cultura en México”, en la que, por cierto, me pagaban, y bien.

DURANTE SUS VISITAS A GUADALAJARA tenía por costumbre hospedarse en el céntrico hotel Fénix, ese de la avenida Corona y su confluencia con la calle López Cotilla. En tal sitio solíamos encontrarnos en el *lobby bar* para, o bien leer nuestros textos, hablar de cosas diversas, o hacer sus frecuentes comentarios irónicos y cargados de sarcasmo. Entre los invitados pude ver, en alguna de las ocasiones, a José Ignacio Solórzano (*Jis*), Manuel Falcón y *Trino* Camacho.

JUSTAMENTE LA NOCHE DE ESE DÍA se inauguraba en el Instituto Cultural Cañas una importante exposición retrospectiva de la obra de Juan Sorianó, a la que vinieron como invitados especiales tanto Monsiváis como José Emilio Pacheco. Otra persona y yo lo acompañamos, y nunca había visto a Carlos Monsiváis tan locuaz e incisivo. Corría el sexenio de gobierno estatal de Enrique Álvarez del Castillo y en los pasillos de las salas nos lo encontramos en compañía de una señora líder, por aquellos años, de la industria del zapato, a la que saludó con una reverencia y le espetó que su belleza sólo era comparable a las cariátides del quiosco de la plaza de Armas. El ex gobernador de Jalisco se turbó y alcanzó a escurrirse entre la multitud asistente a dicha apertura, en compañía de su invitada, la de la industria zapatera.

DURANTE UNA DE SUS VISITAS, un viernes, llovía en la ciudad. Teníamos una invitación a escuchar un concierto en el teatro Degollado, en el que la solista sería la guapísima rumana Svetlana Arapu, virtuosa ejecutante de la viola en la entonces Orquesta Sinfónica de Guadalajara.

ME ACOMPAÑARON EL HISTORIADOR ESPAÑOL Pedro de Montaner y Alonso –actual director del Archivo Municipal de Palma–, Arturo Suárez y, de manera sorprendente e insólita, Carlos Monsiváis, quien acostumbraba andar siempre por su lado. El concierto fue más allá de lo esperado: una ejecución brillante e impoluta de la viola, a cargo de Svetlana Arapu, nos dejó a todos sorprendidos. Y después del concierto seguimos la fiesta.

LA CIUDAD PERMANECÍA BAJO EL AGOBIO de la lluvia pertinaz. Svetlana y Pedro de Montaner eran vecinos en una pensión que estaba justo a un lado del teatro, sobre la avenida Hidalgo. Ahí continuamos las charlas, bebimos ginebra o vodka –a excepción de Monsiváis, que no practicaba ese hábito; hablamos de demografía histórica, de literatura, escuchamos música; se hizo de madrugada; Arturo Suárez se arrellanó en un sofá y roncabía; Monsiváis platicaba con Svetlana, y Pedro de Montaner insistía conmigo en el asunto de sus autores de cabecera, los demógrafos F. Cook y Woodrow Borah, especialistas en los estudios históricos de población en México. Pero de súbito y de manera sorpresiva, Pedro cambió la materia de su discurso y me pidió, así sin más, que le diera un beso. Esa petición cambió el rumbo de las cosas. Se acabó la fiesta; desperté de su sueño profundo a Arturo Suárez, y salimos todos de ahí, a excepción de Pedro, puesto que ese era su departamento.

YA EN LA PLAZA DE LA LIBERACIÓN, Arturo y yo decidimos acompañar a su hotel –a unas cuadras de ahí– a Monsiváis, quien no dijo nada del incidente, pero en el camino Arturo –a quien yo creí profundamente dormido– me guiñó el ojo y me dijo: “Le hubieras dado el beso”, lo que provocó la risa de Carlos.

Corría el año de 1981. ▶

RECUERDOS DE MI AMIGO HEREJE. LA HETERODOXIA RELIGIOSA DE CARLOS MONSIVÁIS

► ALFREDO ECHEGOLLEN GUZMÁN

*El pensamiento de la amistad:
Creo que sabemos cuándo la amistad acaba
(incluso si aún perdura),
por un desacuerdo
que un fenomenólogo llamaría existencial,
un drama, un acto desafortunado.
Pero ¿sabemos cuándo comienza?
No hay flechazo de la amistad,
sino más bien un hacerse paso a paso,
una lenta labor del tiempo.
Éramos amigos y no lo sabíamos.*

MAURICE BLANCHOT

Cuando un personaje de la escena pública trasciende –y morir es una forma, quizá la menos equívoca, del trascender– queda una estela de elogios que corre el riesgo no sólo de aburrir por la repetición *ad nauseam* de las virtudes y aciertos del que trascendió, sino de sepultar bajo la aclamación aquellos rasgos, quizá oscuros o ambiguos, que eran constitutivos.

► Filósofo, Investigador y miembro fundador del Centro de Estudios del Protestantismo Mexicano (CENPROMEX).

EVA
Sión



O al menos contribuían a la autenticidad de quien en vida fue más actor que personaje, más carácter que caracterización; hombre, en fin, de su tiempo y circunstancia, tan contingente y tan irrepetible como ellos. En el caso de Carlos Monsiváis es difícil no caer en las rutinas momificantes que su todavía reciente deceso ha desatado en buena parte de la academia, la intelectualidad y el periodismo mexicanos, y que han acabado por expropiarle al lector y al ciudadano de a pie una figura, sí emblemática de nuestra vida pública, pero también vital y rebelde a todo embalsamamiento cultural como la del autor de *El Estado laico y sus malquerientes* (2008).

ME PREVENDO ENTONCES A MÍ MISMO –quizá infructuosamente– de todo ejercicio memorioso que se inscriba en tal impostura, y me entrego en cambio al pensamiento de una amistad que, como indica el epígrafe de Blanchot que antecede a estas líneas, perdura a pesar del infortunado evento de la muerte de Carlos, con quien me unió una amistad cuyos inicios no sabría yo señalar, pero que se hizo paso a paso a partir de la identificación –sorpresa para mí en un primer momento– en torno a nuestra compartida filiación protestante y evangélica.

DEBO AQUÍ RECONOCER LA INICIATIVA de nuestro común amigo, Carlos Martínez García (sociólogo y periodista menonita, colaborador de *La Jornada*), que fue quien primero buscó, contactó y embarcó a Monsiváis en diversas empresas y actividades de un pequeño grupo de “intelectuales” y académicos evangélicos y protestantes en cíernes –entre quienes está también Carlos Mondragón, psicólogo e historiador de las ideas protestantes en América Latina– desde mediados o finales de la década de 1980. Nuestras inquietudes culturales y políticas encontraron pronto en Monsiváis no sólo un referente –que podía fácilmente degenerar en “el discurso del Amo”, para decirlo en términos lacanianos–, sino un interlocutor ágil, mordaz, cercano pero no complaciente, y gustoso de que tras décadas de letargo intelectual y cultural en las iglesias protestantes de México emergiese una minoría de evangélicos empeñados en pensar crítica y responsablemente su realidad sociohistórica, a partir de las coordenadas de la revelación bíblica pero atentos a los debates intelectuales, así como a los desafíos culturales y políticos de su tiempo.



Entre esas marginalidades centrales en la ignota vida del Monsiváis “hereje” protestante, está también su melómana afición no sólo a Juan Gabriel y Gloria Trevi, sino a la música gospel, y en especial a la himnología tradicional protestante

DE MÁS ESTÁ RECORDAR LA INMENSA ERUDICIÓN bíblica de *Monsi*, para quien la Biblia era, según quedó consignado en una de las múltiples entrevistas que concedió, fuente del conocimiento y del comportamiento; y reiteraba que su gran pasión por los libros se había iniciado con la Biblia, lo primero que leyó, lo que más veces leyó, y en donde encontró y matizó ideas para él imprescindibles; el mismo escritor prolífico, crítico inflexible de la derecha clerical y su integrismo intolerante, excluyente, misógino y homofóbico; el que reconocía la Escuela Dominical como su verdadero lugar de formación, y aprendió pronto a arrostrar la condición de minoría protestante –representada por él– en un medio social, escolar, y cultural que asume como “exótico” o incluso como encarnación del mal el ser diferente. Muchos hoy elogian, con razón, la incansable denuncia de las violaciones a los derechos de las minorías étnicas, religiosas y sexuales en México que desplegó Monsiváis a lo largo de varias décadas, pero ignoran que tal militancia es simplemente inexplicable si se ignora su raigambre protestante y el papel de la lectura de la Biblia en quien se empeñó a lo largo de una amplia y dispersa obra escrita en poner “lo marginal en el centro”. Entre esas marginalidades centrales en la ignota vida del Monsiváis “hereje” protestante, está también su melómana afición no sólo a Juan Gabriel y Gloria Trevi, sino a la música gospel, a los cantos espirituales negros, y en especial a la himnología tradicional protestante, en la cual su erudición era igual de sorprendente que en el terreno bíblico. En una ocasión, a mediados de la década de 1990, cenábamos con él y se puso a recitar de memoria estrofas enteras de casi un centenar de antiguos himnos protestantes, muchos de ellos “clásicos”; y al señalarle yo de que algunos habían sido recientemente grabados en versión de mariachi por un emergente e improbable artista evangélico autodenominado “El Charro Redimido”, estalló en carcajadas que llenaron el restaurante en que nos encontrábamos. Yo no lo sabía entonces, pero ese intelectual y escritor cuya crítica mordaz muchos alababan y otros denostaban o temían, era mi amigo, un heterodoxo de alta estima y mejor humor, cuya risa perdura, recordándome que las ortodoxias, sean políticas o religiosas, son a la vez ridículas y dignas de nuestra carcajada, de una risa mordaz e inteligente, como la que poblaba sus imprescindibles textos. ▶



ENTRE LIBERALES, SOCIALISTAS Y OCURRENCIAS

► ROGELIO VILLARREAL

PAZ, LA IZQUIERDA Y EL SOCIALISMO

Una de las más importantes discusiones intelectuales en el México contemporáneo fue la de Octavio Paz con Carlos Monsiváis en torno a la naturaleza de la izquierda mexicana y del socialismo realmente existente. La polémica se desató a partir de una entrevista del director de la revista *Proceso*, Julio Scherer, a Paz, quien fue uno de los primeros críticos en México del totalitarismo soviético. En ella reiteraba su crítica al marxismo y al socialismo, que habían adoptado, según el poeta, una "expresión ideológica religiosa". Monsiváis dijo que coincidía con las denuncias de Paz a la barbarie estalinista y a la usurpación de la burocracia del papel que le correspondía al proletariado, pero le reprochaba al futuro Nobel: "Para que la crítica a esas aberraciones tenga pleno sentido debe, si se precisa de autoridad moral, ir acompañada de la participación en el esfuerzo de construir ese socialismo verdadero y, si sólo se requiere honestidad intelectual, necesita ir acompañada de la evaluación (de ningún modo acrítica) de los grandes logros [...] La crítica de las deformaciones del socialismo debe acompañarse de una defensa beligerante de las conquistas irrenunciables".

Monsiváis no solamente ponía en duda la autoridad moral de Paz, también lo acusaba de tener una “mentalidad autoritaria”. Paz le reviró con la célebre sentencia: “Monsiváis no es un hombre de ideas sino de ocurrencias”

El sociólogo Xavier Rodríguez Ledezma escribiría que la réplica de Monsiváis cojeaba “gravemente al argumentar la indispensabilidad de tener ‘autoridad moral’ para hacer la crítica del socialismo realmente existente; y peor aún cuando señalaba que ese peso ético sólo se conseguía cuando el interesado se involucraba directamente en la participación por construir al socialismo” (en *El pensamiento político de Octavio Paz. Las trampas de la ideología*, Plaza y Valdés-UNAM, 1996). Monsiváis no solamente ponía en duda la autoridad moral de Paz, también lo acusaba de tener una “mentalidad autoritaria”. Paz le reviró con la célebre sentencia: “Monsiváis no es un hombre de ideas sino de ocurrencias”, y además lo acusó de ser “un pepenador periodístico” pues, como escribió en sus “Aclaraciones y reiteraciones”, “dedica su talento y no sé cuantas horas a la semana a hurgar en los basureros del periodismo para pepenar, por ejemplo en la revista *Notitas Musicales*, una declaración ridículizable de una joven cantante, que él adereza con burlas y sarcasmos baratos, naturalmente sin firma. ¿Es ésta la ‘defensa beligerante de las conquistas irrenunciables del socialismo?’”. La polémica puede leerse en las ediciones de *Proceso* de diciembre de 1977 y enero de 1978.

DE LIBERALES Y OTROS PRÓCERES

LAS HERENCIAS OCULTAS, de Carlos Monsiváis, fue publicado en el año 2000 por la editorial del Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, auspiciado por Elba Esther Gordillo. *Las herencias ocultas de la reforma liberal del siglo XIX* fue reeditado en 2007 por Debate. El crítico Rafael Lemus escribió que:

Es la nueva pieza en su museo imaginario. Es, como objeto, un libro de 384 páginas, tres ensayos y siete ‘crónicas históricas’ sobre siete liberales mexicanos del siglo XIX. Su forma es fragmentaria; su estilo, el ya conocido. Mentiríamos si dijéramos que la obra despunta por un desusado rigor: no teoriza ni ofrece una sabia lectura del liberalismo ni es producto de una morosa investigación histórica. Antes que demorarse en una época y una ideología, el libro esculpe las figuritas de siete próceres mexicanos. Ése, su propósito: engordar el acervo del museo con la adquisición de un puñado de muñequitos heroicos. No son figuras realistas sino ejemplares, desprovistas de defectos y bañadas en bronce. No descansan en un rincón sino justo en el centro del museo, como homéricos padres de toda la cultura mexicana no católica. Si alguien resiente la tosquedad de las piezas, otro paseo por El Estanquillo puede ser aleccionador: Monsiváis envidia –y remeda, apenas puede– a los moneros” (en *Letras Libres*, julio de 2007).



2006

EN DEFENSA DE ANDRÉS MANUEL LÓPEZ OBRADOR, Carlos Monsiváis no dudó en corear ante un Zócalo abarrotado de seguidores la consigna que convalidaba el supuesto fraude electoral. Pero ante la toma del Paseo de la Reforma por los obradoristas el escritor esbozó apenas una leve crítica: “En una ciudad tan frágil, tan convulsa y tan vulnerable, los bloqueos son inadmisibles. Las marchas y los plantones tienen toda la razón de ser, pero un bloqueo de esta naturaleza me resulta inadmisible ya que atenta contra los derechos urbanos de manera directa”.

EL 2006 FUE UN AÑO CONVULSO y fueron millones de ciudadanos los que tomaron partido por uno u otro bando. Entre los intelectuales obradoristas Monsiváis fue uno de los más conspicuos, lo que le valió duras críticas de analistas y escritores como Luis González de Alba: “En el convite para la refundación del PRI, a cargo de López Obrador, gran número de intelectuales mexicanos desfilaron tras la bastonera Poniatowska y el tamborilero Monsiváis. ¿Cómo pudo tal patinazo ocurrir? Intentemos desbrozar el enigma”, escribe en “Erotismo, sexualidad e intelectuales” (*Letras Libres*, septiembre de 2006) a propósito de la numerosa cantidad de escritores, académicos y artistas seducidos por el ex candidato de la Coalición Por el Bien de Todos a la Presidencia.

LIBROS, AMISTADES Y PLEITOS

MUCHOS DE LOS ENIGMAS Y CLAROSCUROS en torno a la vida y obra de Carlos Monsiváis persistirán, seguramente, y otros serán develados con el tiempo. El escritor no fue santo de la devoción de muchos de sus contemporáneos ni de personas que trabajaron cerca de él y gozaron de su confianza y hasta de cierta intimidad. Fue un personaje complejo al que debe leerse con ánimo crítico, como él mismo lo hizo con incontables autores desde sus primeras lecturas en la adolescencia. Lo más probable es que juicios tan inmediatos como “No obstante sus múltiples errores, *inferiores a los de sus antagonistas*, [habla de López Obrador] sigue siendo una referencia fundamental” o “Fox ha sido el peor presidente de la historia de México”, entre un largo rosario, se olvidarán porque, como escribe Héctor Villarreal, no pudo haber sido peor que Gustavo Díaz Ordaz o Luis Echeverría (en “Monsimanía: una devoción anacrónica”, www.revista-replicante.com). “No puedo hacer un resumen de mi vida, porque está conformada por varias épocas y circunstancias, libros, amistades y pleitos, y eso, sólo admite resúmenes parciales”, dijo, con toda razón, Carlos Monsiváis. ▶

“No puedo hacer un resumen de mi vida, porque está conformada por varias épocas y circunstancias, libros, amistades y pleitos, y eso, sólo admite resúmenes parciales”, dijo, con toda razón, Carlos Monsiváis

CÓMO CONOCÍ A MONSIVÁIS

► FEBRONIO ZATARAIN

La primera vez que vi a Carlos Monsiváis fue en el cine. Apareció en la pantalla junto a Juan Rulfo. Estaban vestidos de campesinos y sentados en una banca. Estoy seguro que sus rostros se quedaron en mi inconsciente porque *En este pueblo no hay ladrones*, de Alberto Isaac, fue la película que más me impresionó durante mi infancia: era la primera vez que las calles, las casas, la cantina y la gente que aparecían en un filme eran idénticas a las de mi pueblo.

Luego supe de su gran humor e ironía cuando estudiaba la preparatoria y mi hermano Manuel insistía en que leyera el semanario *Siempre!*. Lo hice y las páginas que más me llamaban la atención eran las de una sección llamada “Por mi madre, bohemios”. En ellas lo mismo te podías encontrar un trozo de fotonovelas de amor de la semana, alguna declaración del cantante Sandro, en la que se consideraba discípulo de Freud, o las fotos de los dictadores Somoza y de Stroessner recibiendo un reconocimiento de la Universidad Autónoma de Guadalajara por su lucha contra el comunismo.

COMO ME INTERESÉ EN EL PERIODISMO, cada que Monsiváis iba a Guadalajara a dar una conferencia ya fuera sobre José Revueltas o sobre la Crónica en el siglo XIX ahí estaba yo en primera fila. Pero la vez que se me quedó más grabada fue cuando lo divisé en medio de

► Escritor y periodista.



una manifestación mirando los rostros de personas del Opus Dei y de los Caballeros de Colón que demandaban un retorno a las buenas costumbres. Lo fui siguiendo de cerca, viéndolo cómo se escabullía con sus sentidos abiertos entre esa gente de buena familia para capturar una consigna o un gesto para anotarlos de inmediato en su libreta.

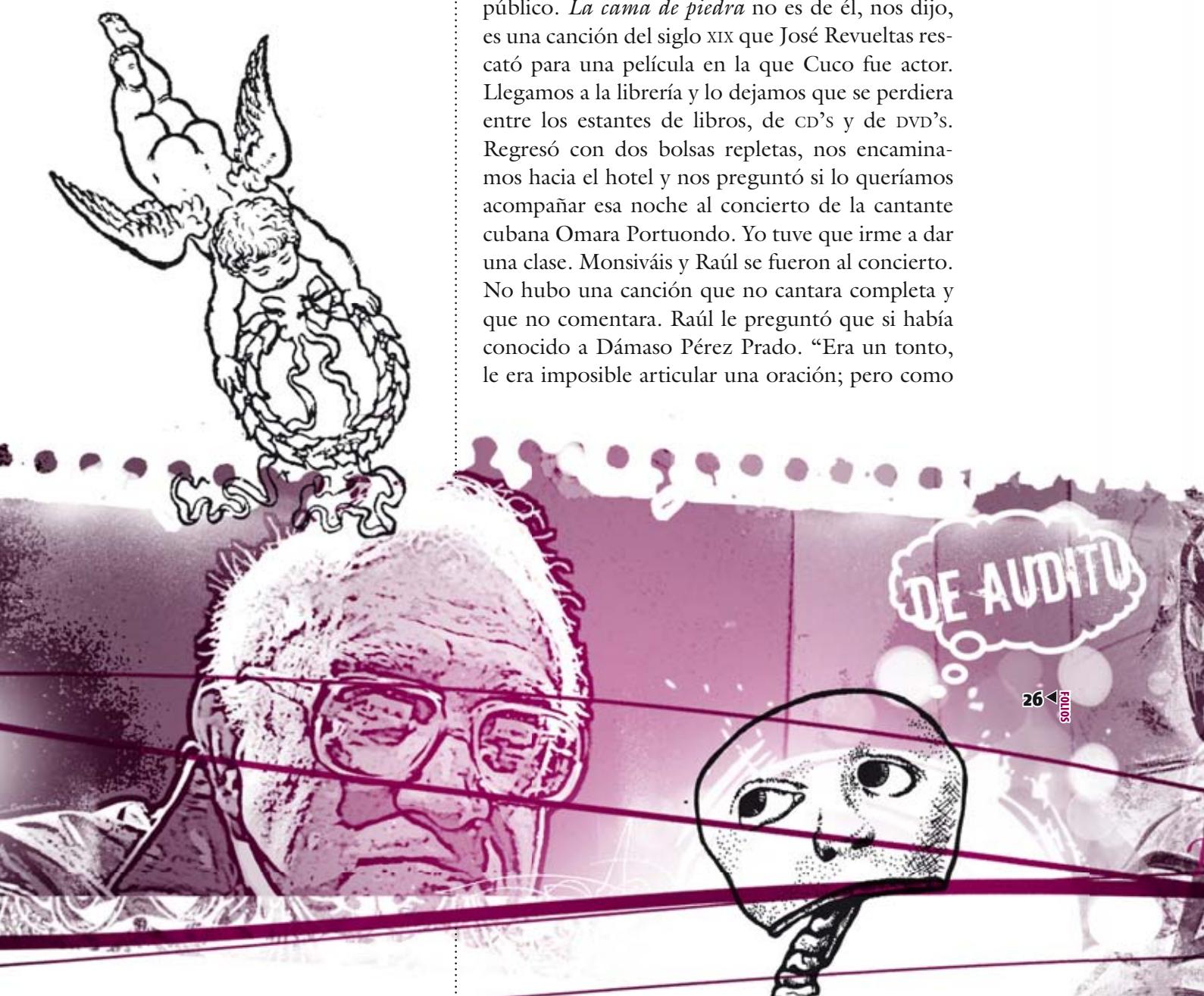
EN 1982, SIENDO ALUMNO de la antigua Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara, debido a mi participación en un grupo estudiantil que demandaba la democratización de la universidad, tuve la oportunidad de conocerlo personalmente. En una de sus visitas a Guadalajara nos buscó; se había enterado de nuestra existencia por una huelga de hambre que hicimos en contra de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG) exigiendo el registro de todos los candidatos a la presidencia de la sociedad de alumnos. Nos dijo que contáramos con su apoyo. Y sí, pronto vino a darnos un curso de una semana sobre literatura mexicana del siglo xx.

EN 1989 ME MUDÉ A CHICAGO; aquí tuve la oportunidad de convivir con él muchas veces. Monsiváis es sin duda el intelectual latinoamericano que más ha convivido con la comunidad inmigrante hispana en los Estados Unidos. No sólo en Chicago, sino también en Los Ángeles, en Nueva York, en San Francisco tenía su séquito de activistas y de gente interesada en el arte y la escritura que se ponían a sus órdenes en cuanto llegaba.

UNA DE LAS COSAS QUE MÁS ME IMPRESIONABA era la cantidad de amigos famosos que tenía, lo mismo en la esfera de la política y de la farándula como en el mundo de los escritores y de los artistas. A todos estos amigos Monsiváis los veía muy esporádicamente, pues en los últimos años gran parte de su tiempo (según sus propias palabras) lo dedicaba a la lectura y a ver filmes estadounidenses de los treinta y los cuarenta.

Monsiváis cantaba muy bien. Sin duda era una de sus pasiones; pero siempre se rehusó a hacerlo en público

EN EL OTOÑO DE 2000, el consulado mexicano en Chicago nos invitó a Raúl Dorantes y a mí a convivir en un almuerzo con Monsiváis y Elena Poniatowska en el restaurante del hotel donde se hospedaban. Al fin del convivio, Poniatowska subió a su habitación y Monsiváis nos preguntó si teníamos algo qué hacer. “No, estamos a tu disposición”, le dijimos. Lo acompañamos a la librería Borders y mientras avanzábamos sobre la avenida Michigan le pregunté sobre Cuco Sánchez, quien acababa de fallecer. “Sus canciones han crecido”, nos dijo, y empezó a cantarnos algunas estrofas de *Arrieros somos* y le siguió con *Grítenme piedras del campo*. Monsiváis cantaba muy bien. Sin duda era una de sus pasiones; pero siempre se rehusó a hacerlo en público. *La cama de piedra* no es de él, nos dijo, es una canción del siglo XIX que José Revueltas rescató para una película en la que Cuco fue actor. Llegamos a la librería y lo dejamos que se perdiera entre los estantes de libros, de CD's y de DVD's. Regresó con dos bolsas repletas, nos encaminamos hacia el hotel y nos preguntó si lo queríamos acompañar esa noche al concierto de la cantante cubana Omara Portuondo. Yo tuve que irme a dar una clase. Monsiváis y Raúl se fueron al concierto. No hubo una canción que no cantara completa y que no comentara. Raúl le preguntó que si había conocido a Dámaso Pérez Prado. “Era un tonto, le era imposible articular una oración; pero como



músico, ah, como músico, un verdadero genio”, contestó Monsiváis.

HAY MUCHAS PEQUEÑAS ANÉCDOTAS y comentarios dichos por Monsiváis en sus visitas a Chicago. Mencionaré una que tengo en la mera entrada de la casa de los recuerdos. Una vez viajó a España a un encuentro de escritores; le tocó irse a un lado de Juan José Arreola y para no aburrirse compitieron a decir poemas de memoria durante las ocho horas del trayecto. “Quién ganó”, le pregunté. “Quedamos empatados”.

LA ÚLTIMA VEZ QUE ESTUVE EN SU CASA lo más llamativo en su despacho eran los gatos que saltaban del escritorio a sus hombros, las pilas de libros y periódicos, y los retratos a tinta pegados con cinta adhesiva en la pared que le había hecho recientemente alguien que había sido su amigo desde la adolescencia: José Luis Cuevas.

INTUYO QUE UNO DE SUS AMIGOS más queridos y quizás su mayor confidente fue Sergio Pitol. Estuve tres ocasiones en casa de Monsiváis, y en dos de ellas apareció Pitol; una para desayunar juntos, y la otra para despedirse porque se iba a trabajar como diplomático a algún país del antiguo Bloque Soviético. Aún resuena en mi memoria la voz de Carlos Monsiváis cargada de guasa y de cariño la vez que me lo presentó: “Es Sergio Pitol, un novelista menor de la literatura mexicana”. ▲

Aún resuena en mi memoria la voz de Monsiváis cargada de guasa y de cariño la vez que me lo presentó: “Es Sergio Pitol, un novelista menor de la literatura mexicana”



"CARLOS ESTÁ LOCO..."

► JOSÉ DE JESÚS GÓMEZ VALLE

Mi primer contacto con Carlos Monsiváis fue como el de muchos: a través de sus libros. Cuando estudiaba la preparatoria un profesor de sociología incluyó en las lecturas del semestre el libro *Amor perdido* (ERA, 1977). Lo que recuerdo de aquella lectura es la manera como Monsiváis hacía una disección sobre el país con singular agudeza: desde los excesos de la dictadura porfiriana hasta la mitificación de personajes de la cultura popular como José Alfredo Jiménez e Irma La Tigresa Serrano, pasando por los conflictos entre empresarios y el Estado mexicano, y el papel que jugaba en el control corporativo de la clase obrera nacional el cacique sindical Fidel Velázquez.

► Profesor Investigador del DESMOS, CUCSH-UdeG.
Integrante del Consejo Editorial de *Folios*.



Otro recuerdo sobre Monsiváis proviene de un homenaje que le hizo la Universidad de Guadalajara allá por 1992, creo que el coloquio con el que se homenajeó al autor de *A ustedes les consta* versaba sobre las culturas populares. Ahí supe que Carlos Monsiváis era lo que se dice un ave de tempestades. Para algunos era “un cronista excepcional”, “el mejor escritor de México al que todavía no se justipreciaba en su real dimensión” o el cronista al que sus “finas ironías” la mayoría no entendía. Para otros era “un falso modesto”, “un petulante que hacía alarde de sapiencia”, esas voces se escuchaban en los pasillos del lugar del homenaje.

VARIOS AÑOS DESPUÉS, entre 2000 y 2003, cuando impartí un curso sobre movimientos sociales en la Escuela Nacional de Trabajo Social de la UNAM, su libro *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza* (ERA, 1987) se trataba de una referencia ineludible para entender el auge de la sociedad organizada y de la acción colectiva que se manifestaba en el país en el decenio de 1980: los damnificados de San Juanico y del sismo en el Distrito Federal; el Movimiento Urbano Popular; la disidencia en el Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Educación; el Consejo Estudiantil Universitario de la UNAM que se opuso a las reformas del entonces rector Jorge Carpizo; el repudio hacia la institución presidencial manifestado en la rechifla que le propinó un estadio Azteca abarrotado a Miguel de la Madrid en plena inauguración de la copa mundial de futbol. Ese libro de crónicas fue mi aliado para intentar que los jóvenes estudiantes comprendieran de una manera amena las nociones de la política y de la acción social de aquellos años aciagos.

EN EL AÑO 2005 la Universidad de Guadalajara le otorgó el Doctorado *Honoris Causa* al periodista Julio Scherer. Entonces se me encomendó la tarea de hacer un documental sobre Scherer, para lo que debería entrevistar a varios de sus amigos y a periodistas que trabajaron con él. Por esa razón conocí personalmente a Carlos Monsiváis. Después de algunas llamadas telefónicas, aceptó recibirmé en su casa de la colonia Portales el domingo 6 de noviembre de 2005 a las 6 de la tarde para recoger su testimonio sobre Julio Scherer.

LLEGUÉ A LA CITA CON EL CAMARÓGRAFO y su ayudante unos minutos antes de la hora acordada, llamé a su puerta varias veces y no obtuve respuesta. Esperé

Cuando empezó a responder, el hombre que hacía apenas unos minutos se notaba malhumorado, cambió de actitud. Sus palabras fluían e incluso su rostro dibujaba una tenue sonrisa

varios minutos y recordé lo que algunas personas que conocían a Carlos Monsiváis me habían advertido: “es impuntual, deberás tener paciencia”. Al cabo de más de una hora llegó a bordo de un taxi, cuando descendió caminé hacia él y me presenté recordándole las conversaciones telefónicas que habíamos tenido un día antes y todavía ese día por la mañana. “Sí, ya se –me respondió, escueto– vamos adentro a la entrevista. Que sea rápido. Tengo prisa”.

PASAMOS Y CAMINAMOS POR EL PATIO FRONTAL de su casa. Una casa de fachada deslavada en color azul cielo, se sentó en una jardinera y pidió que iniciara la entrevista, sus entrañables compañeros felinos empezaron a retozar junto a él. Cuando empezó a responder, el hombre que hacía apenas unos minutos se notaba malhumorado, cambió de actitud. Sus palabras fluían e incluso su rostro dibujaba una tenue sonrisa al rememorar pasajes de su vida con Julio Scherer. Le pedí una anécdota que le pareciera especial y me respondió que tenía muchas, pero que en ese momento recordaba la siguiente:

"HE VIVIDO MUCHAS ANÉCDOTAS CON JULIO pero recuerdo ahorita una en especial. Estábamos un día desayunando Julio y yo cuando llegó un político de mediana importancia a saludarlo, le dije que le daba mucho gusto verlo y Scherer que es un hombre especializado en la cortesía le dijo: ‘Me da mucho gusto también verlo. Por cierto, usted ha actuado de una manera tan inconsecuente y falta de autocrítica, ¿no quiere que lo entrevistemos para que usted diga porqué hizo una cosa tan absurda como la que estamos viendo?’. Esa es más o menos la anécdota, no recuerdo a que hecho se refería en concreto pero una vez cumplidas las formulas de cortesía, Julio acorralaba al político para demostrarle que lo que estaba haciendo no sólo era deleznable sino que además no tenía el valor de sustentarlo. El hombre se fue deshaciendo en

disculpas. Una vez que se fue le pregunté a Julio porqué tal capacidad de disección en un desayuno y me dijo: ‘Lo que pasa es que están tan acostumbrados a que saludan y creen que con eso nos están dispensando un gran favor y el gran favor sería que dijeran la verdad sobre todas sus trapacerías’”.

ENSEGUIDA LE COMENTÉ A MONSIVÁIS que solicitarle a él un juicio crítico pudiera ser una redundancia o un pleonasmo pero que me arriesgaba a pedirle una crítica a la trayectoria periodística de Julio Scherer. Esto fue lo que me respondió:

“LA CRÍTICA QUE LE PUEDO HACER A JULIO básicamente tendría que ver con algo que me parece muy importante que él no ha desarrollado: la elaboración de sus memorias. Nos debe sus memorias para conocer no sólo la cercanía con los presidentes de la República, que como se ha visto cada vez resultan menos imponentes, menos extraordinarios y que revelan que son ciudadanos como todos pero casi siempre peores que todos. Esa cercanía que ha tenido Scherer con toda la gente importante, medianamente importante o significativa del país permitiría un libro de memorias que nos darían la visión de un periodista, la visión de una cercanía que es lejanía al mismo tiempo. Creo que Scherer nos debe ese libro que apenas está esbozado en los libros que ha publicado; porque en los que ha publicado insiste, y con las razones del caso, en ver a través del poder presidencial y las derivaciones del poder presidencial una realidad que como ahora se ha visto es más vasta, más pródiga y más interesante”.

EL DÍA DE LA ENTREGA DEL RECONOCIMIENTO a Julio Scherer se proyectó el documental en donde Monsiváis hablaba sobre el “adeudo” de las memorias del fundador de *Proceso*; posteriormente le pregunté a Scherer su opinión sobre el comentario de Monsiváis en el sentido de que “nos debía sus memorias”. Lacónico, Scherer respondió: “Carlos está loco, ya se lo he dicho varias veces” y empezó a reír. ▶

Lacónico,
Scherer
respondió:
“Carlos está loco,
ya se lo he dicho
varias veces” y
empezó a reír



SEÑAS DE MONSI

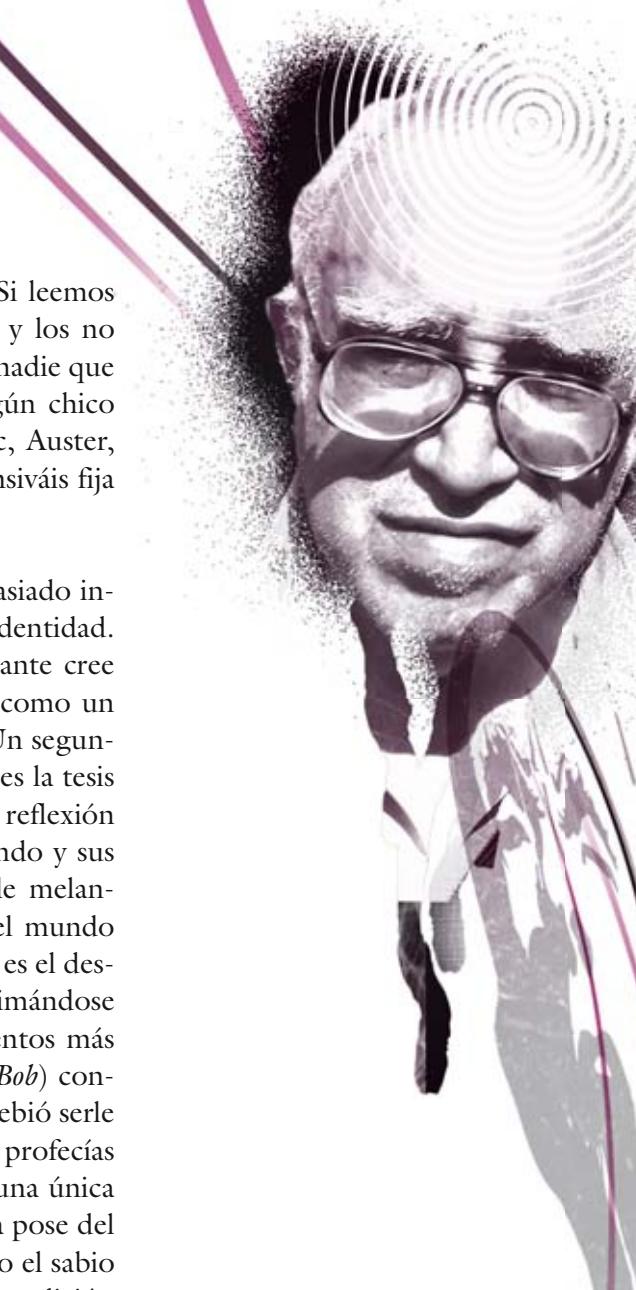
► VÍCTOR HUGO MARTÍNEZ GONZÁLEZ

Si pudiera volver a descubrir a Monsiváis, si, mejor, este texto tuviera la suerte de llegar a un joven lector, ¿qué señas de *Monsi* me gustaría priorizar?

Elijo tres.

I. *El escritor.* Carlos Monsiváis fue eso: un señor escritor. Su faceta más conocida fue la del cronista, pero su verdadera y mayor altura ha sido la de un escritor, que como sólo con los grandes ocurre, llegó a serlo como consecuencia de ser antes y siempre un lector todo terreno. Los clásicos anglosajones, franceses, latinoamericanos y aun los bíblicos pasaron por sus ojos. Los poetas que murió admirando, y a los que dedicó antologías soberbias, fueron parte también de su consumo insaciable. Había en él un estilo exclusivo al momento de escribir, pero esa genialidad no era gratuita sino el fruto de la disciplina de un lector enérgico. Ya se sabe que Monsiváis sumaba todo, que leía la alta cultura y la popular, que lo hacía además en varios idiomas. Lo que no sobra admirar es el inmenso trabajo que esto significaba. Leer para escribir y escribirlo todo para convertirse en un escritor. En tiempos de confusiones, donde los académicos redactan novelas y firman como escritores, es bueno recordar las jerarquías: hay buenos y malos escritores, y Monsiváis fue ante todo

► Doctor en Ciencia Política. Profesor investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).



lo que nunca dejó de ser: un señor escritor. Si leemos la belleza de sus obras, sus libros fantásticos y los no extraordinarios, Monsiváis no desmerece ante nadie que figure en el altar del aspirante a escritor. Algún chico que quiera ser escritor por parecerse a Balzac, Auster, Pessoa o Sterne, habrá elegido bien si en Monsiváis fija su modelo de estética y ambición.

2. LA LUCIDEZ HUMORÍSTICA. Con las personas demasiado inteligentes parecen ir asociadas dos formas de identidad. La de “la divina garza”, el tipo que por brillante cree tener derecho a la pedantería y a conducirse como un divo patán, sería el primero de estos modos. Un segundo, tal vez más fino pero en definitiva infeliz, es la tesis de “la lucidez dolorosa”, un estado de ánimo y reflexión que vincula la conciencia penetrante (del mundo y sus sinsentidos) con la aceptación de la inevitable melancolía (si bien nos va) o la amargura porque el mundo tiene por tarea asesinar las utopías. “La verdad es el desencanto de los soñadores”, decía Sartre aproximándose a esto. Con más tristeza aún, uno de los cuentos más terribles de Juan Carlos Onetti (*Bienvenido, Bob*) concluía que del deterioro no se salva nadie. No debió serle sencillo, pero Monsiváis mandó al diablo estas profecías y se hizo adulto sin oxidarse. Fue un lúcido, una única y monstruosa inteligencia, sin caer nunca en la pose del docto perdonavidas, el flemático inalcanzable o el sabio antipático. Su curiosidad enciclopédica, su erudición impar, no fueron más que su sentido del humor inusual en los intelectuales mexicanos. *Monsi* estuvo en guerra contra la solemnidad, sus opresiones e imposturas. Se puede ser un fuera de serie y no remediar las groserías de un Dalí o Cela. Puede uno hincharse de lucidez y no dejar de comportarse como una persona. “Saber estar”, dirían los abuelos. Manías habrá tenido muchas, pero jamás entre ellas la perdida de la sencillez por sus kilómetros de libros, conferencias o virtudes. La lucidez no le infló el ego ni lo separó de nadie. Su humor, negro, sin vedas ni límites, le hizo vivir como lo que para nadie salvo él fue: un tipo normal y común.

3. LA IZQUIERDA COMPLEJA PERO FRANCA. “Por malos rollos de la edad”, dice Luis Eduardo Aute, se impone la idea de que ser de izquierdas es una cosa de juventud, luego de lo que lo sensato es “crecer y sentar cabeza”. O sea: dejar los extremos y correrse al centro, esa versión compungida de las derechas. Tampoco Monsiváis se tragó ese cuento. También Monsiváis fue un ejemplo de cómo salirse de ahí y sacar el cuerpo a ese engaño.



RATONERA



Monsiváis fue eso que la modernidad exige: una izquierda compleja, programática, legal. Pero no abandonó lo primero por lo segundo, es decir, la izquierda fue su sustantivo, residencia y *carnet* de épicos combates. Ahí queda otra de sus lecciones: se puede ser de izquierdas y modernizarse, pero no es lo mismo eso que entrar en la ratonera de los dilemas y equívocos. Izquierda roja no es igual que rosa. Izquierda en trance es distinta que claudicante. Izquierda autocrítica, bien, perfecto, pero no a costa de seguir los cambios que al orden regido por las derechas convienen y satisfacen. Para hablar mal y pronto: que se puede ser de izquierdas y no bajar la guardia ante puñeteras disquisiciones que pretenden justificar que los de arriba se fajen a los de abajo y el mundo se divida y polarice en “puteadores y puteados” (*Aute dixit*).

Para hablar mal y pronto: se puede ser de izquierdas y no bajar la guardia ante puñeteras disquisiciones que pretenden justificar que los de arriba se fajen a los de abajo

DECÍA JUAN VILLORO que Carlos Monsiváis había sido un género en sí mismo. En poquitas palabras, eso lo dice todo. En más, las mejores que conozco para Monsiváis, el ensayo de Sergio Pitol “Con Monsiváis el joven” (*El Arte de la Fuga*, 1996), es una entrañable declaración de amistad, cariño y asombro por la persona en la que Monsiváis consiguió convertirse. Nada de lo que escribí aquí tiene esa fuerza y encanto. Así que la esperanza de este ensayo de transmitir a un joven lector la dosis de Monsiváis que a todos nos hizo bien, no podría contar con mejor guinda que la sensibilidad de Pitol: “Monsiváis es un polígrafo en perpetua expansión, un sindicato de escritores, una legión de heterónimos (...) es *Mr. Memory*, un incomparable historiador, un ensayista intensamente agudo, un crítico de cine notable, un estudioso de la pintura, el documentador de la fecundísima gama de nuestra imbecilidad nacional (...) mi más entrañable amigo”. ▶

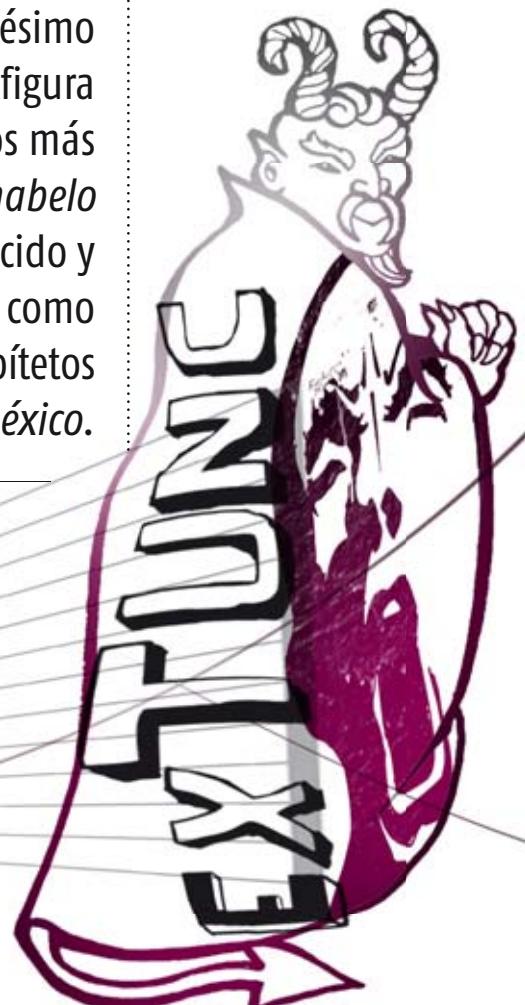
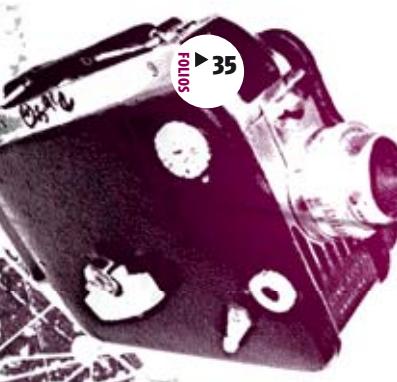
UN LUGAR COMÚN LLAMADO MONSIVÁIS

► HÉCTOR VILLARREAL

INTELECTUALMÁN

En un país con baja escolaridad y escasa calidad de la educación, con una tercera parte de la población adulta que no concluyó el nivel básico, Carlos Monsiváis aparece como un gigante del saber, como la personificación de la genialidad... Ocupó el lugar número 14 en la lista de "Los 50 personajes que mueven a México", publicada por la revista *Quién* en 2009 y de la autoría de un jurado que se basó en los siguientes criterios: relevancia en la sociedad, trayectoria y popularidad durante el año previo. Y en el libro *Televisa presenta* (2006), en el que la fábrica de sueños conmemora su quincuagésimo aniversario, el retrato de Monsiváis figura entre los de quienes han sido los más representativos de la televisora, como *Chabelo* y *Chespirito*. No hay intelectual más conocido y multihomajeado ni más sobrevalorado, como un supermán de la intelectualidad, con epítetos como *la conciencia de México*.

► Candidato a doctor en Ciencias Políticas y Sociales y maestro en Comunicación. Recién publicado su libro de narrativa *El historiador y otros cuentos campiranos* (Instituto Mexiquense de Cultura) (<http://hectorvillarreal.info>).





AFICIÓN AL DF

En un país tan centralizado como México, las interpretaciones o narraciones sobre tópicos de la capital se proclaman o publicitan como de relevancia y dimensión nacionales. Es la persistencia de la definición de un todo diverso, complejo y disímil por su fragimiento más afectado. De ahí que Monsiváis sea frecuentemente presentado como hermeneuta y tratadista de la mexicanidad, especialmente de sus culturas populares, cuando lo es apenas de algunos íconos del folclor chilango y sus lugares turísticos. Desde la autobiografía de sus mocedades (a los 28 años) había proclamado su “intolerable afición al DF”. Así que la aldea de la colonia Portales como cineteca de la época de oro y sala de lectura de novelas viejas es reconocida como faro del saber y observatorio de la(s) cultura(s) nacional(es) por obra y gracia del consenso de intelectuales devotos *monsistas* y políticos en perpetuo homenaje.

VICARIO Y RESEÑISTA

Aunque se reitere una y otra vez, Monsiváis no fue cronista, porque éste es un género periodístico que no puede ser vicario: carece de testimonio propio; no narra sus experiencias, sino las de otros

LA MAYOR PARTE DE SU OBRA ESCRITA, que es la publicada en diarios (sin contar la actoral televisiva), es reseña de declaraciones publicadas en la prensa. Comediante que logró vender sus *not jokes* como si fuesen ensayos, el intelectual número uno hacía poco más que la chamba de los prestadores de servicio social en las oficinas de comunicación gubernamental, que es la de *recorteros* de periódico y hacedores de síntesis. Aunque se reitere una y otra vez, Monsiváis no fue cronista, porque éste es un género periodístico que no puede ser vicario: carece de testimonio propio; no narra sus experiencias, sino las de otros. Tan anclado al pasado como a lo local, no cabe hallar entre sus reseñas las que se refieren a nada nuevo en el arte y la literatura, ni de fenómenos de la cultura popular. Falsa, pues, la *ubicuidad* que sus devotos le adjudican.

MONSIÑOR

LA MITOPOÉTICA DE MONSIVÁIS y sus devotos es simple: toda la realidad tiene una sola dimensión explicativa: la ideológica izquierda-derecha. Su columna política era de redacción complicada, pero de ideas sencillas y consistentes a lo largo de las



Demostrado que hay una correlación entre el reconocimiento a la prominencia de un autor como intelectual y la cantidad de veces que es publicado en las revistas o medios más importantes

décadas, fácilmente reconocibles y simpáticas para quienes aspiran a la justicia social: los políticos priistas son corruptos y dicen muchas estupideces, los políticos panistas son mochos e ignorantes, y los obispos católicos son retrógrados. En suma, La Derecha tiene la culpa de todo lo malo –tanto de la pobreza como del hábito de ver televisión– y sólo La Izquierda tiene la calidad moral asistida por la razón para hacer el bien. De ahí a subir a una tarima a proclamar la llegada del mesías, el paso ya estaba dado.

MULTIMEDIÁTICO

LA VISIBILIDAD MULTIMEDIÁTICA del buen *Monsi* está directamente relacionada con el reconocimiento público a su preeminencia como el intelectual número uno. En la carrera al éxito es más importante lo que se dice y hace fuera de los libros que lo que se escribe en ellos. A fin de cuentas son pocos quienes los van a leer, menos los que leerán otros y cuenten con la formación o educación para compararlos con los de otros autores, y muchísimos menos quienes puedan hacer una crítica que logre trascender sin ser descalificada. Sea en México o en Estados Unidos, está empírica y cualitativamente demostrado (por el investigador Charles Kadushin, entre otros) que hay una correlación entre el reconocimiento a la prominencia de un autor como intelectual y la cantidad de veces que es publicado en las revistas o medios más importantes. Supongamos que hay una decena de escritores excelentes, pues el que cuente con más difusión destacará más que los otros. Luego su nombre será el más conocido de entre ellos y eso redituará en que pueda tener más y mejores oportunidades para acumular prestigio. Lo dicho: no hay intelectual más conocido ni más sobrevalorado. ▶

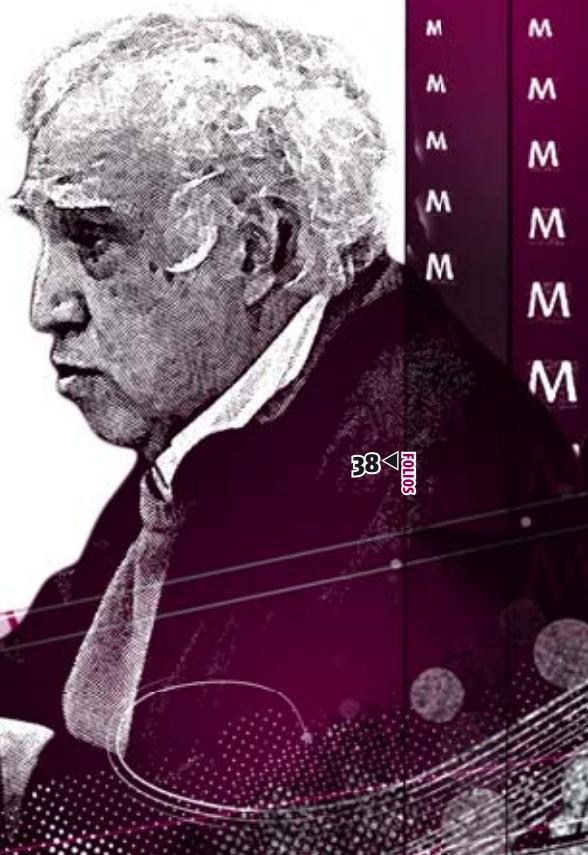
LOS PROTESTANTES SIEMPRE ME INVITAN A COSAS SERIAS

► MARIO ÉDgar LÓPEZ RAMÍREZ

A los pocos días de la muerte de Carlos Monsiváis, mi hermano me escribió diciendo: "Ahora que ya no está, me doy cuenta que le quedamos a deber mucha amistad a *Monsi*".

La frase me hizo pensar no sólo en mí y en mi hermano, sino en la gran mayoría de miembros de iglesias evangélicas en México, muchos de los cuales desconocen el origen y la educación protestante de Carlos Monsiváis, así como su lucha intelectual a favor de las minorías cristianas evangélicas, que representa un testimonio de la forma en que "la otra evangelización", la protestante, ha contribuido a la construcción de la pluralidad política, social y religiosa en el país. Junto con Gonzalo Báez-Camargo, Carlos Monsiváis se suma a los intelectuales mexicanos que hacen presencia en la historia nacional, desde una formación que, en su multiplicidad, también acoge en sus filas el pensamiento de Lutero, Zwinglio, Calvino, John Wesley y John Brown.

► Integrante del Consejo Editorial de *Folios*.



Mi primer encuentro con el fuerte vínculo que Carlos tenía hacia los evangélicos fue al leer un pequeño librito: su joven autobiografía editada en 1966, que era parte de la biblioteca del Compañerismo Estudiantil Cristiano en Guadalajara (un movimiento de universitarios, miembros de iglesias protestantes, que buscábamos combinar la fe, el pensamiento y la acción social). Ahora que tengo esa misma edición frente a mí, después de casi veinte años de haberla leído, no puedo dejar de sentir aquella sensación de identificación, casi total, con mis orígenes. Escribía Carlos:

Pertenezco a una familia esencial, total, férvidamente protestante y el templo al que aún ahora y con jamás menguada devoción sigue asistiendo se localiza en Portales. Familia fundamentalista, que abomina el licor y el tabaco, la mía decidió otorgarme una educación singular. En el principio era el Verbo, y a continuación Casiodoro de Reyna y Cipriano de Valera tradujeron la Biblia, y acto seguido aprendí a leer. El mucho estudio aflicción es de la carne, y sin embargo la única característica de mi infancia fue la literatura: himnos conmovedores (“Cristo bendito, yo pobre niño, por tu cariño me allego a Ti, para rogarte humildemente tengas clemente piedad de mí”), cultura puritana (“Instruye al niño en su carrera y aún cuando fuere viejo no se apartará de ella”), y libros ejemplares: *El progreso del peregrino* de John Bunyan; *En sus pasos o ¿Qué haría Jesús?*; *El paraíso Perdido*, *La institución de la vida cristiana* de Calvin, *Bosquejo de dogmática* de Karl Barth. Mi verdadero lugar de formación fue La Escuela Dominical... el pecado fue el tema central de mi niñez y la idea que de algún modo, no sé cual, ha seguido rigiéndome hasta ahora... por eso caigo reiteradamente en la desconfianza, en la incertidumbre continua sobre mis acciones, sobre mi derecho a recibir algo, lo que sea, sobre mi derecho a gozar de las cosas. Para conocerme a mí mismo sólo he utilizado una técnica, la sospecha. Para conocer a los demás, siempre he recurrido al recelo...¹

A CARLOS, COMO A MUCHOS EVANGÉLICOS que se disponen a traspasar fronteras intelectuales, el protestantismo le imprimió “una estructura moral que, con sorprendente malevolencia, vuelve a mí en los momentos menos oportunos”:² este es el sino constante de los protestantes casi en cualquier parte del mundo. La cita autobiográfica es vigente hasta hoy, estoy seguro, no sólo en México, sino en los diferentes países de América Latina; sobre todo para aquellos que pertenecen o han pertenecido a las iglesias evangélicas históricas: metodistas, presbiterianos, luteranos, congregacionales, bautistas y viejos pentecostales.

CONOCÍ EN PERSONA A CARLOS durante la Feria Internacional del Libro de 1991 en Guadalajara (si es que el recuerdo no me falla) y corroboré lo escrito por él en 1966: con su poderosa memoria

1 Monsiváis, Carlos (1966). *Carlos Monsiváis, nuevos escritores mexicanos presentados por sí mismos*; Edit. Empresas Editoriales, S.A., México, primera edición; págs. 13-15.

2 *Idem*.



Monsiváis rondaría mi cabeza por muchos años, impactándome y recordándome la aterradora realidad de la intolerancia religiosa en México

Monsi recitó salmos enteros de la versión Reyna-Valera de la Biblia, ante un grupo de fascinados amigos del Compañerismo Estudiantil que lo escuchábamos interesados, habló de teología, del país, de Fernando Benítez, de poesía, de literatura y terminó diciendo: “invítenme a regresar, pero no me inviten a cosas serias, los protestantes siempre me invitan a cosas serias”. Lo vimos y platicamos con él en diversas ocasiones entre 1992 y 1994: estuve en nuestras casas y después nos perdimos la pista, pero nunca nos olvidó, ni siquiera nuestros nombres. Hacia el 2003 lo saludé después de una conferencia en el Museo de la Ciudad de México, me acerqué con el sabido cliché “ya no te acuerdas, ¿verdad?”, “claro que sí, me dijo, quedaron de hablarle y ya nunca lo hicieron, ¿cómo está tu hermano José?”.

MONSIVÁIS ESCRIBIRÍA OTRO TEXTO QUE, junto a su autobiografía, rondaría mi cabeza por muchos años, impactándome y recordándome la aterradora realidad de la intolerancia religiosa que sigue vigente en distintas partes de México. Lo encontré en una compilación de Carlos Martínez a propósito de las reformas a los artículos 24, 27 y 130 constitucionales, sobre la regulación de los cultos. Es la historia de un grupo de 160 protestantes presbiterianos, que en febrero de 1999, subieron al Ajusco a realizar oración en un retiro espiritual y fueron golpeados con brutalidad, apedreados, amenazados y perseguidos por un sector de pobladores de la región:

—¿Qué están haciendo aquí?
—Venimos a orar por la salvación de la ciudad de México.
—No queremos a los protestantes. No queremos que oren por nosotros. Déjenos cómo estamos. Así estamos bien. Y váyanse antes que los matemos.³

LOS EVANGÉLICOS DESCIENDEN PACÍFICAMENTE del Ajusco pero son agredidos y Carlos Monsiváis recupera los testimonios. El más representativo para mí fue el de Laura, de 22 años:

³ Mosiváis, Carlos (2008). *El Estado Laico y sus Malquerientes* (crónica/antología); DEBATE/UNAM, primera edición, pág. 203.



Cuando nos atacaron pensé que nos iban a matar. Era una turba muy grande. Las muchachas íbamos por delante, y como podían los hombres nos hacían valla. Nos lanzaban piedras, botellas, patadas. Nos echaron una camioneta blanca, grande, y nos dispersamos. Yo perdí los zapatos y cuando llegaron las patrullas no podía caminar. Me abracé a la puerta de una patrulla y grité: "Por favor ayúdenos". A una joven la jalaban cuatro hombres. Yo les dije: "En el nombre de Jesucristo, déjenla". Se burlaron: "¡Que Jesús ni qué nada!" Uno nos dijo: "Allí abajo los estamos esperando y los vamos a acabar"…⁴

EL TEXTO SE TITULABA *La resurrección de Canoa*, y no han dejado de vivir en mí las palabras de Laura escritas por Monsiváis: "en el nombre de Jesucristo, déjenla", que hasta hoy me convocan. Textos como estos darían origen en 2008 a la primera edición del libro *El Estado Laico y sus Malquerientes*, de editorial Debate, obra de lectura obligada para los cristianos evangélicos en México.

LA ÚLTIMA VEZ QUE ESCUCHÉ LA VOZ de Carlos Monsiváis fue en julio de 2006. Contestó él mismo el teléfono: "Carlos, soy Mario, te llamo para pedirte que firmes una carta de apoyo contra la construcción de una presa en Jalisco, que ha desplazado a un pueblo entero"; le leí la carta, "Ponme, no hay problema", y luego agregó, "Oye creo que voy a Guadalajara el viernes, averigua cuál es el evento y nos vemos". Pregunté por todos lados. No pude averiguar dónde y cuál era el evento. Le volví a llamar, le dejé recados. Por vergüenza ya no insistí. Ahora que sé que ya no lo veré más, como mi hermano, yo también caigo en cuenta: le he quedado a deber mucha amistad a Carlos Monsiváis. ▶

Ahora que sé que ya no lo veré más, como mi hermano, yo también caigo en cuenta: le he quedado a deber mucha amistad a Carlos Monsiváis

⁴ *Idem*. Pág. 207



MONSIVÁIS, SIEMPRE MONSIVÁIS

► SERGIO ORTIZ LEROUX

Hay momentos en los que uno no sabe muy bien quién es ni hacia dónde dirigirse. Momentos en los cuales la duda y la incertidumbre parecen ocupar el lugar que anteriormente ocupaban las certezas y las certidumbres. En esos momentos de fragilidad y de angustia, siempre existe la posibilidad de refugiarse en los brazos de un Dios bondadoso que seguramente tendrá un lugar reservado para nosotros, de una filosofía trascendente que nos ahorrará la tarea de pensar por obra propia, de un trabajo rutinario que nos hará olvidar por un segundo nuestra fugaz existencia, de un manual de superación personal que superará cualquier ejercicio de introspección analítica, de un consumismo inagotable que se agotará en el momento de consumirse, de un instante placentero que con el paso del tiempo será recordado como eterno, de una noche de *chelas* y *churros* que al final de la juerga parecerá imborrable.

► Profesor investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM). Director de la revista *Andamios*.



Sin embargo, no siempre la duda y la incertidumbre nos conducen al mundo del extravío sino también pueden ser fuentes de creación de algo radicalmente nuevo. Carlos Monsiváis fue para mí –y perdonen la anécdota en primera persona pero el género del testimonio me permite ésta y otras licencias personales– el pretexto que mejor tuve a la mano para traducir mis dudas en formas de creación pública y re-creación personal. Seguramente Carlos no lo sabía –y quizás ni le interesaba saberlo– pero siempre que las dudas me asaltaban o atormentaban en algún asunto público que fuera, digamos, de obvia resolución para cualquier simple mortal, recurría secretamente a la lectura silenciosa de alguna crónica, ensayo, entrevista, reportaje, columna, declaración u ocurrencia (*Paz dixit*) del famoso personaje de La Portales a fin de identificar en sus agudas palabras algo que me provocara resonancia y me alejara de la tentación del soliloquio o la parálisis. En Monsiváis no encontraba, ni mucho menos encuentro, la verdad revelada ni incontrastable. Nada más ajeno al cronista que el púlpito pontificador. Pero su forma de hacer propia la voz de los más débiles, de reclamar el fundamento ético de la acción política, de pasar de los sucesos más solemnes a los acontecimientos aparentemente más triviales, de descubrir en la declaración de los poderosos el secreto de la impunidad, de reconocer el potencial emancipador y civilizatorio de las minorías culturales, de respetar el sentido del lenguaje mediante la invención de un nuevo género literario, me parecía y me sigue pareciendo francamente seductora. Sin Monsiváis nuestra vida pública no solamente queda más desprotegida sino resulta al mismo tiempo más triste y aburrida.

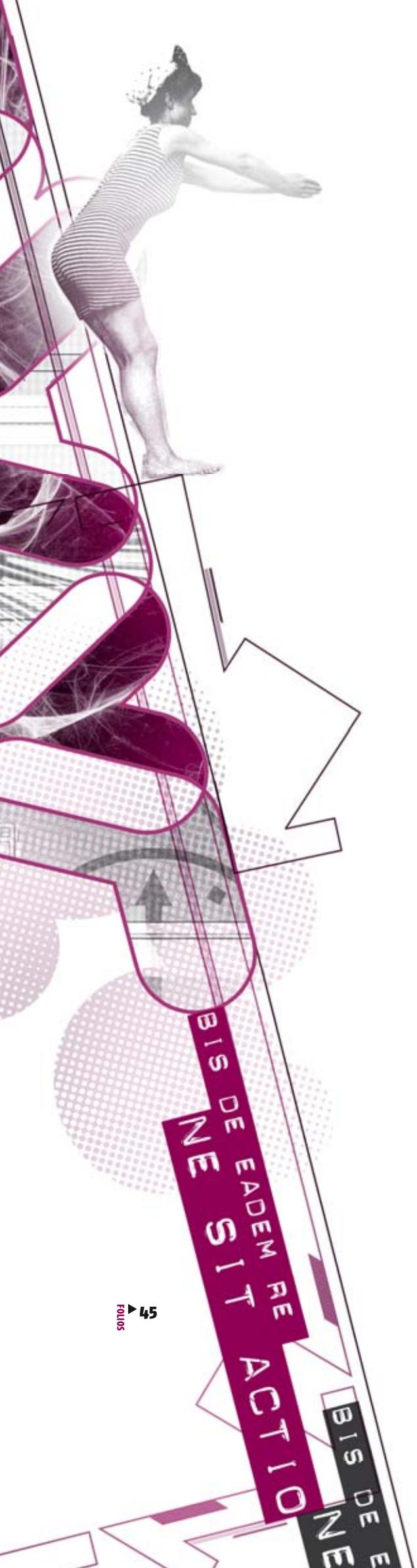
EL PLANETA MONSIVÁIS ESTÁ HABITADO por los más diversos personajes de la picaresca mexicana: el político de declaraciones memorables, el arzobispo de inclinaciones oscurantistas, el funcionario público de lógica implacable, la artista de mirada arrogante, el luchador de fines de semana. Pero también aparecen en su lotería de la vida cotidiana los grupos y movimientos cívicos que terminaron por convertir a México en una nación más libre, secular e incluyente: la sociedad civil que nació de los escombros del terremoto en la ciudad de México del 85, las minorías protestante y sexual, los movimientos

La voz de Monsiváis apareció como un faro que nos invita a no dejarnos doblegar por el prejuicio, el sentimiento de derrota, el cinismo estéril, la corrupción cívica y la doble moral

estudiantiles del 68 y el 86, los defensores de derechos humanos, la insurgencia zapatista del 94, las sociedades protectoras de animales. El ciudadano Monsiváis convirtió a la palabra en un ejercicio permanente de disidencia cultural y moral que le ofreció visibilidad a quienes permanecieron opacados por varias décadas por la dictadura perfecta del Revolucionario Institucional y la moralina medieval de la Iglesia católica y el Partido Acción Nacional.

PERO NO SÓLO LAS VIEJAS Y NUEVAS derechas fueron objeto de la crítica mordaz del cronista, también la izquierda, o más bien, las izquierdas fueron el blanco de la ironía –y también, por supuesto, del reconocimiento– del intelectual mexicano. Para Monsiváis, la noción de izquierda adquiere sentido en México si se reconoce su carácter plural y heterogéneo. Más allá de cualquier intento de reducir y encasillar a la izquierda azteca en un bloque histórico y cultural único y homogéneo, el cronista defendió y, sobre todo, le dio notoriedad pública a una izquierda social –amalgama de movimientos de opinión pública, sectores intelectuales y magisteriales, corrientes sindicales, órganos de prensa, sociedades civiles y enclaves académicos– diferente, y en ocasiones confrontada, a la izquierda partidaria, heredera principalmente del Partido Comunista Mexicano y sus distintos derivados históricos: Partido Socialista Unificado de México, Partido Mexicano Socialista y, finalmente –pero parece que no al último– Partido de la Revolución Democrática. Gracias a este arte de la distinción y la obsesión analíticas, las aportaciones de las izquierdas mexicanas al proceso de secularización y democratización de la sociedad y el Estado mexicanos se hacen visibles al tiempo que no pueden ocultarse los resortes de sectarismo, dogmatismo y autoritarismo que animan a buena parte de su práctica y pensamiento.

EN ESOS AVATARES DE LA IZQUIERDA Y LA DEMOCRACIA, de la derecha y las libertades, del régimen político priista y la transición, la voz de Monsiváis apareció como un faro que nos invita a no dejarnos doblegar por el prejuicio, el sentimiento de derrota, el cinismo estéril, la corrupción cívica y la doble moral. Por eso la palabra del escritor Carlos Monsiváis trascenderá la vida mortal de *Monsi*. Y por eso, también, vale la pena recordarlo por siempre en estas líneas muy personales. ▲



CARLOS MONSIVÁIS: DISIDENTE Y PARADÓJICO

► CECILIA EUDAVE

Yo nunca tuve la fortuna o el infortunio de charlar con él. Los que le conocieron tienen opiniones encontradas: "es una persona muy generosa", o "nunca conocí a nadie tan antipático y soberbio". Pero cualesquiera que fueran las impresiones que pudiera causar el consenso era el mismo: "cómo sabe, que bien habla, sus disertaciones son geniales". Así pues, sólo fui recolectando impresiones de los otros sobre él, y mi acercamiento se limitó a sus libros –el primero que le leí fue *Cultura urbana y creación intelectual. El caso mexicano*–, conferencias y controversiales apariciones en televisión.

Fue un personaje mediático por excelencia, sabía que esa era la mejor tribuna para hablarle a las minorías, que por supuesto no tenían voz, si no a través de la suya. Algunos lo acusaron de usar ese pretexto para entronarse, para hacerse notar en medio de un sistema lleno de altibajos culturales y de mediaciones económicas determinantes en la sociedad mexicana de su época. Sin embargo, yo lo pienso como un personaje pleno de conciencia, inventándose y reinventándose constantemente, podía decir una cosa ahora y al día siguiente manifestar lo contrario. Disidente de todo y todos, incluso de él mismo. Recuerdo su más recalcitrante protesta y burla hacia lo establecido: su aparición en la portada de *Tele-Guía* al lado de Lucía Méndez. Lo acribillaron, lo apalearon, lo destrozaron. Pero ¿por qué no estar ahí si era una revista popular y de circulación nacional? Nunca le importó la condena o el prestigio. Y ¿qué es el prestigio sino la aprobación de un puñado de personas que ha dicho esto es y no aquello otro?

► Doctora en Lenguas Romances por la Universidad Paul Válery, Montpellier, Francia. Es coordinadora de la Maestría en Estudios de Literatura Mexicana de la Universidad de Guadalajara.

Es una pena que Monsiváis se marchara en los umbrales de nuestro bicentenario de Independencia y en el centenario de la Revolución, quizá su partida fue una última carcajada

ERA UN PARADÓJICO. Un ser cargado de humor negro, desafiando las leyes de conducta acartonada y lineal de los intelectuales contemporáneos, que no lograron capturar en forma concreta, cómo un hombre de letras podía pasar de un registro a otro sin inmutarse. Un “sereno moreno” como lo diría con esa ironía manifiesta en su conducta, en su obra. Obra que revaloró la cultura popular y abrió los espacios a las minorías. Evidenció la corrupción, no sólo económica sino de pensamiento; hizo una radiografía del mexicano, no huyendo al pasado y rememorando pasajes de otras lecturas sobre la mexicanidad, sino desde un presente desolador, agrio, que no dejaba nada bueno a su paso. Vivió, como hemos vivido todos, las tristes consecuencias de una modernidad que no acaba de llegar y pone en evidencia los distintos tiempos históricos en los que habita México.

SU VOZ NO FUE SILENCIADA, afortunadamente, pero se apagó, pues ni él pudo hacerle trampa ni pelarle los dientes a la muerte. Es una pena que se marchara en los umbrales de nuestro bicentenario de Independencia y en el centenario de la Revolución, quizás su partida fue una última carcajada, no quiso ya roer ese hueso tan poroso y anacrónico. Tal vez ya no le alcanzó el sarcasmo en medio de tanta melancolía. Hará mucha falta, pues con él se muere, un poco más, esa conciencia que escasea entre nosotros... ▶



ADIÓS A UN INTELECTUAL POLIFACÉTICO

► HUGO JOSÉ SUÁREZ

La muerte de Carlos Monsiváis ha llenado los periódicos de su nombre y vaciado los espíritus de muchos. ¿Por qué es tan sentida su desaparición? ¿Por qué se lo llora tanto –y tantos? ¿Por qué se lo va a extrañar?

MONSIVÁIS FUE UN INTELECTUAL DIFERENTE, polifacético, íntegro. Fue cronista, militante de izquierda, amante de las culturas populares, coleccionista, ensayista; en suma, un “intelectual total”. Pero al usar este término es indispensable un paréntesis. En la tradición francesa, la idea de “intelectual total” se consolidó alrededor de la figura de Jean Paul Sartre, quien era capaz de intervenir en distintos ámbitos de su sociedad, desde la literatura hasta la política; desde el teatro hasta la filosofía. Fue unas décadas más adelante que Pierre Bourdieu criticó esa postura que, en su perspectiva, más bien venía a reforzar la imagen del intelectual ilustrado heredero del capital simbólico y cultural del sistema –excluyente– de educación francés. Por suerte la experiencia de Monsiváis está más allá del debate parisino. Él pasó la vida con la palabra por delante, que la entretejía con su compromiso político y su aguda capacidad de observación de la realidad.

Era imposible no haberlo cruzado de alguna forma.

Se lo podía encontrar en muchos lados: en el periódico, en la revista, en la tele, en la marcha, en la librería

MONSIVÁIS FUE IMPLACABLE EN SU CRÍTICA al poder y contundente con su apoyo a las causas humanitarias. Se esforzó por desnudar a los poderosos y develar sus miserias. Fue amante de la ciudad, de su ciudad, y de la vida cotidiana en ella. Cuando su capital económico, cultural y social le hubieran permitido mudarse, por ejemplo a Coyoacán o a la Condesa, él se quedó en la Portales; ahí, con sus gatos, lejos del circuito legítimo de los consolidados hombres de la cultura. Cuando las altas autoridades nacionales –en los peores tiempos del conservadurismo gobernante– le entregaron el Premio Nacional de Ciencias y Artes, él asistió al evento sin corbata.

CADA UNO TENÍA ALGUNA HISTORIA CON MONSIVÁIS, sea con su columna, su discurso, su relato urbano, su palabra radial, su conferencia. Era imposible no haberlo cruzado de alguna forma. Se lo podía encontrar en muchos lados: en el periódico, en la revista, en la tele, en la marcha, en la librería, en la presentación del libro. Pero lo mejor, era descubrirlo así, en alguna calle de Coyoacán, caminando con su sencillez y bolsa de libros en la mano, rodeado de gente desconocida, y acompañado de los árboles y veredas. Con ese paso calmado, tímido, discreto, Monsiváis seguirá transitando por estos espacios que lo hicieron, y en nosotros quedará siempre la esperanza de toparse con él al doblar alguna esquina en la ciudad de México. ▶

LA ALTERIDAD EN MONSIVÁIS: EL DEFENSOR Y EL GUÍA

► ÉRIKA LOYO BERISTÁIN

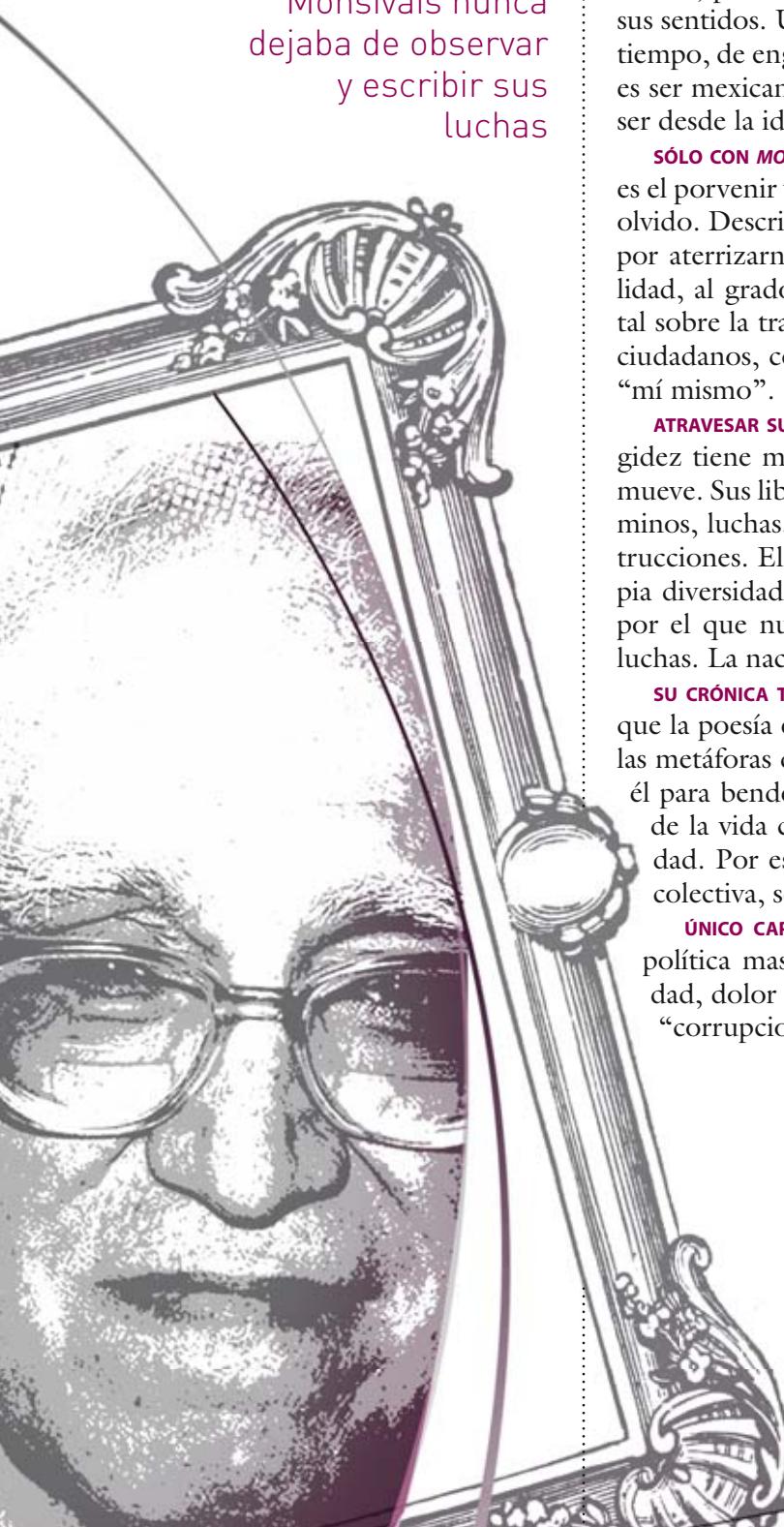
Se le puede leer como defensor o como guía. Monsiváis dirigía su escritura hacia causas en torno a las cuales terminaba siendo en alteridad y, en ese "ser otro", leer se convertía en mapa, un abanico para significar cada pedazo del mundo, cada espacio de la ciudad, cada trozo de esperanza. En alguno de los mapas descritos es que se puede uno apropiar de un personaje o ataviarse con un disfraz, Monsi tenía la capacidad de significar al ser dentro de infinitas coordenadas y con múltiples escenas.

A Monsiváis se le puede leer como cronista, musicólogo, historiador, pasionario, derrochador de libertad. Leer a Monsiváis, significa leer al oculto, escuchar la voz del enterrado, sentir los gritos del invisible. Leyendo a Monsiváis uno aprende a bailar y a encontrar la felicidad en nuestra propia dolencia. Si alguien fue etnógrafo del dolor y al mismo tiempo de la alegría, ese fue *Monsi*. Si alguien supo describir la felicidad de sentirse y ser mexicano (aún cuestionando y dibujando nuestra identidad), ese fue *Monsi*.

CON MONSIVÁIS, UNO SE DA CUENTA DE QUE es mejor historiar que perseguir la historia, hacer crónica antes que ser relator. Monsiváis

► Doctora en Ciencias Sociales con especialidad en Conocimiento y Cultura por la Universidad de Guadalajara. Profesora del Sistema Universidad Virtual de la Universidad de Guadalajara.

TSE TUNG



El México que resiste a través de su propia diversidad y de su intrínseca alteridad, es el país por el que Monsiváis nunca dejaba de observar y escribir sus luchas

no relataba, no contaba, no describía; él sólo sabía de observar, conocer y reconocer; y en ese trayecto, ser siempre feliz esperando que el momento de la felicidad descriptiva, siempre fuera inolvidable.

SÓLO ÉL, SUPÓ HACERNOS VER QUE el amor por la ciudad siempre tenía que ser público para intentar vislumbrar disfraces y recubrimientos; para ser amante de ella, para convertirse en verdadero transeúnte de sus sentidos. Único capaz de in-sanar, pero al mismo tiempo, de engrandecer al mito de lo que se sospecha es ser mexicano y de lo que significa la evolución de ser desde la identidad.

SÓLO CON MONSI, UNO SE DA CUENTA de que el presente es el porvenir y al mismo tiempo el pleno instante del olvido. Describiendo la tierra del mañana, terminaba por aterrizarnos en nuestra dolorosa e irrisoria realidad, al grado de cuestionarnos de manera orquestal sobre la trascendencia de nuestra presencia como ciudadanos, como un nosotros, quizá, hasta con un “mí mismo”.

ATRAVESAR SUS LECTURAS, ES DARSE CUENTA de que la rigidez tiene mil rostros y que por tanto, también se mueve. Sus libros describen obsesiones, vivencias, caminos, luchas, pero, sobre todo, resistencias y construcciones. El México que resiste a través de su propia diversidad y de su intrínseca alteridad, es el país por el que nunca dejaba de observar y escribir sus luchas. La nación por la cual nunca dejó de resistir.

SU CRÓNICA TERMINABA SIENDO POÉTICA. Siempre pensó que la poesía era la entrada al sueño, pero también a las metáforas de lo infinito y lo posible. Nadie como él para bendecir la vida, y con ello arrastrar dentro de la vida cada forma del ser y del vivir en sociedad. Por eso es que para describir la sensibilidad colectiva, sólo hay que recurrir a *Monsi*.

ÚNICO CAPAZ EN DESCRIBIR LA FORMA en la que “la política masifica el vicio” y lo convierte en realidad, dolor y al mismo tiempo anhelo y aspiración “corrupcional”; elementos de sobrevivencia en el

México moderno. La enorme tristeza que sentía por la realidad mexicana la convertía siempre en asombro; muy a pesar de sus descripciones “lacrimógenas”, siempre por encima de la risa y la indignación.

MONSI FUE PODER EXPRESIVO, canción “impiadosa”, cuadrante de la soledad, sonido del acompañamiento colectivo, descripción de lo posiblemente humano. Solo él fue quien se atrevió a cuestionar y develar la identidad de alguien que se decía víctima, de aquél que se hacía llamar abusado y, al mismo tiempo, sólo él fue quien describió lo que significa “sentir” para cada capa social, para todos los visibles pero también para todos los escondidos.

SUPO DESCRIBIR NUESTRA FELICIDAD como una hileira, un colectivo, un sentido, una expresión. A la felicidad la llevaba a bailar y al mismo tiempo, la remendaba todos los días para tener fuerza, para pensar en lo que sigue, para salir de lo que existe. Escribía siempre aferrado a su terrible e insaciable vocación de libertad.

SÓLO ÉL PODÍA HABLAR DE PERSONAJES NOMBRABLES e innombrables. Elaborar retratos de forma impecable e implacable. Experto en la denuncia elaborada desde todos los planos, detallada en finas dosis de parodia y elaborados contextos de ironía.

“LA VIDA JAMÁS CONCLUYE”, ESCRIBIÓ en algún párrafo de su libro *Amor perdido*. Por eso el dolor público en torno a su pérdida física se vuelve infinito, porque se le sabe vivo, y se le siente en cada texto y a través de cada línea. Nuestra realidad lo extraña y nuestra necesidad de encontrar respuestas ante nuestra complejidad quisieran tenerlo cerca. Hoy como nunca, entender a Monsiváis y adentrarse en alteridad en sus lecturas es una de las labores que habremos de emprender todos, porque el México de hoy no se puede entender sin haberlo leído, sin haber reído y cantado a su lado; sin hacer nuestra musicalidad de sus palabras. ▶

El México de hoy no se puede entender sin haberlo leído, sin haber reído y cantado a su lado; sin hacer nuestra la musicalidad de sus palabras



Miss Antropología

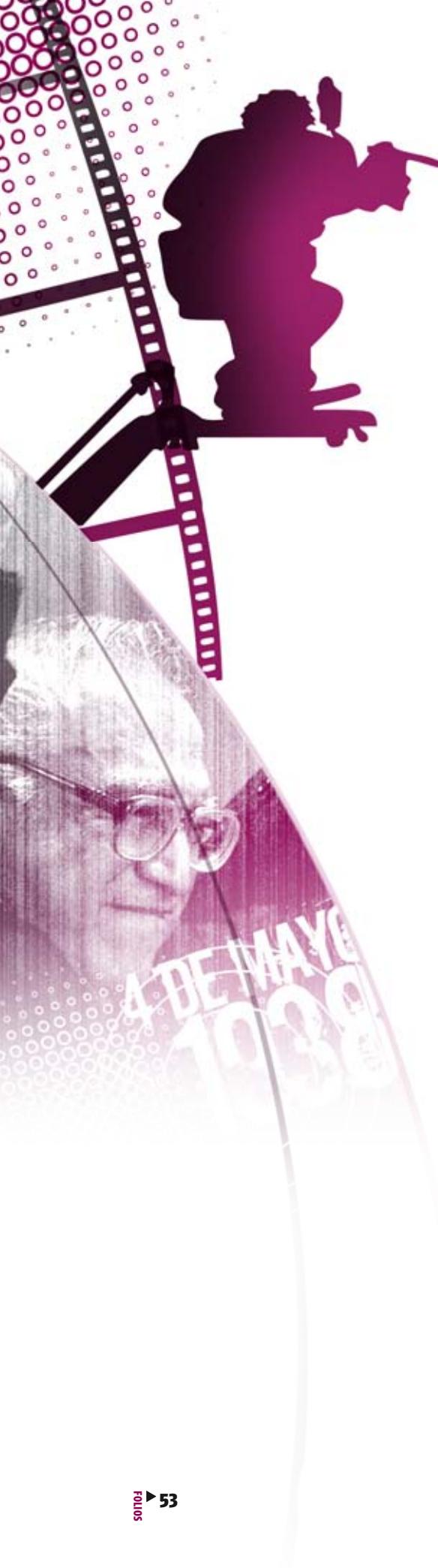


LA VOZ DE LAS CRISIS PERMANENTES

► LUIS EMILIO MARTÍNEZ

Sucede que en una época donde las “malas noticias” parecen ser la crónica de una época, la pérdida de dos personajes centrales en el mundo cultural y académico mexicano vienen a ponerle un tono más aciago. Me refiero a los sensibles fallecimientos de Carlos Monsiváis y Bolívar Echeverría, sucedidos en el mes de junio pasado. La obra de este último, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, representa una mirada excepcional para reflexionar al fenómeno de la modernidad, su configuración estética y política, desde una perspectiva marxista y propiamente latinoamericana.

Respecto a Monsiváis, habría que decir que más allá de recordar su persona o su obra, es una oportunidad para hacer un recuento de los propios recuerdos. Porque hablar de Monsiváis significa hablar de una presencia constante sobre los principales eventos y debates que formaron a muchas generaciones, en particular a la mía. Lo que pretendo es hacer un sencillo testimonio y de este personaje, lejos de la arrogancia de la erudición. Para los ciudadanos de las crisis permanentes (económica, política y cultural), Monsiváis representó la voz que hacía la crónica irónica e incisiva de las principales adversidades e infortunios del México contemporáneo. Su columna semanal, “Por mi madre, bohemios”, que se dejaba leer cada lunes en el diario *La Jornada*, y después en la



revista *Proceso*, representaba una mirada privilegiada que ponía el acento en el despropósito y la locuacidad de la vida pública en México. Con una sensibilidad de coleccionista, obsesionada por el detalle, por la declaración escondida en algún rincón olvidado en diarios, revistas, suplementos, etcétera; Monsiváis recuperaba el hilo conductor de una clase política anodina y la exhibición pública del sinsentido.

MONSIVÁIS REPRESENTÓ TAMBIÉN UN CULTIVO del desacuerdo. La entrevista al *Subcomandante Marcos*, significó para muchos una valiosa voz crítica dentro de los simpatizantes del movimiento zapatista. O lo mismo, su disentimiento público respecto de la toma de la Avenida Reforma, en aquellos difíciles y polarizados días posteriores a las elecciones presidenciales de 2006. Sin embargo, siempre ejerció el disentimiento y la crítica, no desde el púlpito al que son tan afectos muchos intelectuales y opinadores en México, sino desde la calle de San Simón en La Portales. Y a cada petición de su voz conocedora, sólo acertaba a decir “cuando estaba entendiendo lo que pasaba, ya había pasado lo que estaba entendiendo”.

CREO QUE LA UBICUIDAD PROPIA DE MONSIVÁIS logró permear también a mi generación, por su capacidad de imbuirse en la cultura popular en la época de lo mediático. La capacidad de que *El Monsi* fuera la personificación de lo cotidiano iba desde su caricaturización en la ya memorable tira cómica *La chorra interminable*, de *Jis y Trino*; su presencia televisiva en aquéllos lugares del despunte de la cultura mediática del valemadrismo y la irresponsabilidad absoluta, como el programa *El calabozo*; hasta su aparición en programas dedicados al futbol, donde el primer sorprendido de estar allí, era él, un ignorante absoluto del tema.

PERO TAMBIÉN SU PRESENCIA REPRESENTÓ una oportunidad insustituible para acercarse a eso que llaman “la cultura mexicana”. Escucharlo recitar de memoria fragmentos de *La suave patria* era un descubrimiento, en toda la extensión de la palabra, del universo velardiano. Esto para una generación que si acaso se acercaba al lenguaje poético era sólo a partir del fenómeno Sabines.

POR TODO ESTO DIGO QUE MÁS QUE HABLAR DE UN PERSONAJE o de su obra, es hablar de la cotidianidad de su presencia. Presencia formadora, siempre crítica y mordaz, y siempre atenta al detalle, para muchos imperceptible. ▶

MONSIVÁIS, UN HOMBRE DE FE

► JAIME HERNÁNDEZ ORTIZ

Ha muerto Carlos Monsiváis. Su ausencia deja un profundo dolor y tristeza en miles, tal vez millones de mexicanos. Poseedor de una inteligencia y memorias prodigiosas Monsiváis fue un personaje como pocos en la historia de México. Pasarán muchos años, tal vez siglos, para que vuelva a surgir otro como él.

Comprometido con todas las causas democráticas fue una presencia ubicua que infundía ánimo, alegría y valor por doquier.

► Articulista de *La Jornada Jalisco*. Integrante de la Fraternidad Teológica Latinoamericana. Este artículo fue publicado en *La Jornada Jalisco* el 28 de junio de 2010. Agradecemos al autor su autorización para publicarlo en estas páginas.

Tal vez una de las facetas menos conocidas de Monsiváis es que fue un hombre de fe, desde donde, valga la expresión, documentaba su propio optimismo; un hombre de profundas convicciones cristianas.

POCO SE HABLABA DE ELLO PERO Monsiváis siempre estuvo muy cerca de la Iglesia evangélica donde nació y aprendió los grandes valores liberales y los principios bíblicos que conformaron su notable personalidad.

MONSIVÁIS SEÑALÓ QUE DE NIÑO APRENDIÓ a conocer el español a partir de la lectura de la Biblia protestante de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera: “Así, cualquier pasión mía por los libros, y la que tengo es considerable, inició con la Biblia, lo primero que leí, lo que más veces he leído y en donde he encontrado y matizado ideas para mí imprescindibles”, dijo en su *Autobiografía*.

DESDE ENTONCES LA BIBLIA ACOMPAÑÓ al gran cronista y periodista a lo largo de toda vida, tanto en inspiración personal como en el desarrollo de su convicción literaria, política y social. Lo mismo repetía de memoria poemas y versos de Neruda, Paz y Salvador Novo que salmos e himnos del culto evangélico. Y el himno que más le gustaba cantar era: *Firmes y adelante huestes de la fe*, que consideró una “pieza de resistencia épica del protestantismo”.

PROTESTANTISMO Y SOCIEDAD

UN LIBRO DONDE EL PROPIO MONSIVÁIS describe experiencias personales, como aquella en la que estaba convencido desde niño, de que nunca sería presidente de México por ser protestante, es *Protestantismo, diversidad y tolerancia*, texto en coautoría con Carlos Martínez García (colaborador de *La Jornada*), editado por la Comisión Nacional de los Derechos Humanos.¹

DE DICHO TEXTO ME PERMITO EXTRAER en homenaje al gran *Monsi* algunas citas de capítulos donde destaca su indeclinable defensa por el protestantismo mexicano, la tolerancia y el Estado laico:

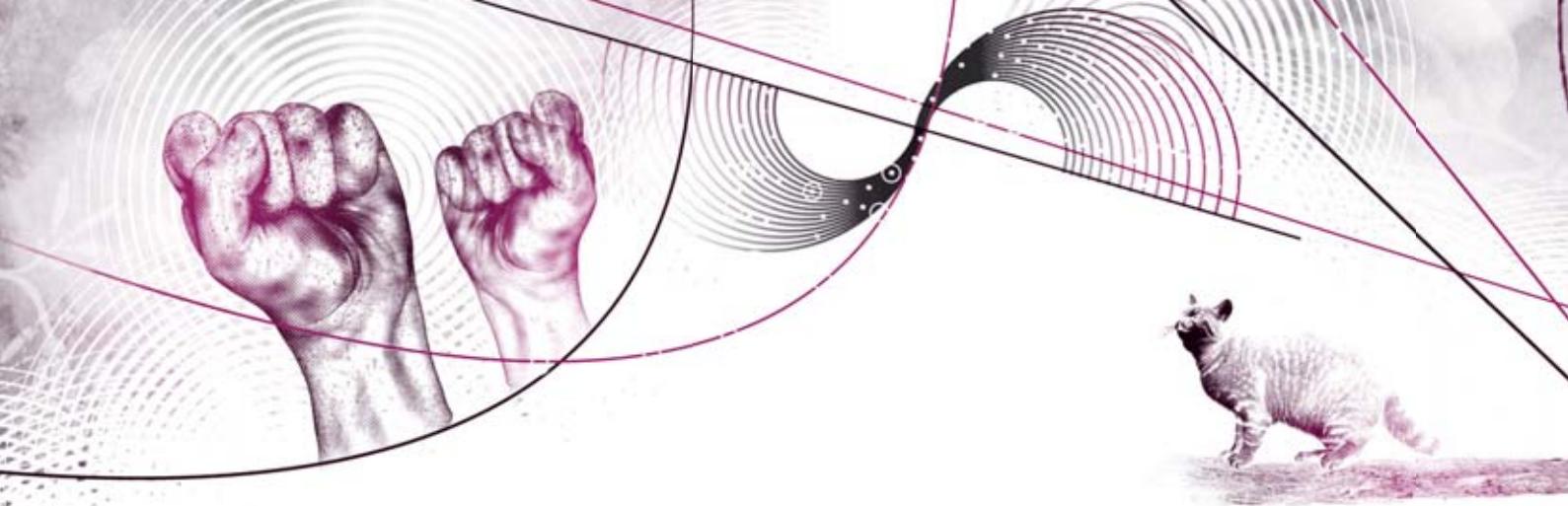
“TOLERANCIA Y PERSECUCIÓN RELIGIOSA”:

En 1816, en México, un ciudadano inglés, anglicano, al no descubrirse al paso del Santísimo fue insultado, golpeado y finalmente linchado por una turba que suplía a la Santa Inquisición en sus funciones. Muy influido por Voltaire, y su notable defensa del hugonote Jean Calas, José Joaquín Fernández de Lizardi – cuyo seudónimo es *El Pensador Mexicano* – valerosamente criticó lo acontecido y se pronunció por la tolerancia (...)

Al protestantismo mexicano lo nacionaliza, si el verbo tiene algún sentido en materia religiosa, el número de víctimas o, desde otra perspectiva, de mártires. La historia de las persecuciones es atroz. Y es impresionante el número de templos quemados o lapidados, así como el número de comunidades hostigadas en grados que incluyen con frecuencia el linchamiento, el número de pastores y feligreses asesinados o abandonados muy mal heridos.

¹ www.cndh.org.mx/publica/publica.htm.





"SI CREEN DISTINTO, NO SON MEXICANOS" CULTURA Y MINORÍAS RELIGIOSAS:

En mi experiencia personal, y tengo que recurrir a ella porque por desgracia esta sigue interponiéndose en mi visión del mundo (yo hubiera querido extirparla y ser completamente objetivo pero tengo nombre y Registro Federal de Causantes, y todo eso me retrotrae a mi experiencia personal), la idea de lo cultural en las comunidades protestantes de los cuarentas en adelante (que es lo que puedo atestiguar) se restringía a unos cuantos sabios de cada comunidad, apasionados por los libros y por las discusiones teológicas, y depositarios de todo lo que los demás no habían leído (...)

En este contexto, no podemos juzgar a secas al protestantismo mexicano. La historia de este protestantismo es doble, es la historia de una doctrina de Reforma que se propaga y es la historia de la Iglesia católica y de las maneras que elige para aplastar a los disidentes. Si uno aísla la historia el protestantismo simplemente no lo entiende.

"ACÚSEME PADRE, DE FOMENTAR LA TOLERANCIA":

Los núcleos tradicionalistas se rehúsan a aceptar que el país católico es un país laico y, algo aún más perverso, un país donde se ejerce efectivamente la libertad de creencias. En 1952 el arzobispo Luis María Martínez convocó a una suerte de "Guerra Santa" contra los infieles, de consecuencias mortíferas, y en los setentas, con motivo del crecimiento de las "sectas" (descripción psicológica que, al objetivarse, se convierte en un llamado a la burla, la persecución, el desalojo, el linchamiento) el llamado se recrudece (...)

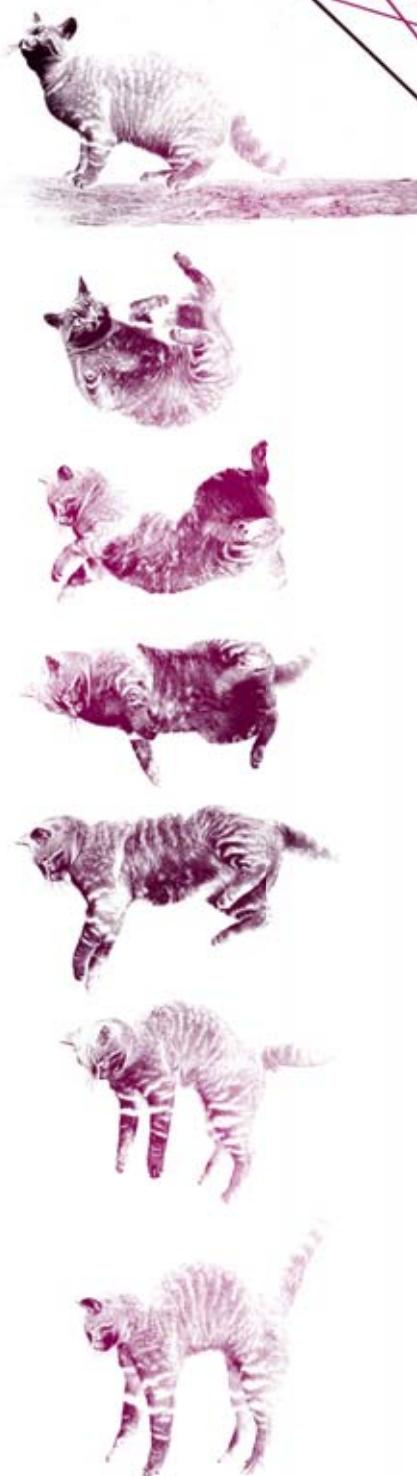
Me parece que nosotros tuvimos una edad media llamada viireinato, que significó un atraso histórico terrible. Tenemos que estar muy agradecidos, en particular lo estoy con los liberales de la Reforma y con Benito Juárez, porque de un tajo interrumpieron un proceso de aislamiento del país y exaltación de la contrarreforma.

RECONOCIMIENTO ETERNO

HACE APENAS UN POCO MÁS DE UN AÑO, un grupo de evangélicos le entregamos el Premio Derechos Humanos y Tolerancia Religiosa Miguel Caxlán, indígena evangélico chamula asesinado por su fe. Monsiváis, como pocas veces se le había visto, lloró emocionado.

ESA OCASIÓN REPITIÓ DE MEMORIA el Salmo 19: "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día comunica su mensaje al otro día, y una noche a la otra declara sabiduría..."

NO DUDO QUE SUS ÚLTIMOS DÍAS estuvo cantando *Firmes y adelante*. Monsiváis vivirá eternamente. No lo hemos perdido. Creo que lo volveremos a ver. ▶



MONSIVÁIS: ¿POSEEDOR DE LA RAZÓN PURA?

► MAE LÓPEZ ARANDA

Pareciera que Carlos Monsiváis Aceves hubiese sido para México el poseedor de la razón pura en todo tema abordado por él. Difiero de ello, y encontré entre muchos eruditos y no tan eruditos, a varias personas que coinciden conmigo. Si bien somos pocos los que pensamos así, no por ello es menos válido tener un espacio, aunque sea pequeño, donde podamos argumentar por qué Monsiváis no fue, y menos lo será ahora que murió hace apenas unos meses, un favorito ni de nuestras tertulias ni de nuestras horas de risa y tampoco usaremos argumentos basados en una opinión emitida por él para validar nuestros razonamientos.

En el futuro, obvio, no le dedicaremos, como ingenuamente hicimos en el pasado, ni pocas ni muchas horas de lectura a ninguno de los cientos, quizás miles, de ensayos o artículos escritos por Monsiváis, simple y sencillamente porque no lo entendimos nunca. Algunos lectores, incluso me han revelado que ni cuando hablaba lo comprendían y sobra decir que ni los entrevistados al respecto ni yo somos tontos.

ÁLVARO ENRIGUE ESCRIBIÓ EN AGOSTO DE 2008 para la revista *Letras Libres* que Monsiváis es el autor de uno de los epitafios más fulminantes para los totalitarismos latinoamericanos de corte marxista: “La utopía que se lumenizó”, nos remite al dogma generalizado respecto a qué tan hombre de izquierda era Monsiváis; Arnulfo Eduardo Velasco afirma que antes de afirmar si Monsiváis era un hombre de izquierda o no habría que definir qué es exactamente una persona de izquierda en México. Monsiváis era un hombre con una posición de política imprecisa y se movía de acuerdo a las circunstancias; su actitud con Cuba, por ejemplo, un tiempo defensor absoluto del régimen, y de repente, cuando Fidel Castro empezó a perseguir a los homosexuales, uno de los principales detractores

► Periodista.



del régimen cubano fue Carlos Monsiváis y uno se dice: qué no debió darse cuenta de eso desde el principio. Carlos Monsiváis nunca podría haber dicho ser de derecha, porque no lo era, al menos del todo, y porque decir ser de derecha es casi denigrante, sobre todo para un intelectual”, agregó sobre el escritor que tradujo a más de veinticinco autores.

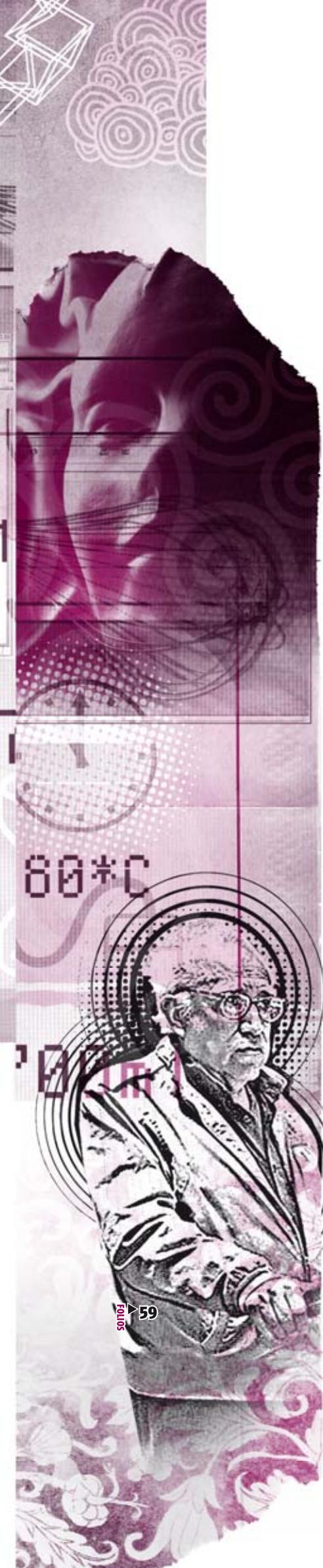
EN LO PERSONAL PIENSO QUE MONSIVÁIS le quedó a deber a la mexicanidad y a los mexicanos, de entre sus más de 624 ensayos, uno que, ¡claro!, hubiera definido qué era la izquierda en México, y si bien nadie puede negarle al autor de *Escenas de pudor y lirivandad* su amplio conocimiento sobre la poesía mexicana de los siglos XIX y XX, tampoco nadie me puede negar que nunca fue claro, como en un principio lo apunté y por lo que nunca nos gustó; sino que tampoco nunca le creí. Cómo creerle algo a quien no entiendes. Velasco, al igual que María Gallegos, antropóloga con maestría por la UNAM, quien es incansable lectora al igual que hablante y dedicada profesora, coinciden en que aunque Monsiváis se manejaba como un personaje popular, el léxico que utilizó a menudo, –por no decir que siempre– es tan complejo que no es posible que una persona del pueblo le entienda, en ese sentido me queda claro que yo soy del pueblo; pero agregaron y por separado que el cronista de la ciudad de México, que no de México, fue muy contradictorio en su personalidad: se presentaba como una figura que está cerca de la gente, que tiene contacto directo con las necesidades, digamos, con los deseos del pueblo y luego de repente cuando se expresa, al hacerlo parece el equivalente, en su léxico, a un intelectual súper elitista y de tendencia afrancesada.

“INCLUSO LA MEZCLA QUE ÉL (MONSI) hace de un discurso popular con un discurso hipercultista, en lugar de volver más inteligible los textos, los vuelve más difíciles de entender, hasta el punto que ciertas personas cultas tampoco entienden nada, por el hecho de la inclusión de términos populares: paradójico pero así lo fue”, según concluimos.

NOSOTROS, QUE LO ÚNICO QUE COMPARTIMOS con respecto a Carlos Monsiváis es el hábito de arrojar lejos más de un libro suyo –que en alguna etapa de nuestras vidas intentamos leer– al no entenderlo, así pues compartimos la frustración de no haberlo comprendido, como en cambio, sí lo hicieron una gran cantidad de nuestros contemporáneos; incluyó a la centena de locutores y presentadores de radio y televisión que tantas veces lo entrevistaron con aparente docta sapiencia sobre su obra.

EL MUY PEQUEÑO GRUPO DE LOS NO-SEGUIDORES de Carlos Monsiváis, no asistimos al Palacio de Bellas Artes, en la ciudad de México, ni a pagar 40 pesos por la foto de la urna que contenía las cenizas de quien en vida fuera analista del discurso social, religioso, empresarial, sindical, artístico y de





quién se dice es imprescindible para entender la identidad de los mexicanos.

YO EN LO PERSONAL DE ÉL ENVIDIO que conoció a Alain Delon en su propia casa y que junto a él vio un partido de fútbol de un mundial, a pesar de que nunca le gustó; mis amigos dicen enviar el pésame a todos los intelectuales mexicanos que lo adoraron, lo entendieron y le siguen llorando.

LOS QUE LE LLORAN Y DICEN que le conocieron, afirman que Carlos Monsiváis era memorioso y sensible; dicen que entre su gusto estaba el delirio por la Coca-cola, por los gatos, que fue vegetariano, que gracias a él resurgió la valoración de las culturas populares y la cultura de masas, aunque las masas no se han enterado, digo yo. Y también digo que Carlos Monsiváis no es el muerto de todos; difícilmente puede serlo: en mi barrio nadie lo siente, porque no saben de quién les hablo cuando les pregunto sobre él.

YO OPINO QUE LO PEOR DE MONSIVÁIS ES que no probaba el alcohol, sin embargo, eso es a gusto de cada quien, pero hay algo que sí agradezco a este intelectual, tan querido por muchos intelectuales de mi país, y es la existencia del único museo de México que sí me gusta: El Estanquillo, porque si nunca entendí sus textos, sus colecciones tanto de las artesanías como de los cuentos de la Familia Burrón o bien las cientos de caricaturas políticas, así como otros cientos de chunches, cuando estuve por primera vez ahí, comprendí que Monsiváis sí sabía lo que era ser mexicano y luego mientras viví en ciudad de México fui cada vez que pude.

EN CONCLUSIÓN, LOS POCOS para quien Carlos Monsiváis Aceves fue una figura por su capacidad mediática y polémica, concluimos que:

como ocurre muchas veces con ciertos intelectuales, era más un personaje que otra cosa. Incluso, todo mundo lo conocía como Monsi porque era una figura muy carismática en público, hablando con la gente. Hay que reconocer lo que es evidente y que muchas veces, nosotros, sus no-seguidores no queremos hacer, pero la realidad se impone, y a menudo, después de oír a Monsiváis las personas iban corriendo y se compraban un libro suyo; pero luego cuando intentaban leerlo descubrían que no le entendían nada. Y es que era muy diferente el Monsivais que hablaba al Monsiváis que escribía.

LO ANTERIOR APUNTADO POR ARNULFO y aceptado por mí y otros dos. Yo me pregunto: ¿y una vez que pase el luto de su muerte?, cuando ya no haya más programas de televisión, presentaciones de libros, festivales literarios o ferias de libros donde se escuche la voz de Monsiváis, ¿habrá quien compre sus libros?, ¿qué será de la obra de Monsiváis?, ¿quedará como parte de estudio de los cultistas o será que las masas en alguna época lo consumirán? ▶

GUADALAJARA Y SUS PRETENSIONES CRIOLLAS

ENTREVISTA A CARLOS MONSIVÁIS:

► MOISÉS LÓPEZ ROSAS

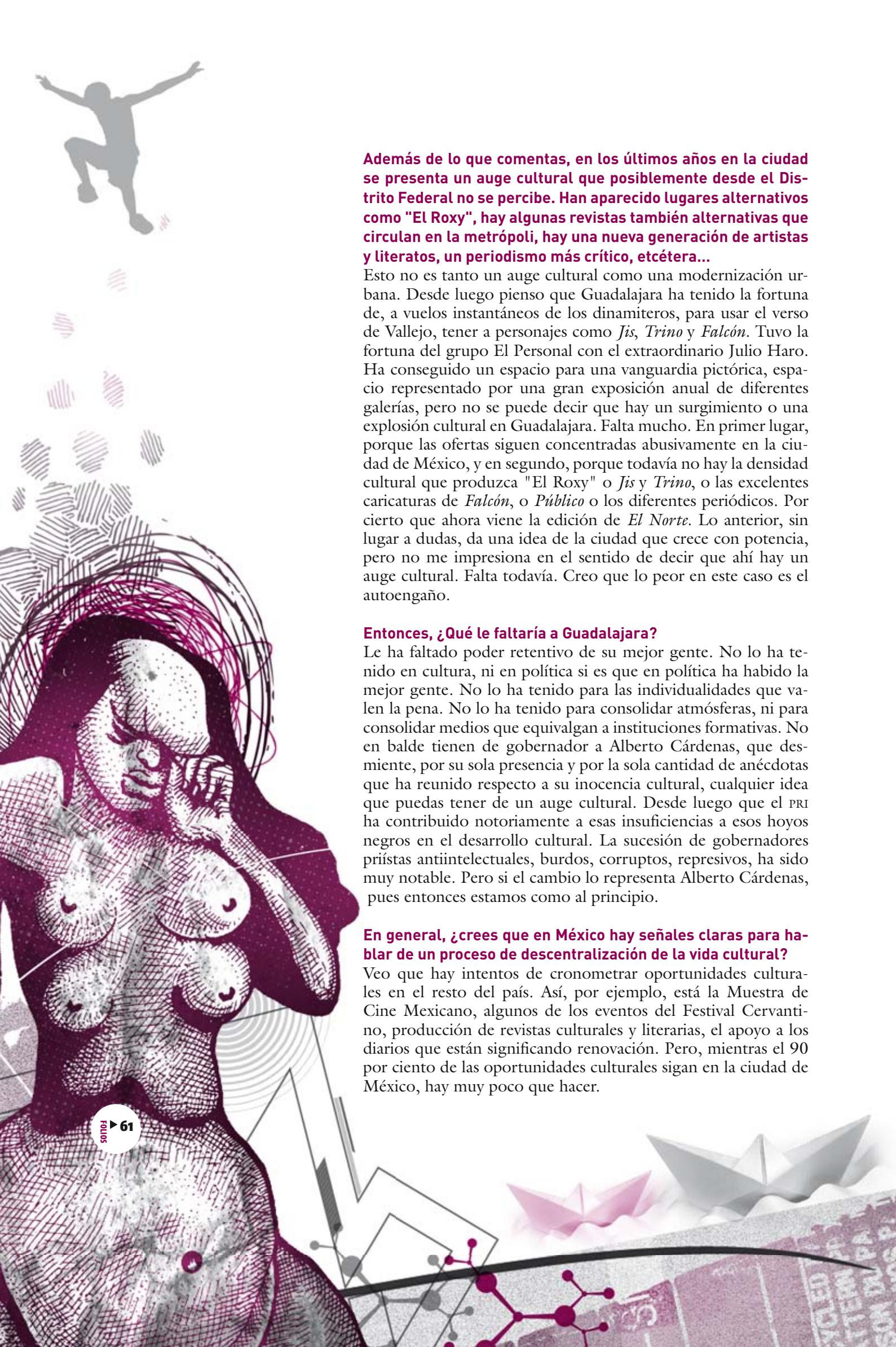
La presente es una versión de la entrevista que Moisés López Rosas (1973-2002) realizó a Carlos Monsiváis (1938-2010) en 1998, publicada el 26 de octubre de ese mismo año en La Brecha (núm. 53, pp. 5-7), suplemento de cultura política del periódico El Occidental. Al paso de los años, y ya con la desaparición física de ambos protagonistas de la entrevista, en Folios recuperamos este testimonio como una manera de preservar las opiniones que un intelectual de la talla de Monsiváis tenía sobre la capital jalisciense, la hipocresía de su clase gobernante, algunos de sus notables artistas y sus expresiones culturales.

Carlos Monsiváis no necesita presentación. Sin lugar a dudas es el intelectual más popular del país. Lo mismo actúa en alguna película y dicta una conferencia en la Universidad de Harvard, que al igual se presenta en los hechos de Acteal, aparece en la revista *Telé-Guía* al lado de Lucía Méndez o se escucha su voz en un disco de La Maldita Vecindad y Los Hijos del Quinto Patio. Sus escritos son fundamentales para comprender la cultura popular mexicana. Es un escritor prolífico y erudito que no pierde la oportunidad para hacer de la ironía una práctica discursiva. Sus amplios conocimientos sobre la vida cultural, política y social de México están acompañados siempre de un activismo militante cuyo único compromiso es con la sociedad civil. El autor de libros como *Escenas de pudor y lidiabilidad*, *Entrada libre*, *Amor perdido* y *Días de Guardar*, reflexiona sobre la capital jalisciense, realiza un diagnóstico de la vida cultural tapatía y delimita los diversos retos que aún tiene la otrora perla de occidente.

¿Cuando piensas en Guadalajara, ¿en qué piensas?

En una sucesión de imágenes agradables, de amigos muy estimados, de instituciones que intentan un desarrollo cultural, de agrupaciones de extrema derecha nefastas, de pretensiones criollas bastante cursis, de una burguesía que no termina de modernizarse y no acaba de reconocer que es profundamente anacrónica, de una proletarización muy acelerada, de tradiciones que se desvencijan, de la vida cultural que nunca llegó a darse plenamente con intensidad de vida, pero que, sin embargo, dejó los murales de José Clemente Orozco en el Instituto Cultural Cabañas, el paso de Juan José Arreola, Juan Rulfo, Antonio Alatorre, José Luis Martínez, Alí Chumacero. De maestros de literatura muy reconocidos que nunca salieron del ámbito local, de las transformaciones de la Federación de Estudiantes de Guadalajara, de la Autónoma de Guadalajara o la extrema derecha de la extrema derecha. En fin, en estas cosas pienso.

► Fue profesor investigador del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, udec; Maestro en Ciencias Sociales por la FLACSO-Méjico.



Además de lo que comentas, en los últimos años en la ciudad se presenta un auge cultural que posiblemente desde el Distrito Federal no se percibe. Han aparecido lugares alternativos como "El Roxy", hay algunas revistas también alternativas que circulan en la metrópoli, hay una nueva generación de artistas y literatos, un periodismo más crítico, etcétera...

Esto no es tanto un auge cultural como una modernización urbana. Desde luego pienso que Guadalajara ha tenido la fortuna de, a vuelos instantáneos de los dinamiteros, para usar el verso de Vallejo, tener a personajes como *Jis*, *Trino* y *Falcón*. Tuvo la fortuna del grupo El Personal con el extraordinario Julio Haro. Ha conseguido un espacio para una vanguardia pictórica, espacio representado por una gran exposición anual de diferentes galerías, pero no se puede decir que hay un surgimiento o una explosión cultural en Guadalajara. Falta mucho. En primer lugar, porque las ofertas siguen concentradas abusivamente en la ciudad de México, y en segundo, porque todavía no hay la densidad cultural que produzca "El Roxy" o *Jis* y *Trino*, o las excelentes caricaturas de *Falcón*, o *Público* o los diferentes periódicos. Por cierto que ahora viene la edición de *El Norte*. Lo anterior, sin lugar a dudas, da una idea de la ciudad que crece con potencia, pero no me impresiona en el sentido de decir que ahí hay un auge cultural. Falta todavía. Creo que lo peor en este caso es el autoengaño.

Entonces, ¿Qué le faltaría a Guadalajara?

Le ha faltado poder retentivo de su mejor gente. No lo ha tenido en cultura, ni en política si es que en política ha habido la mejor gente. No lo ha tenido para las individualidades que valen la pena. No lo ha tenido para consolidar atmósferas, ni para consolidar medios que equivalgan a instituciones formativas. No en balde tienen de gobernador a Alberto Cárdenas, que desmiente, por su sola presencia y por la sola cantidad de anécdotas que ha reunido respecto a su inocencia cultural, cualquier idea que puedas tener de un auge cultural. Desde luego que el PRI ha contribuido notoriamente a esas insuficiencias a esos hoyos negros en el desarrollo cultural. La sucesión de gobernadores priístas antiintelectuales, burdos, corruptos, represivos, ha sido muy notable. Pero si el cambio lo representa Alberto Cárdenas, pues entonces estamos como al principio.

En general, ¿crees que en México hay señales claras para hablar de un proceso de descentralización de la vida cultural?

Veo que hay intentos de cronometrar oportunidades culturales en el resto del país. Así, por ejemplo, está la Muestra de Cine Mexicano, algunos de los eventos del Festival Cervantino, producción de revistas culturales y literarias, el apoyo a los diarios que están significando renovación. Pero, mientras el 90 por ciento de las oportunidades culturales sigan en la ciudad de México, hay muy poco que hacer.



Carlos, en otro sentido, Guadalajara son dos ciudades. Una con un acendrado conservadurismo y otra con una significativa presencia de sectores liberales importantes. Por ejemplo, convive una fuerte influencia de la Iglesia católica con una amplia presencia de minorías sexuales. ¿Podemos hablar de una doble moral?

Esta actitud la hay en todo el país. No, yo no hablaría de una doble moral, sino de una profunda capa de hipocresía que evita reconocer lo dramático y divertido del cambio. En Guadalajara es el sitio donde el señor César Coll, todavía no alcalde, se permitió ir a destruir aparatos de televisión frente a Televisa Guadalajara, porque desde la televisión se difundía el hedonismo. Un acto de primitivismo mecanicista que no logró entender. En Guadalajara hubo la oposición cerrada a la Convención de la Agrupación Internacional de Gays y Lesbianas que finalmente se realizó en Acapulco. En Guadalajara hay todo el tiempo continuas demostraciones del moralismo que ciertamente no se practica en lado alguno, que es represivo, intolerante y va en contra de la Constitución de la República, y ahí está. Pero eso más que todo son ganas de no desarrollarse de la manera libre que exige toda gran urbe. Eso es sobre todo ganas de impedir el crecimiento cultural de Guadalajara y de lograr, a través de moralismos, ahogar lo que pueda contener de vida democrática, de vida contemporánea, una ciudad de esa importancia.

Por otro lado, ¿cuál es tu opinión sobre el periodismo que se practica en la urbe tapatía?

Hace tiempo era un periodismo que me gustaba mucho porque me permitía observar cómo había sido el siglo XIX en las regiones menos activadas por el liberalismo. Pero de un tiempo para acá, creo que hay generaciones de reporteros y articulistas que están respondiendo a otro criterio. El que *Falcón* haya convertido al señor Cárdenas en “Bebeto” es un avance. El que las locuras magníficas del *Jis* puedan prosperar pese a los intentos de censura, me parecen también un logro de este periodismo. Hay reporteros y editorialistas que quieren cambiar. Todo esto, aunque no conforma todavía un gran periodismo, ciertamente ya no te comunica directamente con el siglo XIX como antes. Que un periódico como *Ocho Columnas* exista, bueno... está también *El Heraldo de México* en la capital, pero ya hay otros que tienen un público notoriamente superior que no responden a esos criterios.

¿Cómo ves a Guadalajara en el siglo XXI? ¿Crees que se convierta en uno de los polos de desarrollo más importantes del país, con miras a erigirse en una alternativa a la ciudad de México?

Es más importante Monterrey. Perdón por decirlo, pero Monterrey tiene en este momento un peso económico, político y social mucho mayor que el de Guadalajara. Guadalajara tiene escollos muy importantes para ese desarrollo del que tú hablas. En primer lugar, el tradicionalismo, que es un tradicionalismo ya gastado hasta la saciedad, inútil, que ha probado reiteradamente que no permite avances culturales, que se niega a los estímulos, a la producción de un arte libre, de una cultura viva. En segundo, la política. Esa división de Guadalajara, entre el PRI y el PAN, los rasgos más conservadores y atrasados del



PAN y los rasgos más negativos del PRI, ciertamente no ha sido benéfica. En tercero, la falta de una izquierda moderna, crítica, comprometida. La izquierda que vive en Guadalajara es una izquierda anacrónica, añosa. De una época en donde sólo se creían los pronunciamientos por que no se tenía la menor voluntad de toma de poder. Y en cuarto, universidades más modernas que las que se viven. Con todo respeto para la UdeG y el ITESO, no me parecen las universidades que se requieren. Ya no hablo de la Autónoma de Guadalajara por que ese es otro siglo y otra actitud.

¿Eres optimista con respecto a Guadalajara?

No tengo por qué serlo, no vivo ahí. Entonces, no viviendo ahí, sí soy optimista. Pero para quienes viven ahí el problema es más complejo. Porque tienen que vivir un ambiente urbano, a fin de cuentas muy agradable, contrastándolo con una sociedad, a fin de cuentas muy desagradable. Y eso pesa.

Hay desde luego brotes, espacios de resistencia, actitudes que hacen pensar que va haber cambios

enormes, y la mera existencia de esos espacios y grupos habla de cambios enormes. En primer lugar, el optimismo vendrá de cómo se puede evitar el destino del Distrito Federal en todo lo que toca a contaminación, transporte, vivienda y empleo. Cosa que no veo tan fácil; y en segundo, que pueda desarrollarse una vida social y cultural en verdad libre. Ustedes todavía hace poco tenían lo de los retenes, que era vergonzoso; han tenido lo de la prohibición de las minifaldas que, aunque después dijeron que no era cierto, era cierto; han tenido la idea de tratar paternalistamente a los ciudadanos; han tenido en municipios de Jalisco prohibiciones de que los jóvenes se pongan arete; han vivido bajo el intento de llevarlos a la Edad Media. ¿Se puede ser optimista cuando algún sector tan importante electoralmente tiene dirigentes convencidos de que la Edad Media es el tiempo que le conviene a Guadalajara? ¿Se puede ser optimista pensando en un PRI que ha producido a Guillermo Cosío Vidaurri, Flavio Romero de Velasco, Carlos Rivera Aceves y otros tantos? Ahora, a mí no me toca ser optimista o pesimista, les toca a los que viven en Guadalajara.

Yo entiendo el optimismo de los que piensan que el crecimiento y desarrollo de los espacios de libertad es una prueba suficiente para alentar el optimismo. Comparto esa actitud, pero también la equilibrio con el crecimiento de los espacios de opresión. En Guadalajara, en los colegios privados, se han dado el lujo de hacer campañas contra Los Simpson, algo que me resulta a estas alturas simplemente inaudito. Siguen todavía aislados y oprimidos por un conservadurismo francamente decadente. Entonces, yo creo que habría que equilibrar el optimismo de lo que ven todos los días desarrollarse con el pesimismo de lo que no han logrado siquiera mellar.

Oye Carlos ¿desde la capital se ve el resto del país?

No, desde la capital no se ve bien ni la capital. Para ver el resto del país tienes que estar viajando y leyendo. ▲

MONSIVÁIS

a trazos libres: el discurso hecho cartón

Dentro del universo Monsiváis el cartón existe como un género valorado por la profundidad de sus alcances y la resonancia de los ecos que representan en cada trazo a una de las clases intelectuales del país más crítica y congruente que disponemos: los caricaturistas mexicanos.

Si *Monsi* fue el vocero de una ciudad, un país, una idiosincrasia, la caricatura es el desplegado de nuestra conciencia, la crónica consumada y ese espejo quebrado que repudiamos pero que siempre tenemos a la mano para recordar lo más rebuscado, inacabado, sensible e incomprendible de nuestra naturaleza.

Esa imbricada amalgama de reflexiones bajo aquella greña blanca nunca dejó de maravillarse de sus amigos los moneros, y de que toda la complejidad discursiva podía contenerse en un solo cartón para debatir y entender el discurso más ambiguo, el ensayo más prolífico o el escenario más absurdo de las esferas política, social y cultural de la actualidad.

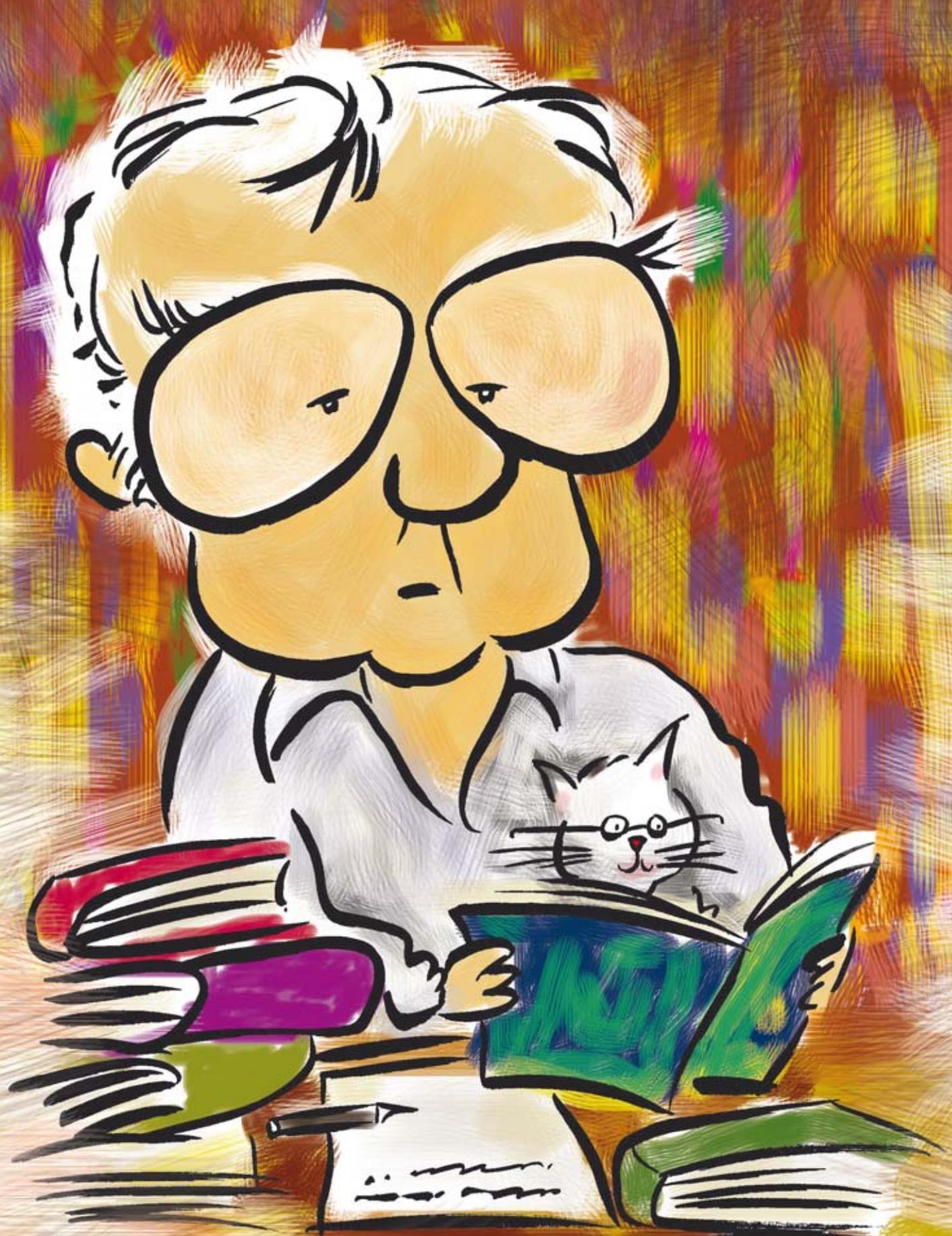
Monsiváis sabía que colecciónar objetos, amigos, anécdotas, era una forma de asimilar su identidad, no sólo con el mero afán de acumular sino para poder registrar y compartir ese mosaico cotidiano que de tan plural y disperso a veces nos empañá el sentido crítico.

Para *Folios* una forma de homenajear a Monsiváis está en revisitarlo a través de la mirada del monero, como una reunión entre amigos, un despliegue representativo de creatividad, libertad y desmadre en manos de *Alejandro, Helguera, Camacho, Falcón, Chavo, Rius y Jis*.

Si “la familia Burrón se niega a morir porque no tiene con qué pagar su entierro”, como dijera Monsiváis a propósito de la obra de otro gran cartonista, Gabriel Vargas, entonces *Monsi* seguirá explicando nuestra realidad mexicana a través de su legado porque ésta no tiene cómo entenderse a sí misma, a menos que sea por medio del humor y la ironía de una caricatura. Hasta siempre, maestro.

Chavo Falcón zegamoro
me suena Os
Camacho. Jis



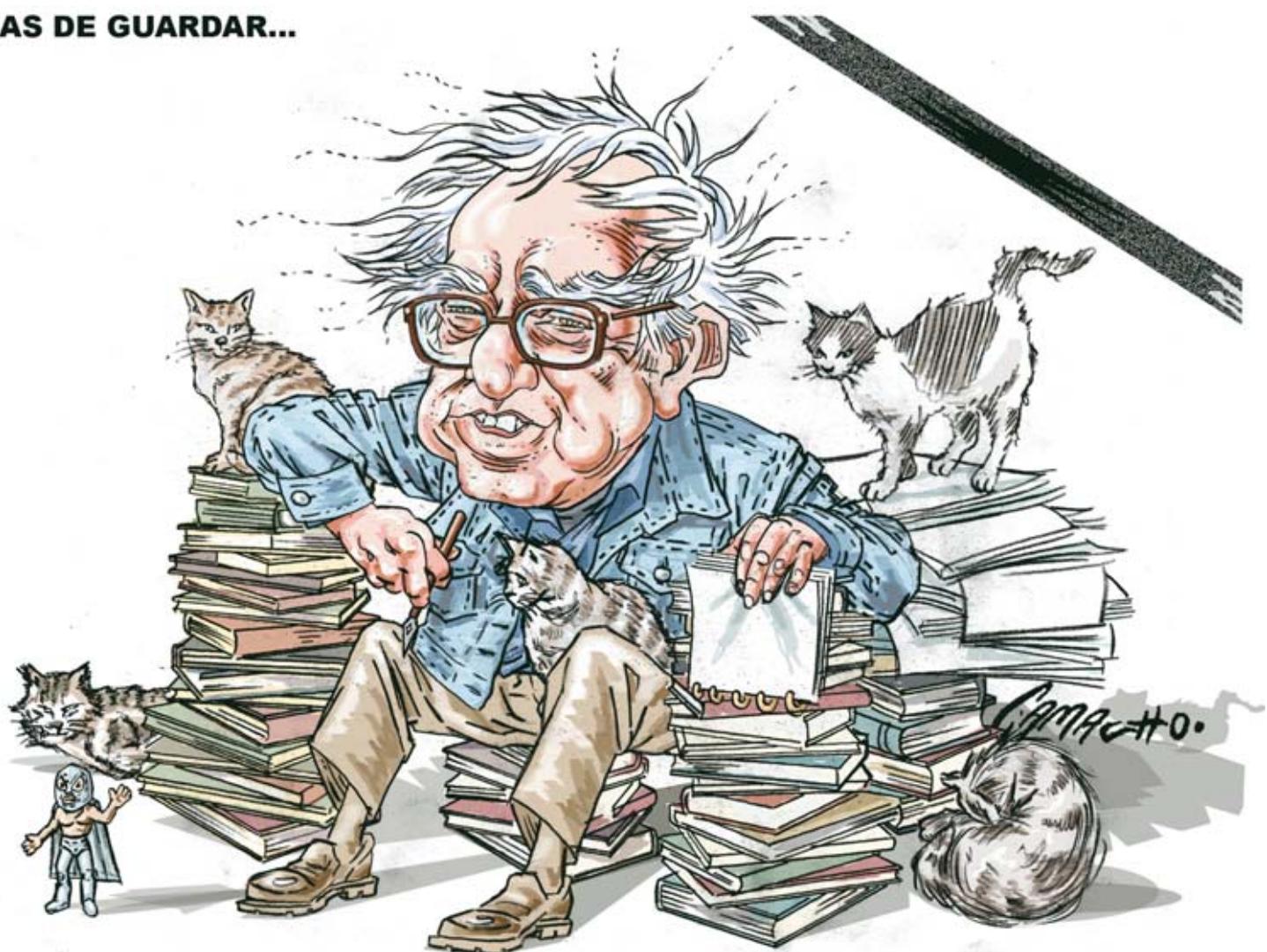


alegandru



Cartones: página anterior: Alejandro; arriba: Helguera; derecha: Camacho.

DÍAS DE GUARDAR...



★ PaRaíso



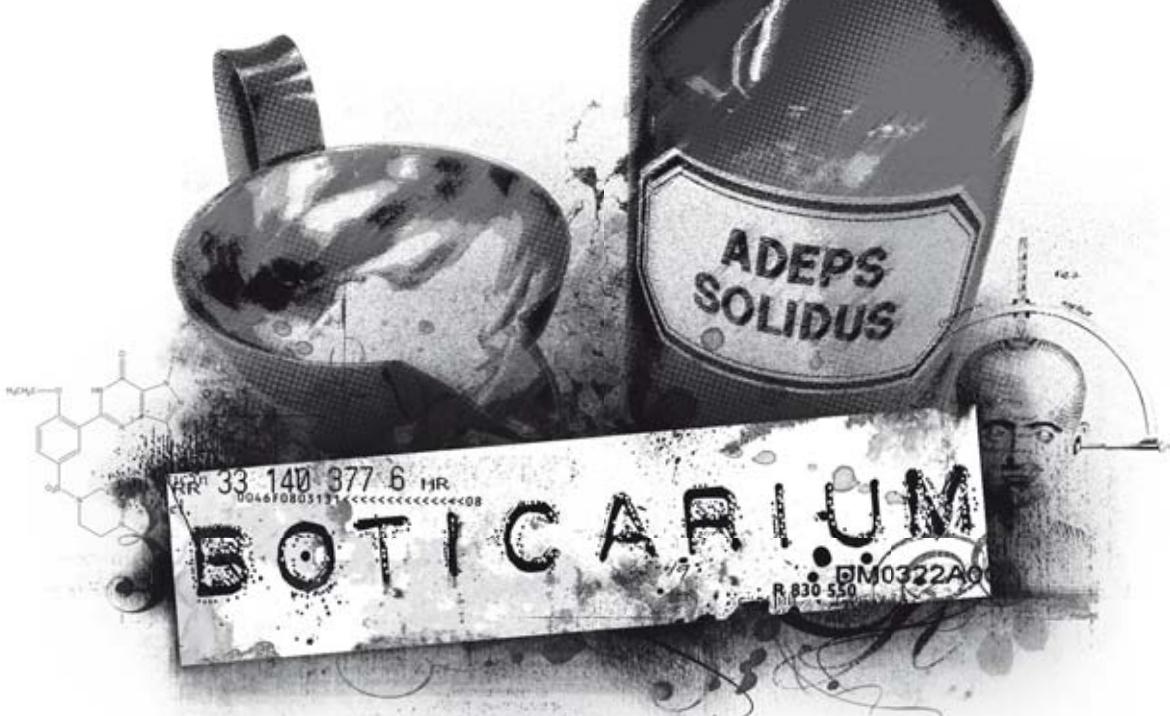


Falco









LA URBE COMO REPRESENTACIÓN SIMBÓLICA

► JUAN LUIS H. GONZÁLEZ SILVA

LA MÍSTICA DE LAS CIUDADES EXISTE como representación simbólica, como proyección y contingencia. Las ciudades se despliegan a sí mismas en diversos campos de experiencia material y humana, trazan sus propias rutas, erigen sus propios caminos más allá de la intención humana.

LAS CIUDADES PUEDEN SER INVISIBLES O INVIVIBLES, como bien lo dice Italo Calvino, pero a final de cuentas todas ellas revelan, a veces de forma evidente, sus sentimientos; profetizan sus catástrofes y cataclismos, exponen su propio temperamento.

PODRÍAMOS AVENTURARNOS A DECIR QUE la mística de una ciudad es espacio integral destinado a la otra existencia o a la existencia de lo otro, aquello que va más allá de la simple apariencia geográfica o urbana; la termodinámica imperceptible que ejecuta las mejores obras de la ciudad.

LA MÍSTICA DE LA CIUDAD –que también podríamos llamar espíritu– se posiciona en un espacio diferenciado de la versión individual de sus componentes. El espíritu como esencia que siempre se remite a la soledad y a la angustia como forma de intermediación, el espíritu como forma de aislamiento pero también de libertad. Sabemos que somos parte de lo que nuestra ciudad quiere que seamos, sabemos que conformamos ese espíritu, sabemos también que no es posible alterarlo sin embargo todos los días lo intentamos.

EL ESPÍRITU DE LA CIUDAD ENTONCES nos define política, ética y sustancialmente. Podemos ser buenos o terriblemente malos, en tanto taxonomías de moral pública, pero eso es un asunto secundario en tanto no se defina en qué espacio urbano y tiempo están ocurriendo los hechos.

► Profesor del Departamento de Estudios Políticos, Universidad de Guadalajara.



DICE CASTORIADIS QUE UN ROMANO o una romana fueron y son algo totalmente diferente, por ejemplo, de los americanos y las americanas de hoy. Y tiene razón el filósofo griego cuando confirma la influencia que imprimen las ciudades (su tiempo, su espacio, su economía del conocimiento, su moral, sus leyes) en cada uno de sus habitantes, facultad que las posibilita para ser totalmente diferentes unas de otras.

EN ESTE SENTIDO, los tapatíos tendríamos que empezar a examinar los instrumentos que utilizamos actualmente para explorar nuestra condición social humana, en el sentido más arendtiano de la palabra, distinguir con respeto la esfera pública de la privada, observar nuestras labores comunes, nuestras acciones y develar por último, nuestras actividades públicas. Nuestra mística de ciudad.

ROMPER EL CERCO DE LO ESTABLECIDO tiene sus costos pero también tiene sus recompensas y estímulos. Hay casos históricos donde las ciudades se han levantado sobre sí mismas y han trazado un nuevo modelo de convivencia a partir de pequeños puntos de enlace que al volverse populares lograron hacer cambiar la perspectiva urbana del todo, tal es el caso del Berlín, previo a la Segunda Guerra, o el de Madrid, después de la caída de la dictadura franquista.

GUADALAJARA, SIN EMBARGO, parece que sigue queriendo aprisionar a sus habitantes, parece que los dirige, los cerca, los envuelve, les exige obediencia, les dice qué hacer, los expone y los exhibe si se brincan la cerca de lo factible, aunque sea por accidente o por simple y llana curiosidad.

ECHAR EL BRINCO DEL OTRO LADO, sea cual sea el motivo, siempre será un asunto complicado a la hora de explicar y convencer a las conciencias institucionales (que aún existen en esta mancha urbana de más de 5 millones de personas) y que resguardan con celo el "ser tapatío".

NO OBSTANTE, TODOS LOS QUE HEMOS TENIDO el impulso de estar fuera de ese "ser tapatío" jugamos a enmascararnos de apocalípticos para volver a ser integrados.

CASTORIADIS AFIRMA QUE EL HOMBRE existe sólo en (y a través) de la sociedad; y en ese sentido la ciudad puede llegar a ser una sensata representación de la sociedad que más odiamos pero también que más deseamos.

EL ESPÍRITU DE NUESTRA CIUDAD EVADE en la medida de sus posibilidades las etiquetas que le han querido ser impuestas. Esta perla no sólo está diseñada para ser un espacio religioso (que también lo es), Guadalajara es más que sus vírgenes, sus templos y sus galas de mariachi; Guadalajara es más que el fútbol y las diatribas de párrocos y estadistas de papel. Esta ciudad exhibe en algunos de sus espacios más selectos (invisibles para muchos) componentes de un espíritu mucho más intrépido, audaz, arrojado, atrevido, libre, profundo y sórdido.

EN GUADALAJARA DESFILAN HORDAS Y TRIBUS que hacen de la ciudad un espacio de comunión, encuentro y contemplación más allá de la economía religiosa del catolicismo imperante. Guadalajara se despliega a sí misma en diversos campos de la experiencia, traza sus propias rutas, erige sus propios caminos más allá de la intención moral de quien pretende gobernarla.

EN NUESTRA CIUDAD LAS HORDAS SEGUIRÁN SALIENDO casi siempre de noche y sin fechas definidas y motivos especiales; saldrán a exponerse públicamente, a compartirse, a divertirse, a angustiarse, a drogarse, a embriagarse, a prostituirse, a olvidar su papel de componente, a negar su propia condición, a reinventarse, a integrarse, a aislarse. Reinventarse en esta mancha urbana que no hace otra cosa que ser ella misma, ser la representación de todos, ser la representación de nada. ▶

Pólírica

EL INFIERNO APUNTES DESDE LA BUTACA

► ANNEMARIE MEIER

"ESTÁ BUENÍSIMA", "NO TE LA PIERDAS", "narra lo que ya sabemos", "es como Tarantino y los hermanos Coen en el campo mexicano", "no la quiero ver porque es lo que a diario vemos en la medios". Tales fueron algunos de los comentarios que escuché después de que se estrenara *El Infierno*, de Luis Estrada. Me interesó verla también por las entrevistas con el director que se publicaron en las semanas previas al estreno, la controversia que causó la clasificación C con la que la Secretaría de Gobernación la restringe para espectadores menores de 18 años y porque los dos filmes anteriores de Estrada me habían gustado, en especial *La ley de Herodes*. Preparada con mi lápiz y mi cuaderno de apuntes que llevo en mi cabeza cuando voy al cine, me senté en la butaca con la esperanza de ver algo como *Camorra* al estilo de una comedia mexicana, pero salí del cine con un mal sabor de boca y una gran confusión acerca de los temas que podía abordar en mi reseña. Puesto que no me siento capaz de integrar los múltiples elementos de un discurso bastante incoherente en un texto estructurado, les comparto algunos apuntes que, a manera de mapa mental, hice sobre el filme.

► Docente y crítica de cine, columnista del periódico *Público-Milenio*.

Aequitas praefertur rigor i

Foto 67

AEQUITAS PRAEFERTUR RIGOR Aequitas praefertur rigo

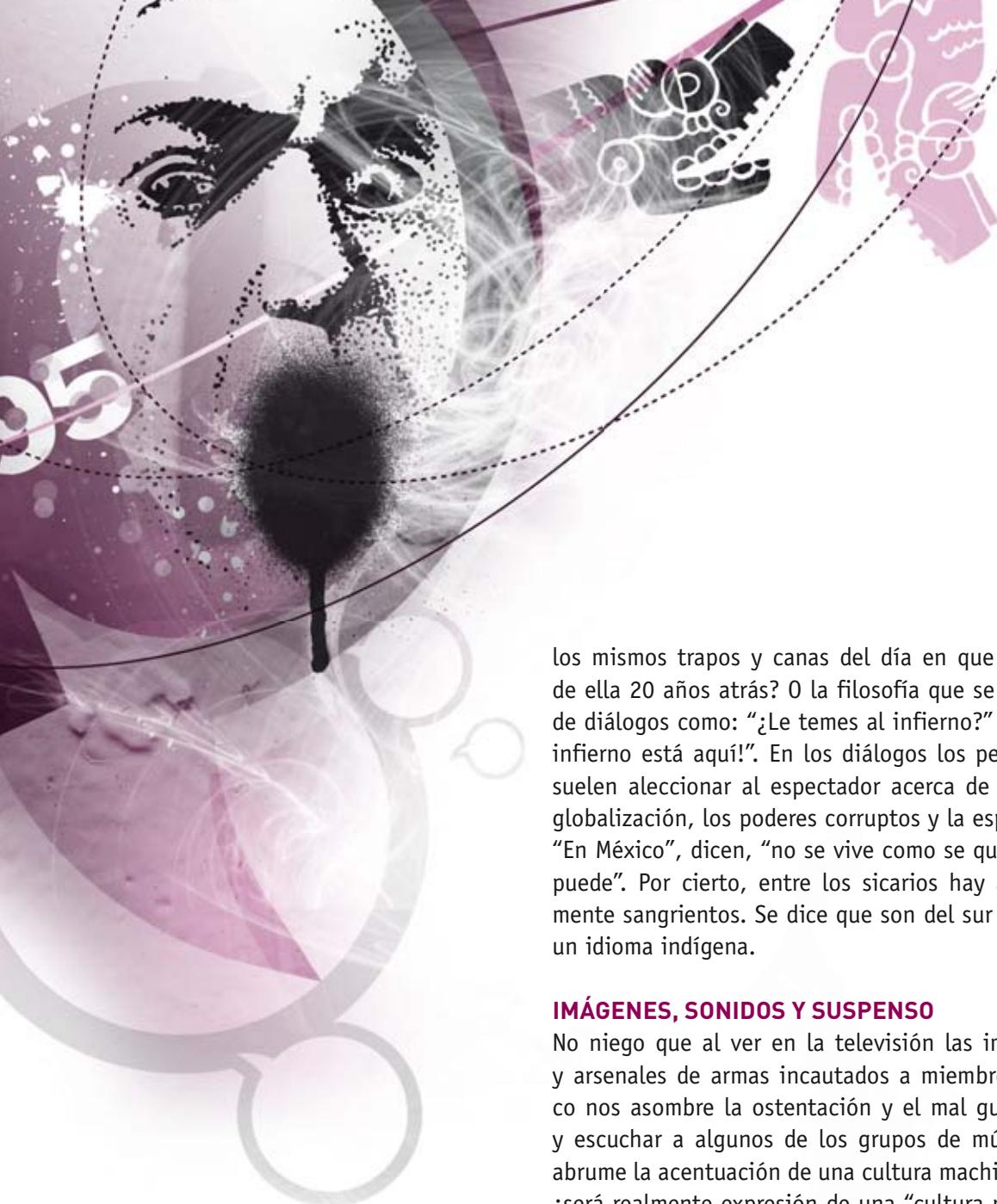


LA HISTORIA

La primera escena muestra un amanecer con tres siluetas frente a una choza. Un hombre se despide de un niño y una señora mayor que le da la bendición y camina con un bulto en sus manos hacia el cielo bañado de rojo. Con estas imágenes *kitsch* el protagonista, *Beni*, se despide de su tierra en busca de los potentes billetes verdes, tan codiciados que incluso sirven de adorno de pared. Al regresar 20 años más tarde sin hacer una fortuna, *Beni* encuentra todo cambiado: tierras abandonadas y dominadas por una familia de narcos cuyos hermanos se disputan los negocios de drogas, armas y el control de la policía y la política como si fuera un feudo medieval. Por lealtad a su hermano, *Beni* se “enlista” con uno de los bandos y aprende el “oficio”. En el fondo, es una historia de familia y familias, donde el protagonista es movido por la motivación de salvar el honor familiar y el recuerdo de su hermano.

LOS PERSONAJES

La historia se narra bien y tiene elementos para construir una película inspirada en el cine de *gangsters*, una comedia ranchera o un filme de desarrollo de un personaje que describe un proceso de degradación. Pero como Alain Tanner lo dijo en su entrevista durante el Festival de Locarno: aunque originado por una idea o una crítica social, un filme vive de sus personajes y su desarrollo. Y es justamente lo que el guión de *El Infierno* no supo construir. Salvo algunas escenas, los personajes son estáticos y actúan más en función de una idea, caricaturización y tipología del narco que como personajes con vida propia. Es cierto que la comedia y la farsa suelen presentar personajes tipificados. Estrada trabajó con el recurso en *La ley de herodes*. Sin embargo, en *El Infierno* ni el género ni el estilo tienen la coherencia de su primer filme y los personajes, las situaciones de violencia y brutalidad, los diálogos y la filosofía barata resultan repetitivos. ¿Qué le parece que mientras que *Beni* baraja fajas de billetes, se compra cadenas de oro y el cura bendice su nueva pistola, su madre sigue viviendo en la misma choza de la primera escena y viste



los mismos trapos y canas del día en que *Beni* se despidió de ella 20 años atrás? O la filosofía que se transmite a través de diálogos como: “¿Le temes al infierno?” “¿Al infierno? ¡El infierno está aquí!”. En los diálogos los personajes también suelen aleccionar al espectador acerca de los efectos de la globalización, los poderes corruptos y la espiral de violencia. “En México”, dicen, “no se vive como se quiere sino como se puede”. Por cierto, entre los sicarios hay algunos especialmente sangrientos. Se dice que son del sur del país y hablan un idioma indígena.

IMÁGENES, SONIDOS Y SUSPENSO

No niego que al ver en la televisión las imágenes de casas y arsenales de armas incautados a miembros del narcotráfico nos asombe la ostentación y el mal gusto, y que al ver y escuchar a algunos de los grupos de música norteña nos abrume la acentuación de una cultura machista. Sin embargo, ¿será realmente expresión de una “cultura narco” o burda –y peligrosa– simplificación de algo que se ha incrustado en las sociedades con toda normalidad y sin señales externas? La banda sonora que asocia cada aparición de una camionetota con música de banda a todo volumen tampoco ayuda a involucrar a los espectadores y sus emociones, no provoca identificación ni suspense. Ciertamente hay momentos y escenas chistosas, pero son contadas y se apagan con tanta rapidez como los fuegos artificiales de los festejos del Bicentenario y el letrero que dice “¡Que viva México!”.

CENSURA Y CLASIFICACIÓN

El póster con el que se anunciaba la película mostraba a *Beni* con su atuendo norteño frente a un cielo tormentoso. Ayer vi el mismo póster con la leyenda “Censurado por violencia gráfica, lenguaje precoz y criticar la guerra emprendida en contra del Narco y el Crimen organizado”. Me imagino que la inserción de la leyenda fue la respuesta a la clasificación C del filme, que me parece muy poco afortunada pero que quizás le haya servido como estrategia de mercadotecnia. Porque no hay duda de que *El Infierno* será un filme taquillero. Por mi parte, tengo curiosidad por lo que Luis Estrada prepara como próximo filme. ▶

¿Cuál libertad?

Diccionario mínimo contra los falsos liberales

MICHELANGELO BOVERO (COORD.)
Editorial Océano, 2010

► ROXANA ZERMEÑO



EN LA ACTUALIDAD los derechos humanos fundamentales son entidades sociales que la gran parte de la población mundial aspira vivir. Grupos y asociaciones intentan, en ocasiones de manera fallida, que la libertad –en sus distintas acepciones– sea aplicada y respetada en todos los países. Sin embargo, las diversas declaraciones, constituciones y legislaciones en el fondo suelen dibujar una libertad falsa, trampa y engañosa.

BAJO ESTE CONTEXTO, MICHELANGELO BOVERO, catedrático de la Universidad de Turín, reunió a siete especialistas en derecho, educación y filosofía en un libro que nos muestra que la libertad, en su acepción contemporánea, no es como la pintan. *¿Cuál libertad? Diccionario mínimo contra los falsos liberales* (Océano, 2010) es una revisión sobre los problemas de las garantías humanas que deben dar al hombre y a la mujer el libre tránsito por los distintos entornos sociales y culturales en los que se desenvuelven en la vida diaria.

EN *¿CUÁL LIBERTAD?...* SE PRESENTAN cuatro paradigmas generales: la libertad personal, la de pensamiento, la de reunión y la de asociación, además de la premisa a partir de la que se desarrolla el concepto de la (s)

OLIBRITUM



libertad (es) en la actualidad: la creencia que en Occidente ésta es una garantía de vida; además, en cada uno de estos ejes temáticos se agregan las anotaciones de cada experto mediante las que se abordan conclusiones. Por medio de tales planteamientos, el libro profundiza en el concepto contemporáneo de libertad y sus matices: de reunión, asociación, de pensamiento, de libre cátedra –más allá del derecho a la educación–, de información, religiosa, etcétera, reflexionados por expertos como Valentina Pazé, Luigi Ferrajoli, Marcello Vigli y Alfonso di Giovine, entre otros. Si bien varios de los ensayos presentados toman como ejemplo la constitución italiana, esto no implica que sea indiferente a nuestro entorno. Muy al contrario, los modelos de enseñanza escolar, los medios de comunicación, las legislaciones sobre migración, religión, y asociación no son lejanas a México, ni a la “civilización occidental” en general.

¿EL INDIVIDUO ES LIBRE? Parece que no. Los medios de comunicación nos proporcionan sólo la información que ellos consideran apta a nuestra “comprensión”, en cambio nos dan entretenimiento barato y poco sustancioso. En la ley existe la libertad de religión, los Estados presumen su laicidad, pero no se contempla a los ateos o agnósticos. Se profesa la libertad de cátedra, pero los sistemas escolares públicos restringen la libre opinión de sus académicos y les indican qué modelos pedagógicos seguir. Podemos reunirnos y manifestarnos, siempre y cuando avisemos al gobierno (local, municipal, estatal) que lo haremos para que ellos den el visto bueno o malo y nos permitan hacerlo, siempre y cuando no vaya contra sus presupuestos de control; incluso, sólo se permite la libre manifestación cuando se quiere desprestigiar a ciertos gobernantes o gobiernos.

¿ALGUNO DE LOS ENUNCIADOS ANTERIORES es desconocido para usted? No lo creo. Pues bien, someramente éstos son los presupuestos presentados en los análisis de *¿Cuál libertad?...,* publicación recomendable para quienes deseen profundizar entre los rasgos de los “falsos liberales”, como anuncia el título del libro. ▶

¿QUIERES SEGUIR
RECIBIENDO

FOLIOS ▶

PUBLICACIÓN DE DISCUSIÓN Y ANÁLISIS

O RECIBIRLA
EN TU DOMICILIO
U OFICINA?



Envíanos tu
información
postal actualizada
y tus comentarios
o sugerencias

folios@iepcjalisco.org.mx

(+ 52 33) 3641-4507, ext. 177

CONSULTA NUESTRA HEMEROTECA DIGITAL Y DESCARGA DE MANERA GRATUITA TODOS LOS EJEMPLARES:

 www.iepcjalisco.org.mx

ESSE EST DEUS



NORMAS PARA LA RECEPCIÓN DE ORIGINALES

Toda correspondencia deberá estar dirigida a Víctor Hugo Bernal Hernández, director general de la revista *Folios*:

foliosiepcjalisco@iepcjalisco.org.mx

SECCIONES DE LA REVISTA

Los trabajos podrán proponerse para su publicación en cualesquiera de las secciones de la revista, conforme a los siguientes criterios:

- **Dossier.** Sección monográfica. Los textos enviados para su publicación en esta sección no deberán exceder las cuatro mil palabras.
- **Boticarium.** Trabajos de naturaleza y temas diversos, que contribuyan a difundir los temas, problemas y discusiones en cualquier área de las humanidades y las ciencias sociales. Cuatro mil palabras como máximo.
- **Política.** Textos, narrativa, entrevistas, cuentos y cualquier otra forma de manifestación en el terreno de la creación. Máximo, un mil doscientas palabras.
- **Biblioteca de Alejandría.** Reseña de alguna novedad bibliográfica o publicación significativa para el mundo de las humanidades y las ciencias sociales, sea nacional o extranjera. Un mil doscientas palabras como máximo.

CARACTERÍSTICAS GENERALES

1. Los trabajos enviados a *Folios*, revista de discusión y análisis, deberán estar escritos en un estilo ensayístico, con fines de divulgación.
2. Los trabajos deberán ser de preferencia inéditos, y no podrán estar sometidos simultáneamente a la consideración de otras publicaciones.
3. Los textos pasarán por un proceso de dictaminación a cargo del consejo editorial, y aquellos que sean aprobados serán turnados a corrección de estilo y su publicación estará sujeta a la disponibilidad de espacio en cada número.

DATOS DEL AUTOR

Todas las colaboraciones deberán anexar los datos completos del autor (institución, dirección postal, dirección electrónica y teléfono) y una breve reseña curricular (estudios, grado académico, nombramiento e institución de adscripción, principales publicaciones y líneas de investigación). En el caso de coautorías, deberán incluirse los datos de todos los colaboradores.

LINEAMIENTOS EDITORIALES

1. Las colaboraciones deberán presentarse en el siguiente formato: interlineado a doble espacio, fuente Arial de 12 puntos, texto con alineación justificada, sin espacios entre párrafos.

2. Las reseñas deberán ser de libros académicos, de preferencia actuales, o de nuevas ediciones de clásicos que valgan la pena revisar a la luz de las problemáticas vigentes.
3. Si el artículo contiene citas textuales menores de cinco líneas, éstas deberán ir en el cuerpo del texto, entre comillas. Si la extensión es mayor, deberán escribirse en párrafo aparte, sin sangría en el primero, sin comillas, en letra Arial 10 y en espacio sencillo. Cuando la cita contenga agregados y omisiones del autor, éstos deberán encerrarse entre corchetes. Para las obras que se citen dentro del cuerpo del texto se usará el sistema Harvard (Portier, 2005).
4. El autor deberá asegurarse de que las citas incluidas en el texto coincidan con todos los datos aportados en la bibliografía.
5. Cuando se mencione la obra de un autor, el título de la misma deberá ponerse en cursivas.
6. Las notas explicativas se situarán a pie de página, a espacio sencillo, con letra Arial 9 puntos.
7. Al final del texto deberá figurar un listado completo de la bibliografía empleada (en orden alfabético) con los siguientes formatos:

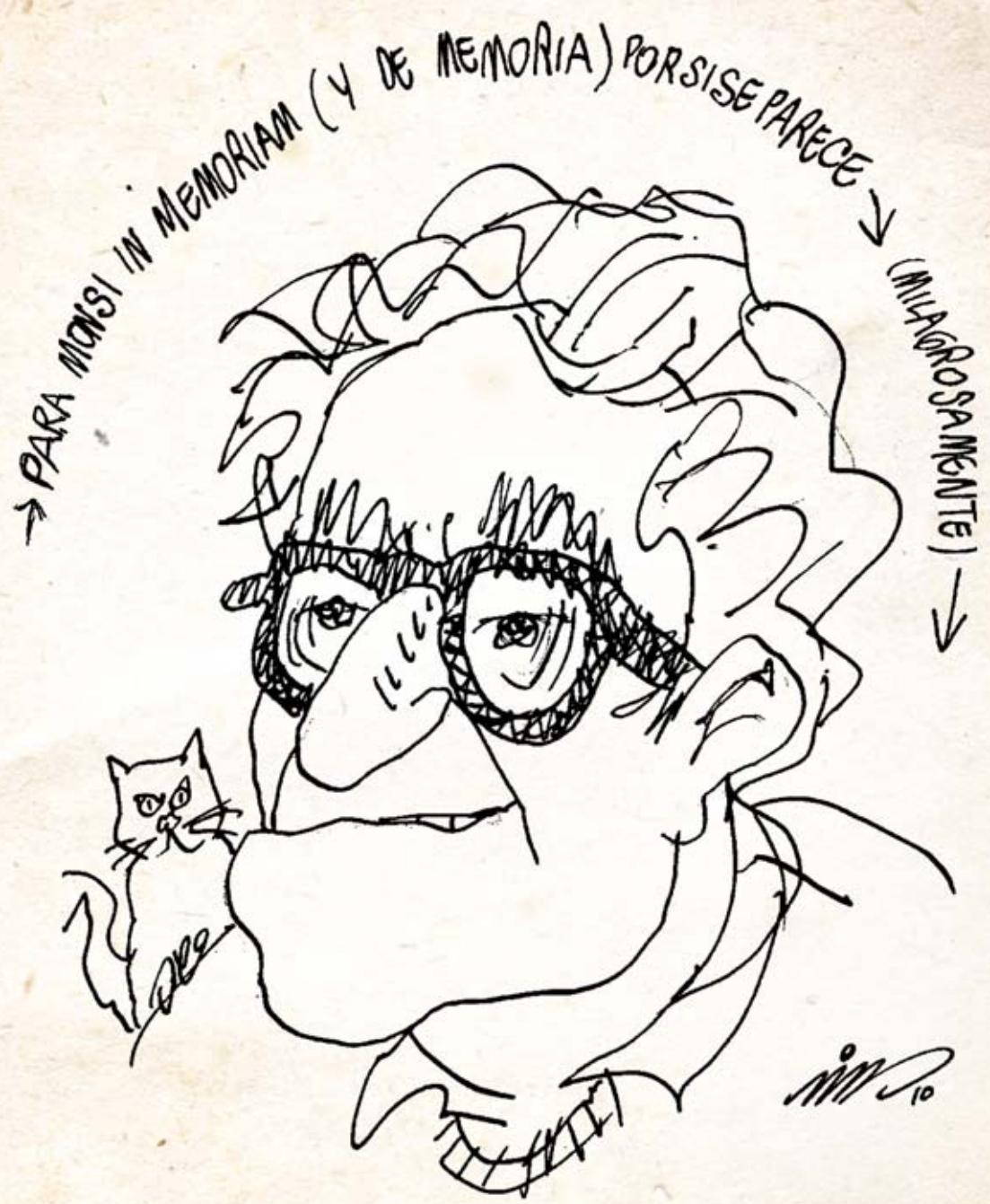
ARDITI, Benjamín (1991). "La totalidad como archipiélago. El diagrama de los puntos nodales", en Benjamín Arditi (Coord.), *Conceptos: ensayos sobre teoría política, democracia y filosofía*, cde-rp Ediciones: Asunción.

LACLAU, Ernesto (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión: Buenos Aires.

LEFORT, Claude (1990). "Democracia y advenimiento de un lugar vacío", en *La invención democrática*, Nueva Visión: Buenos Aires.

VALVERDE Loya, Miguel Ángel. "Transparencia, acceso a la información y rendición de cuentas: elementos conceptuales y el caso México", Artículo en línea disponible en www.ccm.itesm.mx/dhcs/fjuripolis/archivos/7Valverde.pdf, fecha de consulta: 15 de octubre de 2010.

8. Si existen obras del mismo autor o institución de distintos años se ordenarán según su fecha de aparición, comenzando por el más reciente.
9. Las colaboraciones que incluyan pasajes en un idioma distinto deberán presentar también su traducción al español.
10. La primera vez que se utilicen siglas o acrónimos deberán escribirse entre paréntesis e ir antecedidos del nombre completo, por ejemplo, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI).
11. La participación como colaborador implica la aceptación de las normas establecidas en el presente documento, cualquier eventualidad será turnada al consejo editorial. No se aceptarán colaboraciones que no cumplan con los criterios señalados.



INSTITUTO ELECTORAL Y DE PARTICIPACIÓN CIUDADANA DEL ESTADO DE JALISCO